

# Sebastián Giménez



cuarentena de escritos  
en pandemia

Sebastián Giménez

# Cuarentena de escritos en pandemia

## Acerca del autor

Sebastián Giménez es escritor y trabajador social. Escribe artículos acerca de su disciplina que se publicaron en las revistas Margen, de Trabajo Social y Ciencias Sociales; revista Debate Público, reflexión de Trabajo Social y Revista Regional de Trabajo social. Escribe artículos de opinión y análisis políticos en distintas revistas digitales y de papel: Revista El Sur; Zoom; Marfil; La Vanguardia Digital; Oleada; Movimiento; El Estadista y El Economista.

Publicó tres libros. El último tren: un recorrido por la vida militante de José Luis Nell (ediciones digitales Margen, 2014); Veinte Relatos Cuervos. Alegrías y tristezas de vivir una pasión (2018, versión digital en Portal San Lorenzo WebSite) y Los años del macrismo y una salida inesperada (ed. Digitales Margen, 2019). Es el cuarto libro que publica.

E- mail de contacto: [sgimenez5804@yahoo.com.ar](mailto:sgimenez5804@yahoo.com.ar)

Twitter: Seba Giménez @cuervogimenez79



## Índice

Palabras preliminares .....	5
Cuando pase el temblor.....	6
La salud es lo primero.....	8
Al gran pueblo argentino, Salud. ....	10
Lo que nadie soñó.....	12
La hora de ganar menos, para vivir más.....	14
Ganarle al olvido. Crítica de La noche de la usina, de Eduardo Sacheri.....	16
La colina hay que subir .....	18
Una nueva historia .....	20
Los únicos privilegiados son los viejos.....	22
La política en tiempos de pandemia.....	24
A lo mejor resulta bien.....	26
Un poco de Tonucci y otro tanto de Fernández .....	28
Intentando dilucidar el tiempo que nos toca vivir.....	30
Horas de centrismo y heterodoxia.....	32
Los de afuera son de palo.....	34
Las semanas de mayo, rumbo al 25. ....	37
Y que en Argentina baje la inflación .....	39
Los que la reman y esperan .....	41
Los salvajes unitarios.....	45
Tratemos de vivir con fantasía.....	47
Lo que tenga que durar.....	49
Tal vez una nueva era.....	51
La medicina y la política social yendo de la mano. En recuerdo del doctor Ramón Carrillo. .	53
Algunos apuntes para un nuevo contrato social.....	56
Cuando llega el miedo se terminan las palabras .....	60
Y un día el globo estalló. Interpelación al Estado, a las instituciones y al trabajo social durante la pandemia y después.....	62
Un horizonte estrecho .....	71
¿Hubiera Marx votado a Espert? .....	73
El día en que la política rompió la cuarentena.....	77
Vicentin, o patear el hormiguero .....	79
¿Quién vive? La Patria. En recuerdo de Martín Miguel de Güemes.....	81
Lo que no se puede trocar .....	83
Vicentín: las formas y el fondo.....	85
La Nación, la bandera y las personas.....	87
Plegando la bandera roja y levantando la argentina.....	89

Expropiación, esa palabra .....	92
Un movimiento que no para de nacer .....	95
Sobreviviendo.....	98
Una historia colectiva que se sigue escribiendo .....	102

## Palabras preliminares

*El libro está dedicado a Mariana; Santiago; Guadalupe. Y Frodo, mis compañeros fieles antes, durante y después del encierro.*

Este libro reúne distintos textos que fui escribiendo en un contexto excepcional. Donde la excepción, y esta vez literalmente, es la regla. En el curso del aislamiento social preventivo y obligatorio dispuesto para enfrentar la pandemia, el nombre de la tragedia que envolvió al mundo.

Es importante apuntar la fecha en que fueron escritos los textos, porque el nivel de incertidumbre que estamos atravesando vuelve la enunciación de situaciones y contextos muy precarios, verdades meramente transitorias en estos tiempos en que prácticamente todo se puso en cuestión o fue interpelado. La política, la economía, la medicina, la filosofía, la ciencia en general y las sociales en particular. Dar respuestas se volvió demasiado difícil, desde que los paradigmas tradicionales fueron puestos en cuestión por la realidad misma, ésa que no imaginaron ni los novelistas de ciencias ficción.

El libro junta en una mezcla heterodoxa referencias a noticias latiendo al palmo del día a día, efemérides resignificadas, textos de reflexión política, esbozos de ensayos, permitiéndose también su autor dar algún trazo de una especie de filosofía llevando calzados los zapatos de goma de los que supo hablar el inigualable Charly García. Acudiendo a canciones, autores clásicos, dichos, refranes, dimes y diretes. Porque la pandemia nos dejó pataleando en el aire y de algún lado nos tenemos que agarrar.

El libro se llama cuarentena en un doble sentido, por la disposición sanitaria para evitar la propagación de la enfermedad y por el número de textos y relatos que reúne, cuya cronología llega hasta julio de este año. Se cumplieron hace poco más de siete meses de confinamiento desde mediados de marzo, esta cuarentena que devino en otra cosa, que también habrá que ponerle nombre, nominar ese vacío que se nos presenta en el devenir a tientas con lo desconocido. Donde los analistas se equivocan y aciertan todos los días, como los dirigentes políticos y sociales. Una cuarentena que ya no sabemos ni cómo debería llamarse, porque esto sigue y no sabemos cómo.

Por otro lado, los textos que forman parte de este libro son treinta y nueve. Porque su autor tiene la convicción de que la historia nunca termina y se sigue escribiendo. Cada día y entre todos.

El autor, noviembre de 2020

## Cuando pase el temblor

*“Despiértame cuando pase el temblor”*

*-Soda Stereo*

La globalización es eso, el acortamiento de las distancias. Mercado global, aldea global y gripes globales. Es jugar un partido en la PlayStation contra un taiwanés que no conocés o que un asiático tosa y haga temblar el mundo. Es el derrumbe de las fronteras, esa quimera de los Estados modernos. Caen las acciones allá en México, Efecto Tequila que cundió en Argentina de los ‘90. En el 2008, la crisis de las hipotecas sub-prime norteamericanas también nos hicieron tambalear. También trae cosas buenas, como el boom de los commodities que hizo emerger a América Latina en la primera década del Siglo XXI. Por una vez, exportar materias primas se volvió conveniente y los que habían leído la teoría de la dependencia se reían del intercambio desigual que implicaba exportar productos sin valor agregado. ¿Qué importaba agregar valor, con la tonelada de soja a US\$ 600? Pero el dinero no siempre es salud.

En el 2009, fue la Gripe A. Hubo que pasar el invierno, pero ahora el coronavirus se ríe de lo estacional. Ya teníamos el dengue, para colmo, pero con una menor asociación (en la representación social) entre enfermedad y peligro, vaya uno a saber por qué. El virus no vive con más de 26° de temperatura, dijeron los especialistas. Poco después, habló Ginés y reconoció la sorpresa porque el coronavirus se vino a asentar en nuestro país en verano. El vector no es ningún mosquito, sino viajantes que retornaron de Europa luego de días vacacionales o laborales. Habló la Organización Mundial de la Salud y dijo: pandemia.

En épocas de los fenicios y los viajes en barco, esto no pasaba. O sí. Es bien conocido que una de las causas de la gran mortandad de pueblos originarios durante la conquista española fue la importación de enfermedades. Ahora, otra vez, la amenaza viene del Viejo Continente, con Italia como una herida sangrante y dolorosa. Se cierran los vuelos, acertada medida. Obligada cuarentena para los viajeros provenientes de los países en crisis, medida pertinente y atada a responsabilidades penales pero sin monitoreo con tobillera electrónica. Es que la peste pone en tensión como nunca el cuidado de la salud pública y el derecho individual al libre albedrío. Dos variables inversamente proporcionales. Cuanto más avance eventualmente la enfermedad, es esperable que el derecho colectivo prime sobre el deseo individual de desenvolverse en la vida social. El Gobierno recibirá críticas por ser demasiado permisivo o demasiado cuidadoso. Pero es un juego de suma cero, donde todos hablarán con el diario del lunes. Se esperan en las próximas horas nuevas medidas oficiales para combatir la pandemia en nuestro país, en una realidad que corre como un torrente, minuto a minuto.

Del trabajo a casa, decía Perón. Del aeropuerto a casa. Del trabajo a casa también, pero aludiendo a una forma elástica del trabajo en la red virtual. Todos

haremos home-office, hasta el preciso instante en que necesitemos esas sillas donde sentarnos y esos objetos de primera necesidad bien materiales que rodean nuestra cotidianeidad. Michel Foucault habló de tres lugares de disciplinamiento social: la escuela, la fábrica y la prisión. Por ahora, hay clases en las escuelas a excepción de dos provincias. El trabajo y la fábrica serán en casa, y los presos “que fabriquen alcohol en gel”, dijo el polémico Julio Cobos.

Que una economía se reactive con una cuarentena de la población aparece tan difícil como conseguir alcohol en gel y barbijos que sirvan de algo. El mensaje y la retroalimentación del pánico casi que llama a comprar fideos al supermercado para una semana y encerrarse, desensillando hasta que aclare. Rutinas que hicieron generaciones anteriores de argentinos en las inminencias de anunciados golpes de Estado. Prender la tele, y hacer zapping para ver siempre lo mismo, ya no hay grieta ni casi diferencias editoriales entre C5N y TN. El miedo derriba las ideologías. Cunde el pánico, la cresta de la ola aparece demasiado alta y se alcanzó muy rápido, si se considera que hay 45 casos confirmados de personas enfermas. Se suspende todo, los espectáculos públicos, las actividades deportivas y cualquier aglomeración de gente.

Como un efecto secundario de la enfermedad, la borrasca ha hecho olvidar casi completamente que el riesgo país superó los 3.000 puntos y que las acciones de la Bolsa argentina se derrumbaron. La inflación se midió en 2%, pero por encima del índice se incrementaron los alimentos y bebidas. El azúcar y el alcohol en gel ni les cuento. Pero estos datos son apostillas, detalles sin la menor relevancia que volverán a importar tal vez cuando comience a bajar la espuma.

Cuando se acabe la parálisis y el congelamiento, volveremos a enfrentarnos con los problemas de siempre, que el parate no hará más que agravar casi seguramente. Como dice en su canción Joan Manuel Serrat (en su caso, hablando de una fiesta, dichoso de él), será la hora en que vuelvan “la zorra pobre al portal, la zorra rica al rosal, y el avaro a las divisas”.

Tamaño desafío tiene la gestión: pensar en la urgencia preventiva y de salud pública de la coyuntura sin descuidar el mediano plazo. Tomar y difundir todas las medidas de prevención respecto a la enfermedad, pero que el pueblo wichi tenga acceso al agua potable y que se afloje la soga sobre el cuello de los laburantes para llegar a fin de mes. Todos esos desafíos de la situación social que volverán a hacerse visibles cuando pase el temblor. Y no podrá lavarse las manos.

El Economista, 15/3/20

## La salud es lo primero

No fue un feliz domingo, de esos que supo animar Silvio Soldán saltando con los egresados ganadores del viaje a Bariloche. 15 de marzo de 2020. Muchas informaciones cruzadas sobre el avance de la pandemia del coronavirus, y en el ánimo de mucha gente se percibe la ansiedad, la incertidumbre. Hablan tantos especialistas que dicen más o menos lo mismo, pero la tranquilidad no llega, por más que te lo expliquen una y otra vez. Audios de WhatsApp, mails, videos, una ensalada enloquecedora y que se viraliza como la peste. El video que se repite con la agresión salvaje de un hombre en Vicente López contra el personal de seguridad que le impedía incumplir la cuarentena y salir a la calle. El individuo o la sociedad. La libertad individual o la salud pública. Una disyuntiva angustiante y que se transita con indudables tensiones, en tiempos excepcionales.

Desde horas atrás, se corrió la voz de que iba a haber una Conferencia de Prensa del Presidente, y la expectativa creció como si esperáramos las palabras de una especie de gurú de modos campechanos, de psicólogo que atenuara un poco los miedos paranoicos. También, como una palabra con autoridad para enunciar las nuevas medidas para que el flagelo no se expandiera.

Y llegó la hora de la conferencia de prensa. Están, de izquierda a derecha, Horacio Rodríguez Larreta; Alberto Fernández y Axel Kicillof. La Ciudad, la provincia y la Nación. Somos un país unitario y presidencialista, se acabó la discusión. Si hasta Juan Manuel de Rosas, el líder federal de la divisa punzó, según algunos autores, fue un unitario por otros medios. Hubieran faltado algunos representantes de provincias para darle al momento el federalismo que imprime a sello nuestra Constitución. Pero somos unitarios, también, en otro sentido. Dos líderes del Frente de Todos y uno de Juntos por el Cambio unidos por la emergencia. La grieta se diluyó, cuando Argentina está en riesgo, en peligro sanitario. Se ponen la pilcha y enfrentan a las cámaras de frente. Esa foto es digna del momento en que Antonio Cafiero estuvo en el balcón de la Casa Rosada apoyando a Raúl Alfonsín ante el intento golpista carapintada. O, remontándonos más atrás, cuando Juan Domingo Perón se abrazó con Ricardo Balbín para fundar la Hora del Pueblo, esa agrupación política que empujó a los militares a llamar a elecciones. La hora impone la unidad, sin matices.

Andrés Malamud, politólogo, tuiteó: “En tiempos normales, Argentina es un desastre; en tiempos excepcionales, un ejemplo”. La política, muy vituperada tantas veces, le dio a la sociedad una lección de unidad en tiempos que se necesitan aplicar las recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud. Ya había demostrado, en octubre pasado, que se podía transitar la grieta con elecciones libres, siguiendo el valor de la democracia en un continente convulsionado por golpes de Estado y crisis políticas en países vecinos. La política, el domingo, volvió a marcar el camino, en estos tiempos excepcionales. Cuarentenas, limitación de la circulación de personas, interrupción del ciclo lectivo en las escuelas con los comedores abiertos. Hay que prevenir el contagio

del virus pero también comer cada día, la urgencia impostergable de los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

Un discurso del Presidente que transmitió tranquilidad y firmeza. Buscando el delicado equilibrio, sin caer en la retroalimentación del pánico ni en el “aquí no pasa nada”. Está pasando. Y mejor prevenir que curar. Ojalá retornemos a los tiempos normales lo más rápido posible pero, como dijo Malamud, que no seamos un desastre. Que la política, cuando las aguas se aquieten, pueda continuar dialogando, disentir civilizadamente y ponerse de acuerdo en algunas políticas de Estado comunes, más allá de las banderas ideológicas y partidarias. Que se tejan acuerdos mínimos en políticas sociales, en economía, en educación. Y en salud, como se logró ayer. Porque la salud es lo primero.

El Economista, 17/3/20

## Al gran pueblo argentino, Salud.

Es muy difícil resfriarse hoy y no sentirse colonizado por la peste. El coronavirus logró lo que el panóptico de Foucault insinuaba: nos observa a todos. Y nosotros realimentamos esa observación contando a los infectados en nuestra tierra y en el epicentro de la Pandemia: Europa. Y dándonos argumentos tranquilizadores, mientras nos lavamos las manos con jabón y alcohol en gel (si lo conseguimos): el más común, los fallecidos eran personas con enfermedades preexistentes. Y un segmento de la población particularmente vulnerable son los mayores de 65 años, que al menos cuentan con los remedios gratuitos del Vademecum que presentó hace poco el presidente Alberto Fernández. Para transitar sus gripes (que no todas son coronavirus) y sus demás dolencias.

La crisis sanitaria pone otra vez sobre el tapete la importancia del Estado. Hasta Macron, el reconocido presidente francés de estirpe liberal, reconoció que la salud pública gratuita, así como el Estado de Bienestar son bienes preciosos que deben estar fuera de leyes del mercado.

Con el mercado no se come, no se educa ni se cura. El fantasma de la pandemia hasta obligó a las prepagas pedir el auxilio del Estado. La salud es negocio hasta que una enfermedad se convierte en pandemia. Los que cobran por la salud como si fuera una mercancía, piden ayuda para responder a las necesidades indudables de sus clientes. La Pandemia viene a poner en cuestión a los liberales de pacotilla llamados, casi como una alegoría, libertarios. Actúan como hijos pródigos de un Estado al que aborrecen, pero al que se ven obligados a volver. No hay sociedad sin Estado.

En las malas y en las buenas, se evidencia la importancia sideral de la salud pública. Que la salud sea un derecho y no una mercancía. Ojalá la crisis y el riesgo sanitario enseñen a la política que hay que mejorar e invertir en la salud pública. Que no es un gasto, sino una inversión. O mejor, como aceptara Macron, un bien precioso.

En una muestra de asombrosa madurez política, el Presidente Alberto Fernández, anunció la profundización de las medidas preventivas acompañado por Axel Kicillof y Horacio Rodríguez Larreta. La grieta se diluyó como si fuera un juego de niños al lado del desafío serio que se enfrenta. Se suspenden muchas actividades sociales y se limitan la posibilidad de movimientos de las personas. También, se interrumpe el ciclo lectivo en las escuelas pero intentando asegurar la continuidad de los comedores. Con la cuarentena, se debe seguir comiendo, una primera necesidad impostergable de los sectores más desfavorecidos. Se cierran los vuelos, el país se repliega sobre sí mismo para evitar la reproducción de la peste. Y se vuelve a mirar hacia adentro, no como una aldea cosmopolita sino con una mayor introspección donde incluso vigilamos si el vecino incumple la cuarentena. A cuidarse entre todos. A quedarse en casa.

La actividad económica seguirá cayendo. Pero pareciera que hemos madurado, distinguiendo entre lo urgente y lo importante. Lo urgente, la salud, lo importante la economía. El gobierno deberá atender a las dos al mismo tiempo. La coyuntura deschavetada y el mediano plazo, en una semana en que se planifica el minuto a minuto, el día a día. La situación empujó, tal vez transitoriamente, al ministro Martín Guzmán a un segundo plano y todos miramos más a Ginés González García.

Qué poco nos hemos acordado, en estos tiempos, de las deudas, de la caída de la Bolsa y del riesgo país. Porque esta pandemia pone en juego el riesgo más importante, el de la vida, el de la salud. El verdadero riesgo, que no puede estar sujeto a traficarse como mercancía. Porque la salud es un derecho. Y hay que terminar el verano, transcurrir el otoño y pasar el invierno. Terreno escarpado que ojalá pueda transitarse en unidad, como mostró la conferencia de prensa del 15 de marzo. Unidad hasta que duela, como se dijo en la campaña del Frente de Todos para sumar a variados sectores. Unidad hasta que duela, ahora también con la oposición. Las crisis hermanan, emparentan. Unen. Como a las Provincias Unidas del Río de la Plata, recordando aquellos orígenes. Para que los libres del mundo respondan: al gran pueblo argentino, Salud.

Revista Marfil y El Sur, 17/3/20

## Lo que nadie soñó

“No lo soñé”, sabe cantar en su tema “Jijiji”, que enfervoriza multitudes, el Indio Solari. Una actualidad no soñada por nadie, no prevista ni por los más pesimistas ni por los más sesudos científicos sociales ni de las ciencias biológicas. Porque muchos hablan del calentamiento global, de la capa de ozono, de la polución del aire, pero los efectos devastadores anunciados son tal vez a un plazo que trasciende en mucho la duración de nuestras vidas. Muy lejos del aquí y ahora que exacerba mucho más la intemperie en que nos dejó la pandemia.

Se nos quemaron los manuales y los protocolos, esa forma de organizar las acciones para evitar o atenuar la improvisación. Inventamos o erramos, esa máxima que el Maestro Simón Rodríguez le inculcó a su tocayo Bolívar y que cobra plena actualidad. Inventar o quedarse sin respuestas, en una Argentina en cuarentena. Ya había máquinas ociosas por una recesión económica prolongada que se arrastraba desde el 2018. Ahora directamente no hay fábricas que funcionen casi en el mundo, salvo las exceptuadas del parate por ser sectores esenciales. Hasta la capa de ozono pudo rehacerse con el capitalismo funcionando a media máquina.

La grieta se diluyó bastante al interior del país. Alberto con Larreta. Alberto con Morales. Alberto llamando a la unión. Pero la grieta parece insinuarse ahora entre países, entre los que adoptaron dos medidas distintas frente al coronavirus. Los que priorizaron la salud y los que, apostando a cuarentenas menos estrictas, trataron de que la economía no se resintiera tanto. Una divergencia que tiene sus matices: dejar desplomar la economía hará vivir situaciones angustiantes, crecimiento del desempleo, y, en definitiva, también comprometiendo vidas. La situación en extremo vulnerable de los trabajadores informales, privados de sustento. Una angustiante dicotomía. Se tiene que intentar la conjunción, preservando vidas, economía y familias. ¿Cómo? Vaya uno a saber, las recetas y las ortodoxias naufragaron tanto que hasta economistas neoliberales reconocieron lo esencial del rol del Estado.

El Gobierno ordenó el congelamiento de alquileres, de las cuotas de los créditos, la prohibición de desalojos por seis meses. Una especie de socialismo de supervivencia, para que cada cual ponga su parte. Un nuevo contrato social, como le gustaba repetir en plena campaña electoral al ahora Presidente, pero de nuevo contenido: congelar todo en una era del hielo, abriendo un paréntesis sin saber hasta cuándo. En esta especie de partido de fútbol con un entretiempo dilatado, todos los sectores intentan reacomodarse: el trabajo en home office; las class-room de las escuelas en modo virtual y la Justicia persiguiendo a los violadores de la cuarentena. Y muchos sectores que quedan pataleando en el aire, que se resisten a entrar a la burbuja virtual, corporizados, entre otros ejemplos, en los jubilados sin tarjetas de débito, los que cobran por ventanilla cada mes. La cuarentena impacta en forma desigual, ascendiendo el perjuicio cuanto mayor es la informalidad, la vulnerabilidad y la pobreza. Bolsos de comida y ayuda de

emergencia de \$10.000. Esta última medida con mayor dificultad de concreción en cuanto a universalidad.

Decretos de necesidad y urgencia, nunca mejor dicha ni fundamentada. La república son acuerdos de resoluciones que deben ejecutarse lo más rápido posible. Reuniones de especialistas, de gobernadores, de legisladores, de gabinete. El trabajo en equipo viene a sustituir la falta de experiencia común en todos ante situaciones semejantes. La ignorancia y la incertidumbre comunes unen, emparentan. Dialogar, ver, ponerse de acuerdo y actuar.

La economía o la salud. La salud y la economía. ¿Es posible la conjunción? En un país en que las reglas a veces se esquivan con ostentación o viveza criolla, con una tabla de surf en el techo del auto y una mucama en el baúl. Qué se yo, quién puede saberlo. Lo que es seguro es que la conjunción de salud y economía implicaría un aflojamiento de la cuarentena. Y la sensación es que, si entreabrís un poco la puerta, se irían todos a la mierda y la curva del crecimiento de la enfermedad no se aplanaría, con los riesgos consiguientes de desborde del sistema de salud.

Vivir para trabajar y trabajar para vivir, el capitalismo. Home-office. ¿Y qué hacemos con el trabajo manual? ¿Y con el comercio? ¿Y con los oficios? Se transita el desafío de humanizar un poco el capitalismo, y hacerlo a la fuerza y por la amenaza de la pandemia. “Vamos a bailar toda la noche, al ritmo la banda”, de Los Fabulosos Cadillacs, pero que no explote.

La salud y la economía. Las personas y las cosas. Joan Manuel Serrat lo dijo en su “Canción Infantil”: “Todo está listo: el agua, el sol y el barro. Pero si falta usted, no habrá milagro”.

En nuestro país, se eligió transitar la gran inversión del dilema cartesiano: existo, luego todo lo demás. Primero vivir, luego vemos cómo. No será sencillo, en esta realidad que no soñó nadie y que cambia minuto a minuto. Emparchando, acertando, errando y haciendo equilibrio. Y no habrá milagros.

El Economista, 31/03/20

## La hora de ganar menos, para vivir más

Alberto Fernández esta vez estuvo ladeado por el Jefe de Gabinete y el Ministerio del Interior, luego de una Conferencia en internet con los gobernadores. Anuncia la extensión de la cuarentena obligatoria hasta después de la Semana Santa. El vía crucis lo tendremos que atravesar todos, con la esperanza, que se patea para adelante, de la resurrección de la Economía.

El Presidente anuncia, transmite una decisión dialogada con los gobernadores. Una mesa redonda entre los administradores del terruño y el jefe del Estado Nacional. Con la ventaja bien relativa de actuar con el diario del lunes, por la catástrofe sanitaria anterior (o simultánea) en los países de Europa y también el avance del coronavirus en Estados Unidos o Brasil. Las cuarentenas parciales no contribuyen a frenar al enemigo invisible.

Alberto Fernández mira a la cámara y habla en un tono de voz amigable. No está enojado, hace una especie de balance. Más del 90 por ciento de acatamiento de la cuarentena, la gente acompañó la medida aunque las cámaras muchas veces se queden con el hombre de la tabla de surf en el techo del auto. En general, se cumplió y no es posible en un país de las dimensiones territoriales de la Argentina hacer un control estricto del que hablara Foucault en su célebre idea de panoptismo. Con la figura metafórica de la torre de observación que acuñara el francés, la Pampa húmeda se te escapa, se te escurre por todos lados, y las provincias con poca densidad poblacional y dilatados territorios también.

El mensaje intenta llevar tranquilidad, hace un repaso de las medidas adoptadas: ingreso familiar de emergencia; créditos con tasas subsidiadas a las Pymes para sostener el pago de los salarios; congelamiento de alquileres, de los créditos hipotecarios y suspensión de desalojos. Torea a los especuladores que aumentan los precios de elementos de primera necesidad y promete inflexibilidad también con las empresas que despidan empleados transitando la emergencia. Llegó la hora de ganar un poco menos, dice con voz firme a los empresarios y poniéndose del lado del más débil, el empleado que ve peligrar su fuente de sustento.

Sus palabras también se dirigen a los sectores más empobrecidos que moran en viviendas precarias, a los que la cuarentena se les pone especialmente peliaguda. Les agradece como compañero el acatamiento de la cuarentena y les hace el pedido de que cuiden a sus mayores. En épocas de una pandemia, que afecta con mayor letalidad a los más grandes, los únicos privilegiados son los abuelos. Escuchar eso tranquiliza, si se toma en cuenta que otros líderes mundiales se resignaron a que los mayores en sus sociedades deberán fallecer o sobrevivir del modo que puedan creando sus anticuerpos.

Hizo también el Presidente un llamado a la solidaridad, sabiendo que de esta situación especial nadie saldrá indemne. Ganar un poco menos, los empresarios. Sobrevivir de la mejor manera posible, los trabajadores. Aunque protestó contra la dicotomía de los análisis que hablan de la opción entre la salud o la economía,

consignando que se tomaban medidas de compensación económica. Se verá si es suficiente. Una problemática que excede en mucho a la estabilidad de las épocas normales, aún recesivas. Se ejecutan medidas, surgen nuevos problemas, se responde y así. Tapando baches, pero priorizando a rajatabla la línea de la priorización en lo sanitario.

Llegó la hora de ganar un poco (o mucho) menos, no sólo para los empresarios sino para casi todos los sectores sociales. Ganar un poco menos, para pasar la pandemia y vivir más sería la hoja de ruta. La economía se puede recuperar, plantea el Presidente, la vida no. Un esfuerzo gigantesco que exigirá la solidaridad de todos los sectores sociales, una palabra fuerte también nombrada. En las situaciones límites, suele decirse que se ve de forma exacerbada lo mejor y lo peor de cada persona.

Como sabe señalar el escritor Martín Rodríguez, la gente habitualmente, ante la presencia de problemas, pide más Estado. Alberto Fernández, en sus palabras, pidió también más Sociedad. Ojalá, como sociedad, estemos a la altura de las circunstancias. Ser solidarios con los que más lo necesitan, cuidarse entre todos. Sociedad y Estado.

Revistas Marfil y Zoom, 31/03/20

## Ganarle al olvido. Crítica de *La noche de la usina*, de Eduardo Sacheri

El libro de Eduardo Sacheri, ganador del premio Alfaguara 2016, se reeditó recientemente, encarnado también y de forma audiovisual en la película **La Odisea de los Giles**, gran pieza reciente del cine argentino.

Una novela ágil, una historia compuesta de cuatro grandes actos y un epílogo a modo de final “más allá del fin”, que cuenta la historia posterior de los protagonistas luego del suceso fundamental.

La historia se ubica en O'Connor, un pueblito perdido a la vera del ferrocarril en la provincia de Buenos Aires, cerca de General Villegas. Un poblado casi quedado en el tiempo, como la estación a la que surcan, parando de vez en cuando, trenes más o menos destartados y a como dé lugar y en el horario que Dios quiera. El camión desplazó al tren, y con el tren languidecido perdió su brillo como tantos otros pueblos de la Pampa, del país y del mundo. Una especie de resistencia a esa suerte surca la historia, encarnada en los protagonistas en esta lucha entre lo nuevo que no termina de nacer y lo viejo, lo baqueteado, que se resiste a morir.

Unos hermanos antenistas, los López. Un ex empleado de vialidad, Fontana. Un futbolista de la época en la que el fútbol no daba tanta plata y su hijo, los Perlasi. Un empleado de la estación del tren, Belaúnde. Un dueño de una flota de camiones con un hijo desvalorizado por sus costumbres nómades y licenciosas, los Lorgio. Un hombre humilde que tiene un rancho en la orilla de la laguna, Medina.

Todos en equipo se ponen a querer ser acopiadores agropecuarios, ocurrencia que surge de Perlasi al brindar con Fontana en el año nuevo 2001. Están tranquilos, viviendo una vida gris, cómoda si se quiere, pero se proponen ir más allá, intentando comprar los silos que quedaron abandonados y pertenecieron a una empresa llamada La Metódica, que se dedicaba a la cría de pollos. El emprendimiento había sucumbido hace años, como tantos en esa década de la convertibilidad, quedando los silos semiderruidos, testigos mudos de esa ruina.

Se ponen a hacer una vaquita entre todos y juntan 242 mil dólares. No importa quién pone más y quién pone menos, el relato muestra la dignidad en el trato entre todos, entre ese equipo de fracasados escupidos a edades relativamente tempranas por el sistema y quedados en el tiempo. Necesitan un crédito bancario para llegar a comprar el inmueble y ahí nace el meollo de la historia: tienen que pedirle un préstamo al Banco, y lo hacen a fines de noviembre del 2001, el viernes anterior a la implantación del corralito financiero. Por el engaño de un directivo del Banco, Alvarado y un empresario del pueblo, Manzi, Perlasi traslada los dólares contantes y sonantes de la caja de seguridad depositándolos en una cuenta corriente.

Confiscados como tantos ahorristas, el sueño de estos hombres vuela por los aires. La obsesión común será recuperar la guita. Pero ¿cómo? Una pregunta que comienza a develarse cuando, por intermedio del testimonio de un familiar de un albañil llamado Saldaño, llegan al conocimiento de que Manzi tiene una bóveda en sus campos.

Lucha de la modernidad, de oficios vetustos que se resisten a morir, contra el tiempo que pasa. Tan importante como el resultado, que aquí no se adelanta por obvias razones, es jugar ese partido. Tan fundamental como abrir o fracasar en el intento de vaciar la bóveda de Manzi, será el intento de todos de no resignarse a la suerte y seguirla peleando obcecadamente en la elaboración de un plan audaz, tal vez temerario.

Personajes entrañables, la historia te lleva a enamorarte de los malos como en la Casa de Papel, pero desde una visión bien criolla y argentina. La diferencia es que estos protagonistas fueron estafados originalmente, y encaran la empresa de recuperar lo que es suyo, ni un dólar más, ni un dólar menos, pacto de caballeros. Se exponen, tal vez, a la cárcel o a la continuación de una existencia gris a la que tragará el olvido.

Este autor, que se inscribe tal vez en la línea de literatura argentina sensible que pergeñaran Osvaldo Soriano y Roberto Fontanarrosa, construye una historia atrapante que no decae en el suspenso y te hace reír (con muchas salidas ingeniosas) y sufrir hasta el final. Un equipo de estafados, de fracasados se lanzan a intentar remover ese prejuicio casi cristalizado en la sociedad y tal vez en ellos mismos. No importa si ganan o pierden, porque el partido real es ganarle al olvido. Y lo logran, en esta historia inolvidable.

Portal Web Leedor, 09/04/20

## La colina hay que subir

Aplanar la curva, esa es la cuestión, diría Hamlet en la pandemia del Siglo XXI. La recta o diagonal ascendente se debería aplanar como en un trapecio, para luego descender como en esa figura geométrica, hasta tocar la base. Y estaremos a salvo. O por lo menos, naciendo, enfermando y muriendo de otra cosa que no sea el Covid-19. Que la demanda no supere la oferta de camas de terapia intensiva y aislamiento.

Pero estamos en la etapa ascendente. La colina hay que subir, nada es sencillo aquí, dijo en su canción “El Misterioso Dragón” Víctor Heredia en 1996. No es sencillo organizar siquiera el cobro de los jubilados, como ocurrió hace poco. Que vayan sólo los que más lo necesitan, dijo Alejandro Vanoli. O sea, todos. Cerraron los bancos, abrieron los bancos, un racimo de jubilados amontonados, para infarto de los infectólogos. Se refuerza la asistencia alimentaria, enhorabuena. Pero los sobrepuestos acordados hacen eyectar a una decena de funcionarios del Ministerio de Desarrollo Social. Donde hay una necesidad, nace un sobrepuesto, la cara infame de los miserables que lucran con la necesidad y el sufrimiento del semejante, con alimentos, con los barbijos y el alcohol en gel.

La colina hay que subir, decía Heredia y ante todo está el dragón, que con su fuego intentará parar la construcción. Al dragón le podemos poner el nombre de coronavirus, pero también el de la especulación, la avaricia y la ganancia a cualquier precio (y literalmente). Las posibilidades que se aplane la curva son directamente proporcionales a la solidaridad de todos los sectores sociales, acatando las indicaciones sanitarias pero también poniéndole el hombro a la crisis.

Para los conservadores, el sueño es que la crisis del país y mundial se vea como una forma de paréntesis. O sea, como una pequeña interrupción, una apostilla en el relato del capitalismo financiero y global que no sufriera sustanciales modificaciones y en que la pandemia sea un accidente explicado con una nota al pie. Y que el día después del Día D, vuelva todo a la normalidad. ¿Qué normalidad? Ya nadie sabe. Lo que es casi seguro es que, los que sobrevivan, serán más pobres por lo menos en un principio, hasta cuando se logre también aplanar la curva descendente (o caída libre, más bien), de la actividad económica. A esa curva también habrá que aplanarla, esperemos que no a ras del suelo.

La sensación es que se abrirá otro capítulo y se revalorizará un poco más el rol del Estado. En pandemia, Estado Nación mata globalización. Volverse hacia sí mismo. Cada país, cada comunidad. Una guerra contra un enemigo invisible. ¿De qué estará hecho el nuevo orden global? En 1917, la Revolución Rusa no hubiera existido sin la Primera Guerra Mundial. ¿Qué cambios traerá aparejados los costos de la guerra contra el enemigo invisible, en nuestro país y en el mundo?

No hay respuestas lineales, ni rectas ni curvas, la historia a menudo es un garabato desordenado de trazos e intereses cagándose a trompadas. Lo que es

seguro, es que necesitaremos algo de lo que dice la canción de Heredia en su estribillo, que habla de una solución para derrotar al dragón y vivir un poco mejor: “Una flor, un corazón, una porción de sol, y esas ganas de vivir”.

El Economista, 10/04/20

## Una nueva historia

Una retórica docente la del Presidente Alberto Fernández. El profesor de la UBA y los gráficos. Siempre las comparaciones son odiosas, pero que las hay las hay. Compara lo incomparable, ya sabemos. Que el primer mundo, que el tercer mundo. Pero todo el mundo parece igual en una pandemia, ante un virus que se esparce con una facilidad asombrosa.

El hombre es el Presidente de la república, pero te habla como un profesor explicando los resultados de la cuarentena, favorables en comparación a otras latitudes. Nos pusimos a resguardo y nos abstuvimos de decir que era una gripecita, con el diario del lunes bajo el brazo y planteando la estrategia de una cuarentena ortodoxa implantada cuando teníamos cincuenta casos confirmados en el país. A veces llegamos tarde los argentinos, pero por una vez parecemos habernos anticipado. No ir detrás de los acontecimientos, sino organizar, administrar la cuarentena.

La economía y la subjetividad se resienten. Y se rebelan también porque lo que pasa allá avisa, pero la amenaza a veces no termina de corporizarse. La situación hace acordar a los ríos de montaña, en particular en la estación estival. Uno puede estar bañándose en un tramo del río con un calor de mil demonios, hasta que alguien te avisa “está lloviendo arriba”, en el nacimiento del río, a kilómetros de distancia. Y mirás el cielo y ves alguna nube y te preguntás si será verdad lo que anuncia esa chicharra de mil demonios, que te ordena abandonar el lugar. Entregarse a la tarea odiosa de levantar campamento, interrumpir el plácido baño y mudar la toalla, el bolso mientras te sigue pegando en la nuca el sol abrazador. ¿Para qué? Uno tarda en convencerse. Lluve allá arriba, se extiende el virus en Italia, España, Nueva York, Brasil, Ecuador y qué lo parió.

Levantar las cosas, dejar de estudiar, de trabajar. Distancia social. Acuartelamiento de cada uno en su casa para vencer al enemigo invisible. Los días pasan, y ya no distinguimos entre lunes y miércoles, que ya no sabemos ni en qué día vivimos como dijo el Presidente. Que va a haber ayuda para todos, dice, que el Estado estará presente. Pero ¿cómo llegar a todos los informales? La ayuda siempre será poca, cómo llegás a los más débiles más que con bolsones de comida, al comerciante obligado a cerrar, a levantar campamento.

Mientras, Tecnópolis se convierte en un hospital de campaña. Precaverse para no ver desbordado el sistema sanitario. Si los argentinos siempre actuamos después de que ocurren las cosas, esta vez nos adelantamos a los acontecimientos con la ayuda de la anticipación de las noticias globales que viajaron por internet. Como el turista que tuvo que abandonar el río a tiempo, subir unos cuantos metros y guarecerse bien arriba. Porque el río no avisa subiendo de a poco, sino que baja como un torrente endemoniado dispuesto a llevarse todo por delante, atravesando puentes y arrastrando todo a su paso. Cambiando tanto el paisaje que sorprende verlo subir su nivel hasta lo

imposible, metros y metros alcanzando y superando el peldaño de roca desde donde sabían tirarse los clavadistas. Y recién ahí uno comprende la necesidad de los sistemas de alerta, de los avisos, De actuar a tiempo, precaverse.

Parecería que se actuó a tiempo en el aspecto sanitario. Pero, como se dijo, aún no se logró nada. Y otro tema será superar la gran depresión económica del país y mundial, que algunos asemejan a la de 1929. En ese momento, se revirtió el colapso del capitalismo apostando al Estado empresario y una política monetaria expansiva, el ideario keynesiano que había quedado en el olvido. Si los hechos cambian, cambio de opinión, supo decir el economista inglés.

Esta crisis a la que empujó un factor externo a lo económico e inesperado, pondrá en cuestión las teorías del capitalismo financiero, la globalización y la misma organización social.

No habrá un salvador, sino que parece un desafío colectivo, más allá de la grieta, sumando a los intendentes de la oposición y los propios asesores, que lo ayudaron al Presidente a no olvidar lo más importante del mensaje, la duración de la extensión de la cuarentena hasta el 26 de abril. La unión es la receta ante el desborde común que ocasiona la situación. El desafío ni siquiera lo podremos comprender con los cuadros en un pizarrón, porque en estos momentos todo quedó en suspenso, pataleando en el aire. Nadie sabe nada, ni en el país ni en el mundo, en este año que parece un sueño o una pesadilla. Complejísimo y titánico es el desafío de subir la cuesta empinadísima para ponerse a salvo, borrar el pizarrón y escribir de nuevo. Una nueva historia.

Revista Marfil, 13/4/20

## Los únicos privilegiados son los viejos

Nosotros creíamos hasta hace poco que Hugo Moyano podía parar el país. Que Juan Grabois y los movimientos sociales le ocasionaban graves daños a la economía por acampar en la 9 de Julio con sus reclamos y reivindicaciones. Ahora vemos que no era para tanto, en comparación a la paralización económica casi absoluta por la cuarentena dispuesta por las autoridades sanitarias y políticas.

En una conversación telefónica con mi hermana Verónica, ella me lo representó en una frase contundente.

-El país paró por los viejos.

-Pero, ¿cómo?

-Y claro. Si son los viejos y los enfermos los que tienen mayor letalidad con el coronavirus.

Parar la economía no para salvarnos todos solamente, sino para salvar a nuestros viejos y abuelos. Es como decirle al joven de la tabla de surf en el techo del auto: andá a surfear a tu casa, hay que cuidar a los abuelos. Lo dijo Alberto Fernández, y Horacio Rodríguez Larreta también. Lo verbalizó recreando una conversación el Presidente, mirando a la cámara y diciendo: 'Vos que sos más joven podés no tener síntomas, o un pequeño resfrío, pero si se lo pasás a una persona grande la podés matar'. También elogió a los encargados de edificio que se ocupan de hacerles los mandados y trámites a las personas mayores. En la misma tesitura, Rodríguez Larreta lanzó un programa de voluntarios para que los adultos mayores no salgan de su casa en la Ciudad de Buenos Aires.

Decidimos parar la rueda capitalista, ponerla en suspenso para salvar a las personas mayores y a los enfermos. En una Argentina que atraviesa la pandemia, los únicos privilegiados son los viejos. Seremos más pobres para salvar a los padres y abuelos. ¿Quién hubiera dicho que el país del 40% de pobres, donde campea la desigualdad, iba a enarbolar semejante política de resguardo de sus mayores? Que los jubilados siempre parecen el último rincón del tarro, que vivimos cambiándoles las fórmulas de cálculo de los haberes para pagarles cada vez menos. Pero, ¿quién hubiera pensado que íbamos a ser capaces de intentar proteger a nuestros abuelos y a nuestros enfermos, aún con todos los errores y limitaciones (aquel viernes fatídico de las enormes hileras de jubilados en los bancos para cobrar sus haberes)?

Tal vez no todo es comparable, ni las economías ni las sociedades. Pero prefiero vivir en un país que intenta esto a estar en otra latitud donde las autoridades políticas dicen que los grandes deberán perecer, o desarrollar sus propios anticuerpos y los que sobrevivan tendrán una economía más sana. Acá tenemos todas las vivezas criollas, la soberbia del potrero, pero la vida sigue teniendo valor. Prefiero que suba 10 puntos la pobreza a que haya 100.000 muertos, dijo el Presidente. La vida, supremo valor. Somos capaces de egoísmos y también, altruistas desinteresados los argentinos.

Que tenemos educación pública por Domingo F. Sarmiento, una personalidad muy discutida y contradictoria, pero que impulsó la aprobación de la Ley 1.420 contra la resistencia de la Iglesia. Laica, pública, obligatoria. Y que tenemos salud pública a mucha honra, por los médicos que dieron su vida combatiendo a la fiebre amarilla, quedando sus nombres enarbolados como homenaje en la mayoría de los hospitales. Acá se enseña y se cura a cualquiera, y después se le pregunta quién es y de dónde viene. Tozudos, egoístas, fanfarrones y también solidarios los argentinos. Que nos juntamos quedándonos en casa nada menos que para intentar salvar a nuestros viejos y enfermos. Parecemos contar con una reserva de valores comunitarios y sociales que nadie había sospechado o en los que no reparamos habitualmente.

El Presidente, tal vez para desdramatizar y volver aún más coloquial su última conferencia de prensa, aludió a una metáfora futbolera: el “teorema de Gorosito”: “Si hacés las cosas bien, es muy posible que te vaya bien”. Cuidar a los abuelos, a los enfermos y seguir las disposiciones sanitarias es actuar bien. Y ojalá nos vaya bien.

El Economista, 14/04/20

## La política en tiempos de pandemia

Ayer, el gesto lo hizo Juan Schiaretti, el gobernador de Córdoba. El jefe político de una provincia de raigambre radical que se ocupa de votar a justicialistas de buenos modales, un peronismo edulcorado sin cantar la marchita. Dio el paso al frente y dijo que se descontaría el 45% de su remuneración de gobernador.

La política es la gestión del Estado y también de lo simbólico, es la administración de gestos. En el 2003, la provincia de Santa Fe sufrió la peor inundación de su historia por el desborde incontrolado del río Salado, que invadió la ciudad causando un verdadero estrago por las víctimas fatales, por el daño económico y sanitario. Recuerdo perfectamente la imagen del gobernador Carlos Reutemann arriba de un bote naranja y con chaleco salvavidas. Y uno se puede preguntar, ¿qué podía hacer ese hombre ahí, que ni nadar debe saber y si lo tirás al Río Salado embravecido se debe ir al fondo como una piedra?

Pero el tipo estaba ahí, entendiendo que la responsabilidad de un político va mucho más allá de la ayuda instrumental que pueda brindar en el momento del colapso, esto es, acompañar, embarrarse, empaparse como cada uno de los vecinos y ayudar en lo que se pueda como uno más. Luego, vinieron los balances negativos sobre su accionar por no haber previsto con medidas de infraestructura (discutibles o no) que el desastre ocurriera, pero eso vino en un momento posterior, cuando las aguas volvieron a su cauce. Pero, en el momento de la inundación, tenés que estar ahí como debe estar un jefe de Policía cuando abaten a uno de su fuerza en cumplimiento del deber, aunque lo insulten o extiendan sus reclamos los familiares y periodistas. Dar la cara. La política implica a veces poner el cuerpo y más en situaciones excepcionales. No puede estar tu pueblo inundado y vos vestido de traje, corbata y seco. Te tenés que mojar como todos.

En la actualidad, estamos atravesando una pandemia en la que hemos seguido las recomendaciones de las autoridades sanitarias. Al día de la fecha, hemos logrado que el número de infectados no se desborde, para no hacer colapsar el sistema de salud. Pero la cuarentena se hace difícilísima económicamente para la gran mayoría de los argentinos. De más está decir que la reducción de los haberes de la clase política no constituirá ninguna solución o alivio, con un impacto macroeconómico insignificante y microeconómico imperceptible.

Pero los gestos son importantes y, aun reconociéndoles a los políticos que se deben estar deslomando todos los días para que el sistema de salud y la ayuda a los más necesitados llegue de alguna forma, ese esfuerzo es muchas veces invisible, quedándose los ciudadanos con la imagen de los sobreprecios de Desarrollo Social, el alcohol en gel que compró PAMI y los barbijos a precio de oro que adquirió el Gobierno de la Ciudad. Y el descrédito cae sobre la clase política inevitablemente y a ambos lados de la grieta. ¿Es eso solo la política? ¿Una manga de transfugas que te afanan hasta durante una situación de emergencia? Creo que no, que para nada. Que las lecturas siempre deben tener matices. Pero también es cierto que un gesto como el que dio Schiaretti puede ser

muy bien valorado por la sociedad, aunque no aporte económicamente nada, como no servía instrumentalmente la presencia de Reutemann arriba de un bote. Pero en un país donde todos seremos más pobres, la clase política también tiene que entenderlo y sumergirse (aunque sea un poquito) en el barro. El gran psicoanalista Alfredo Grande consignó una vez, en un aforismo implicado: “La diferencia entre poco y nada, es mucho”. O sea, algo es algo. Y peor, mucho peor es nada, casi que recordando el nombre del gran programa que hicieron Jorge Guinzburg y “El Negro” Fontova, que se nos fue lamentablemente. Ojalá lo perciba la clase política y esté a la altura de las circunstancias. Con una mirada, a primera vista, se despiertan muchas veces amores, y ayudándola con un gesto mucho más. Un gesto que valga más que mil palabras.

El Economista, 21/4/20

## A lo mejor resulta bien

Habitualmente, se dice que las cosas que hoy suceden hay que verlas en su perspectiva histórica. De la deuda externa se trata, habida cuenta de la oferta del Gobierno a los bonistas. En 1835, Juan Manuel de Rosas dijo en su discurso al inaugurar las sesiones de la Legislatura: “El gobierno nunca olvida el pago de la deuda extranjera, pero es manifiesto que al presente nada se puede hacer por ella, y espera el tiempo del arreglo de la deuda interior del país para hacerle seguir la misma suerte [a la deuda extranjera]”.

1835, 2020. Al momento, nada se puede hacer por la deuda externa, dijo Rosas y casi que dijo Martín Guzmán. No hay un mango. Tres años de gracia, empezariamos a pagar en 2023. Plantea una reducción del 62% de los intereses y una quita de sólo 5,4% del capital. “La oferta es ésta”, lo recrea graciosamente en la tapa la genial revista Barcelona del domingo al ministro de Economía en paños menores, casi como Dios lo trajo al mundo.

Nos vamos a caer del mundo, solían decir los economistas ortodoxos cuando tenían lugar estos pleitos donde cada país negocia cómo aflojar la cuerda de los acreedores. Había que pagar lo que pedían, decían, porque de lo contrario no te iban a prestar más. Pero, en medio de la pandemia, el mundo se cayó solo, podríamos decir que se fue literalmente a la mierda y que ya no será el mismo. Como todos sabemos, la Tierra gira sobre sí misma una vez en 24 horas, en un movimiento que por ser tan rápido es imperceptible. Pero el actual cataclismo trae una sensación de incertidumbre tal que casi que vemos girar al planeta como un trompo sobre sí mismo como cada día, pero siendo conscientes de ello, sintiendo la rotación de ideas (de un liberalismo a un intervencionismo obligado) y el desvanecimiento de los castillos de arena de la economía global de mercado.

La situación está planteada. Como el caso de un propietario con un inquilino que se quedó sin trabajo. Dos vías de solución: una demanda judicial de desalojo que se dilatará en el tiempo y quién sabe cuándo se resuelve y se cobra algo, luego de las sucesivas apelaciones; o acordar un período de gracia hasta que el hombre se acomode, pueda conseguir un trabajo, crecer y volver a pagar. La vía judicial y el acuerdo. No será la primera vez que tenga lugar una o la otra. Para llegar a un acuerdo, la negociación, el tira y afloje

En una nota en este medio, Alejandro Radonjic consignó cómo se plantó “la roca negra”, el principal grupo de acreedores. Rechazaron la propuesta pero sin patear el tablero, ofreciendo un alivio de los pagos de US\$ 40.000 millones. No aceptaron, pero hicieron una contraoferta y no cerraron el diálogo. El Gobierno se mantiene en sus trece. una partida de ajedrez. La búsqueda de un punto de equilibrio. Pero todos saben (o deberían saberlo) que un default no le conviene a nadie.

El Gobierno hizo una propuesta realista en una economía que venía en recesión, o sea de estar mal, a estar peor, con la cuarentena obligada por la pandemia y las disposiciones sanitarias. Sólo se trata de vivir, como dijo en su

canción célebre Juan Carlos Baglietto. ¿Y a quién le importa el riesgo país, si ya nos caímos del mundo porque el mismo mundo se derrumbó? ¿Y el riesgo mundo dónde está? Si hasta el FMI apoya una oferta tan alejada de su ideario ortodoxo.

Sólo se trata de vivir, entonces, esa es la historia. Con un amor, sin un amor. Con sexo virtual, como hicieron reír aconsejándolo esta semana especialistas sanitarios del Gobierno. Y los acreedores, quién les dice, en una de esas entienden. Y a lo mejor, resulta bien.

El Economista, 25/04/20

## Un poco de Tonucci y otro tanto de Fernández

El sábado 25 de abril tuvo lugar un seminario del pedagogo italiano Francesco Tonucci titulado “*Por una buena escuela en tiempos de coronavirus*”, que tuvimos el gusto de ver en casa junto a mi mujer mientras los chicos se entretenían con películas de Netflix o completando tareas virtuales. La exposición fue muy interesante, donde el pedagogo brindó herramientas sencillas a docentes y familias para que la escuela pudiera recrear su función educadora de alguna manera en la casa de cada alumno. Dio pistas de propuestas simples con lo que los chicos tuvieran a mano y respetando sus gustos e intereses. Terminó su exposición de forma original construyendo con una simple tijera y una hoja doblada un caballo de papel, al que impulsó con un breve soplo hasta hacerlo desaparecer de la pantalla. Lo que transmitió su ponencia es que la escuela debía superarse a sí misma, destacando el gran protagonismo que tenían los docentes en esa gesta.

La conferencia terminó a las 16 hs hora argentina y pusimos la tele esperando la conferencia de Alberto Fernández, habida cuenta de que la fase de la cuarentena preveía como último día el 26 de abril. Una hora, dos horas. Los reporteros siguen diciendo que es inminente la palabra del Presidente pero el tiempo sigue pasando. Y uno merienda, sale a pasear al perro brevemente hasta la esquina y vuelve. El Presidente comienza a hablar sobre las 21 hs, hecho que coincide con el aplauso desde los balcones como reconocimiento al personal de salud que enfrenta la Pandemia. “Vamoosss Albertoooo”, se oye gritar a una vecina no sabemos de qué lugar, infaltable como todos los días, pero este hecho no demuestra para nada la verdad del tweet sin dudas exagerado de Daniel Filmus diciendo que la gente sale a aplaudir al gobierno.

Mira a las cámaras el Presidente, junto a él algunos miembros conspicuos de su Gabinete de Ministros, y el área de Salud con dos representantes. Comienza agradeciendo el esfuerzo de los argentinos y aduciendo que por la observancia de las indicaciones sanitarias el daño provocado por la enfermedad se mantiene en niveles controlados. Muestra el dibujo de la maldita curva, ascendente pero insinuando una meseta.

Dice también que no ignora el impacto económico y que esto provocará conflictos. Afirma que algunos bien intencionados (y otros no tanto) propugnan por la vuelta normal al trabajo pero aún no ha llegado esa instancia. Por otro lado, el ejemplo de la situación preocupante que están viviendo los países que apostaron a mantener las actividades económicas con un aumento exponencial de los contagios y fallecidos no hacen más que darle la razón. Pero esta vez no aludió a la comparación con ninguna otra urbe, probablemente acusando recibo de las quejas realizadas por representantes de otros países con motivo de su exposición de varios días atrás.

En el cuadro de las fases de la cuarentena, indicó que estamos a mitad de camino, lejos del punto de partida pero también del de llegada. Avanzamos,

pero aún no se ha logrado nada. Una transición que se insinúa larga pero la situación varía segundo a segundo, día a día ni hablar. Define que las ciudades con población mayor a los quinientos mil habitantes seguirán con la cuarentena estricta. En un mapa lo explica. Donde hay más aglomeración, mayor es el riesgo de contagio. Se podría flexibilizar la cuarentena en las localidades de menor cantidad de habitantes pero cumpliendo ciertos requisitos. Pero el lema general parece: “dentro de la cuarentena, todo; fuera de la cuarentena, nada”.

Las diapositivas y sus transiciones funcionan de apoyo a su retórica docente de profesor de la UBA. Y me puse a pensar en que había algunos puntos de encuentro entre las ideas del seminario de Tonucci y la exposición del Presidente. El pedagogo apuntó a que, cuando todo vuelva a la normalidad, el gobierno italiano debía dar un reconocimiento especial a los niños, por haber pasado estoicamente la cuarentena y cuidado a sus mayores. El Presidente también habló de los niños, habilitando la posibilidad de una salida diaria de una hora de duración y reconociendo cómo habían cumplido con el aislamiento social preventivo y obligatorio. Dijo que los médicos y personal de salud eran los héroes y los chicos los campeones.

Otra cosa que me pareció que podían tener en común el Seminario y la conferencia de prensa es que Tonucci habló de que la crisis constituía una oportunidad para la Escuela de no continuar siendo la misma, que la iba a obligar a cambiar de alguna forma y aún contra sus elementos constitutivos y más conservadores. También podemos interpretar lo mismo para este momento complejísimo, difícil y doloroso, como dijo el Presidente, que vive la Argentina. La salud nos unió, ensayó Alberto Fernández. No es poco. Como dice aquella máxima nietzscheana: “lo que no te mata, te fortalece”. Fortalecer el Estado, la capacidad de decisión política y la integración social para poder llegar de alguna manera a ayudar a todos son los desafíos del ahora y el después. Lo que quedó claro es que falta mucho. Estamos recién a mitad de camino. Y esta situación límite sin dudas puede constituir también un fenomenal aprendizaje social. Parafraseando el título del seminario de Tonucci, ojalá la crisis sirva para construir una buena patria, en tiempos de coronavirus. Y después también.

Revista El Sur, 26/4/20

## Intentando dilucidar el tiempo que nos toca vivir

Es indudable que la pandemia causó un gran impacto interpelando todos los ámbitos de la vida social. Uno prende la tele y no hace más que verla en todos los canales, casi que no se puede hacer zapping. Hasta iniciás Netflix y aparecen películas como “Pandemia”, “Virus” y otras referidas a apocalipsis y el fin de los tiempos. Si antes el neoliberalismo triunfante imponía el pensamiento único, hoy un virus logró más o menos lo mismo. Y este artículo también se ocupa de eso, desde ya. Se revuelve de todo como en el lavarropas, pero todo desemboca en el centrifugado hacia el mismo desagote de intentar dilucidar el sentido de lo que estamos viviendo.

Clarín entrevistó el domingo a Fernando Savater. Algunas frases son provocadoras, interesantes. El reconocido filósofo español dijo: “Espero que concluya esta tempestad que se ha desatado de moralistas baratos que intentan convertir a la pandemia en motivos de redención”. Y más adelante, luego de manifestarse partidario de que los mercados de animales salvajes se terminen, concluye: “Fuera de esto, los seres humanos seguiremos siendo iguales o peores”.

Ante el remanido argumento de que saldremos de la crisis siendo mejores, sabiendo valorar al Estado, siendo más solidarios, el filósofo español se plantó y dijo: vamos a salir iguales, o peores. Y esto nos contacta también con las experiencias límite de la propia vida. ¿Quién no ha visto alguna vez a la muerte de cerca, pasado alguna situación límite propia o de algún familiar cercano? Y, en esas situaciones que absorben absolutamente toda tu atención, uno piensa “no somos nada”, como aquélla cita bíblica que se ocupa de decir “recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás”. También uno puede decirse en esos momentos angustiantes: “Mirá por las pavadas que me hacía malasangre antes”. Pasa el tiempo, la vida sigue y uno no tarda prácticamente nada en volverse a hacer problema por las mismas cosas de siempre. Que la gotera del techo, que el trabajo, que no llegamos a fin de mes, que se me venció la factura, la tarjeta de crédito, llevar y traer a los chicos. La vida, en fin. Es que la vida parece ser todo aquello que nos distrae de la muerte.

Y, si pasa eso con el ser humano en general. Por qué el mundo va a cambiar en su esencia luego de la pandemia, siguiendo el razonamiento de Savater. Sin embargo, es bueno apuntar que, después de situaciones límites como la Segunda Guerra Mundial, se realizó la declaración Universal de los Derechos Humanos y se creó la ONU, un organismo supranacional que se ocupara de mediar entre los países para que la sangre no llegara tan fácilmente al río. Pero también continuaron las injusticias e incluso enfrentamientos militares en distintos países en el período que se dio en llamar de Guerra Fría entre Oriente y Occidente, el comunismo versus el capitalismo, partido disputado violentamente en canchas neutrales. Y bien, puede apuntarse que seguiremos siendo esencialmente los mismos.

En un argumento bastante trillado, se suele decir que la crisis constituye una oportunidad, y puede ser incluso cierto. Pero también es preciso apuntar que, no necesariamente, la situación límite implicará una redención. La Biblia dice que el hombre fue moldeado por Dios con arcilla del suelo. Estamos hechos de barro. O, como dijera desde otra cosmovisión Maquiavelo, el hombre es por naturaleza egoísta. También podemos admitir que poseemos buenas dotes morales e innumerables ejemplos de solidaridad y fraternidad con los otros. Una de cal y una de arena, desde que el mundo es mundo. Antes del coronavirus, después de la pandemia. Y durante.

El Economista, 30/04/20

## Horas de centrismo y heterodoxia

Semana crucial en la negociación con los acreedores. ¿Quién hubiera dicho que la propuesta de un discípulo de Joseph Stiglitz tuviera el aval del Fondo Monetario Internacional? Es que la pandemia todo lo puede, y los liberales se hacen estadistas o los estadistas liberales, según como se vea la cosa. Todos se fusionan en el desafío común de sobrevivir a la peste. Ya no sirve aquél dicho del “dime con quién andas y te diré quién eres”. Martín Guzmán con el FMI. Alberto Fernández con Horacio Rodríguez Larreta, aunque la postura común antigrieta se haya resentido un poco con los debates acalorados y surcados de cacerolazos de los últimos días por la situación de las personas privadas de su libertad en las cárceles de la República.

Eugenio Zaffaroni y Felicitas Beccar Varela, los extremos en la disputa por el sentido común. El garantismo de un lado y el coronavirus enunciado como una excusa para darles la libertad del otro. Un tema del ámbito judicial, sin dudas, que es el poder del Estado que cuenta con más idoneidad para resolver cada situación ponderando la justicia y el respeto a los derechos humanos.

Pero las respuestas en el ámbito judicial y el económico parecen insinuarse por el centro, esa avenida del medio a la que apostara anteriormente Sergio Massa o Roberto Lavagna con poco éxito por la acendrada polarización de las campañas electorales. La sensación es que se ensanchó la avenida del medio de tal forma que Fernández recoge una gran imagen positiva (que sufrirá su desgaste) reforzada por votantes que anteriormente eligieron a Mauricio Macri. No es casual que Cristina Fernández de Kirchner haya permanecido mucho tiempo callada. La hora del centrismo, del FMI abrazándose con el discípulo de Stiglitz y viceversa. Se peronizó un poco el FMI o el Gobierno se derechizó, para encontrarse en el medio. Del “todos los acreedores son malos” al podemos hablar con ellos y acercarlos una propuesta. Del rechazo inicial de la misma por parte de los acreedores a cierto acercamiento que no quiere decir aceptación pero el default no parece ser una solución para nadie.

Guzmán presenta el plan y las perspectivas macroeconómicas estudiadas e insinúa plantarse en esa oferta: queremos pagar pero no tenemos con qué. Hay voluntad de pago pero no capacidad. Del otro lado, los acreedores no cortan el diálogo pero plantean exigencias aunque resignando algo a cambio. El gris de la negociación, entre el blanco y el negro, un color intermedio que ojalá haga llegar las cosas a buen puerto. El ministro de Economía no altera su tono de voz, su entonación no deja traslucir prácticamente ninguna emoción, una expresión seria que parece poder resistir cualquier interpelación con el mismo semblante. Puede decir sin ponerse colorado que Argentina necesita crear un mercado que permita ahorrar y prestarle al Estado en pesos (que de última, los podríamos imprimir). Ya en diciembre, en la prehistoria anterior al coronavirus, Fernández había expresado en la misma línea que había que dejar de ahorrar en dólares. No es el llamado del Che Guevara a forjar un hombre nuevo, pero apunta a una especie de altruismo y desprendimiento de los ascetas. Sueño y realidad. El consejo de

Fernández, el deseo de Guzmán en un país donde la palabra pública naufraga desde hace décadas. Tal vez, el momento inaugural fuera cuando Lorenzo Sigaut dijo que el que apostaba al dólar, perdía. A la sentencia le siguió una devaluación del peso monstruosa. El que depositó dólares recibirá dólares, dijo Eduardo Duhalde. Recibieron pesos. Ahora, los bonistas tienen papeles de colores en dólares, y el Gobierno ofrecerá lo que les pueda pagar.

En una reciente entrevista con Clarín, Guzmán plantó la fecha límite: 8 de mayo. Después, seguiremos trabajando aclaró pero hay tiempo hasta ahí. Terminan los 90 minutos, puede haber un tiempo adicionado pero las cartas están sobre la mesa. Al día de hoy, la pelota está ahí, en la mitad de la cancha promediando el segundo tiempo, en el mismo lugar donde Héctor Enrique se la pasó a Diego Armando Maradona en el partido contra Inglaterra en el '86. Y empezó ahí su carrera zigzagueante de izquierda a derecha, llevándola pegada a la zurda y dejando atrás a sus marcadores. Soy heterodoxo, dijo Fernández en su campaña electoral. Y no hubo jugador más alejado de la ortodoxia que Maradona, un distinto. Entrando al área, desparramó a Peter Shilton y le quedó el arco libre. Él recordó después que, anteriormente había tenido en su carrera una jugada similar y que había buscado, ante la salida del arquero, definir con su mejor perfil como lo busca Martín Guzmán en la negociación con los acreedores. Y dijo Maradona que, en aquella jugada, había definido de zurda afuera. Pero en el Mundial, en la jugada que lo hizo pasar a la inmortalidad, arriesgó y le pegó con la pierna menos hábil: la derecha. Sería deseable que el gobierno en su negociación con los acreedores tuviera la misma plasticidad para llegar a un acuerdo que evite el default y el mayor deterioro (todavía más) que sufriría la economía de los argentinos.

El Economista, 5/05/20

## Los de afuera son de palo

Crisis en los penales de la República. La pandemia se puso a interpelar todas las instituciones de eso que se dio en llamar la modernidad, las que estudió el célebre Michel Foucault. La escuela, el hospital, la fábrica y la prisión. En un breve repaso, la escuela se volvió aún más asistencial repartiendo bolsones de comida y la pedagogía sobrevive como puede con los recursos virtuales, de acuerdo al dominio relativo de los mismos en los sectores más vulnerables de la población. Las fábricas cerradas, con una crisis que no sólo es del país sino del mundo: 30 millones de norteamericanos pidieron el subsidio de desempleo. La institución hospitalaria, en la primera línea de batalla frente al enemigo invisible, haciendo lo que se puede con lo que se tiene. Y la prisión, desde luego. La institución que cobró toda su notoriedad cuando tuvo lugar el motín en Villa Devoto.

El Código Penal es tal vez la cara menos simpática de lo que se dio en llamar el contrato social. Se establecen las normas, se tipifican los delitos dignos de sanción, se define la privación de la libertad en caso de corresponder y el volumen de la pena. Pero el peligro sanitario hace temblar las leyes y los campos interpretativos de la normalidad republicana, pese a lo cual el poder legislativo tarda en retomar su actividad. Las leyes y las normas de organización social también son interpeladas porque las cruza la perpendicular urticante del derecho a la vida y a la salud, lo que pone en juego la pandemia.

Y se larga la discusión, y para todo hay una grieta en este país. De un lado, Eugenio Zaffaroni y del otro Felicitas Beccar Varela, por nombrar las personas que atraen tal vez la mayor notoriedad. Garantismo versus un discurso de la conservación del orden constituido, que aquí no ha pasado nada y el coronavirus es una excusa. También hay otros protagonistas. De un lado, Sergio Berni, del otro la Ministra de Seguridad nacional Sabina Frederic, encarnando una discrepancia que no es la primera. Una especie de Restaurador de las Leyes en Provincia y una antropóloga un poco más abierta a otras inquietudes sociales y por eso considerada más flexible. Mano dura y mano blanda. Dos extremos podría decirse. «Todos los presos son malos», de un lado, y «todos los presos son seres humanos», del otro, en el debate que también se corporiza en los medios de comunicación. La sensación es que un extremo espera la situación del detenido liberado que vuelva inmediatamente a delinquir y el otro anticipa el desarrollo feroz de la peste en el ámbito carcelario, donde desde hace años no se cumplen los objetivos declamados de respeto a los derechos humanos de los detenidos y el objetivo de su resocialización. Lo importante no es quién tiene la razón, sino brindar una respuesta en una situación sanitaria que urge. En encontrar el punto de equilibrio entre el derecho penal y el derecho a la vida y la salubridad, individual y colectiva, está el desafío.

Pero ahí estamos. La pandemia nos agarra con lo que tenemos. Con el Estado que tenemos, con la economía caminando por la cornisa del default y la pobreza extendiéndose. Con los hospitales que tenemos, y las escuelas. Con las cárceles,

esos territorios a los que nadie les prestó la menor atención, como una especie de agujeros negros (en el espacio exterior a la sociedad). Nos agarra la pandemia con los respiradores y las tobilleras electrónicas que hay.

Desde hace años, el acuerdo democrático es que se respeta la vida, no habilitando la pena de muerte. La pena capital, tácita o expresamente avalada en nuestro país, siempre estuvo asociada a procesos de dictadura: los fusilamientos de los anarquistas en la dictadura de Uriburu en 1931; los de 1956 durante la presidencia de Aramburu; los de 1972 en Trelew y las terriblemente extendidas desapariciones forzadas de personas durante la última dictadura militar de 1976. Nos hemos puesto de acuerdo en que la vida vale, y tanto más se exterioriza en la postura actual del gobierno de cuidar la salud relegando a la economía, una dicotomía incómoda e incluso negada por las autoridades, que también se ocupan de aclarar que se ocupan de brindar ayudas monetarias a los sectores perjudicados por la cuarentena. También, se respeta la vida de los que cometen delitos. El ex Presidente Carlos Menem reclamó la pena de muerte para Seineldín en 1990, jefe del último alzamiento carapintada, pero no tuvo eco, menos mal.

La vida de los detenidos es respetada, pero una cláusula implícita en el acuerdo social, la letra chica que nadie lee, parece decir que las cárceles deben ser un purgatorio. Un lugar de sufrimiento y expiación de culpa más que de reinserción social. Y es éste pensamiento, esta letra chica del sentido común colectivo el que entra en cuestión porque el purgatorio es peligroso para la salud del detenido, desde ya. No ahora, desde mucho antes. Pero en este momento la amenaza toma otra encarnadura. Y ahí estalla por el aire, se torna visible en toda su dimensión, entra luz al purgatorio porque los presos rompieron el techo y se hacen ver. Unos proponen: está bien, que se construyan más cárceles, de esa manera no habría más hacinamiento. Pocos reclaman que haya más justicia, en sentido del valor en sí y también en recursos para ese poder del Estado, que le permita tramitar con una mayor velocidad las causas, porque muchos detenidos lo son sin sentencia firme. Que se hagan más cárceles, insisten. Los buenos contra los malos. O, mejor, recreando la canción *Qué ves* de *Divididos*: ¿Qué ves cuando me ves? Una pregunta que los que rompieron el techo de la cárcel le hacen a la sociedad entera.

Y el fantasma que recorre el país de que los van a liberar a todos, corporizándose el peligro en la sociedad. Ellos van a estar libres y vos en cuarentena. Una inversión radical de nuestra cotidianeidad: los que deben estar en cuarentena son ellos. Se dio vuelta el mundo, maldito coronavirus, las certezas naufragaron tanto que pareciera que el mundo anterior a la peste se hundió como la Atlántida en algún lugar misterioso.

¿Y cómo se arregla ahora esto? Reuniones acá y allá. Tweets aclarando, desmintiendo el éxodo masivo. Cacerolazos y reclamos. ¿Cómo lograr que todo se resuelva “en su medida y armoniosamente”, como diría Perón? Vaya uno a saber. Lo que es claro es que los extremos no contribuyen a dar respuestas. Es un problema de la Justicia, dijo el Presidente Alberto Fernández, y no mintió. No soy amigo de los indultos, aclaró y pateó la pelota a la tribuna. Y es que cobra plena vigencia ese axioma que dice que la generalización no contribuye a nada.

Hay infinitos grises. Detenidos a poco de cumplir su condena, en condiciones de pedir la libertad condicional, con situación de salud que los incluye en los grupos de riesgo frente a la pandemia. Para salir de la entente, no se puede probablemente aplicar una norma general.

El juez y los órganos actuantes son los que cuentan con más información que los opinólogos (el que esto escribe, uno más) desconocemos totalmente para tomar las decisiones más acordes considerando la situación. Caso por caso. Situación por situación. Mientras los medios de comunicación cacarean, los jueces reciben la dura interpelación de una pandemia y de los olvidados que treparon y quemaron los techos. Y son seres humanos intentando aplicar justicia. Y pueden fallar, como recordaba el mentalista Tu Sam. Pero, si en Argentina durante un mundial de fútbol todos somos directores técnicos e incluso en una pandemia todos los discutimos a los infectólogos, en las causas en que se debe decidir cuestiones delicadas como la libertad o la privación de la misma de una persona, debe respetarse y dejarse actuar a la Justicia. Con el Código Penal en una mano, las Convenciones de Derechos Humanos en la otra, y la información de cada situación particular que se hace carne en el expediente y la situación vital del detenido. Como dice el dicho popular, zapatero a tus zapatos. Y los de afuera son de palo.

La Vanguardia Digital, 7/05/20

## Las semanas de mayo, rumbo al 25.

En 1810, a esta altura el virreynato del Río de la Plata era un hervidero y un semillero de intrigas de los patriotas que se juntaban en la jabonería de Vieytes. Belgrano, Moreno, el jefe del regimiento de Patricios Saavedra, Castelli, Larrea. Curiosamente, en una jabonería. Ayer y hoy, siempre fue importante parece lavarse las manos.

La convulsión tenía su origen en un enemigo visible de la madre patria en el Viejo Mundo, Napoleón Bonaparte y la caída de la monarquía española de Fernando VII bajo su égida imperialista. El pueblo español organizó la resistencia ante la ocupación francesa y las ciudades se gobernaron por Juntas. Y en el Río de la Plata, se reclamó el derecho a ser una más de esas Juntas. Europa y América, el afuera y el adentro relacionándose inevitablemente aunque las noticias llegaran por barco meses después. Hoy, la velocidad de internet nos informó con rapidez que un enemigo (invisible esta vez) devastaba (y sigue devastando) Europa.

-Cayó la Junta Central de Sevilla, cundió la noticia en el Virreynato. Y, aunque haya querido acallararlo el virrey Cisneros, esa caída lo arrastraría también a él. ¿De quién era delegado ahora, si su autoridad ya no existía, si caducó? Doscientos diez años después, escuchamos que cayeron, colapsaron los sistemas de salud del llamado mundo desarrollado. Que las características del virus o las demoras en la gestión sanitaria en esas urbes subestimando su gravedad desembocaron en un colapso por el aumento visceral del número de contagios y fallecidos.

Los patriotas de aquél entonces reclamaron al Virrey un Cabildo abierto, reuniendo a los vecinos principales. No había autoridad nacional, pero estuvieron presentes los Fernández, Larreta y Kicillof de ese momento. No había epidemiólogos, no con ese nombre, pero las pestes no eran raras. Un intento de resistencia del Virrey tuvo lugar, con un interés económico también, de defensa del monopolio español. Siempre hay un matiz económico en todos los acontecimientos políticos y el liberalismo de los revolucionarios tampoco sería gratuito al país postergando las posibilidades de desarrollar una industria.

La semana de Mayo que estudiamos en la Escuela y las dos semanas de Mayo 2020, extensión de la cuarentena y el asilamiento social preventivo y obligatorio. De los déspotas que querían seguir siéndolo a pesar de caducar su autoridad en las postrimerías del siglo XIX a los críticos seriales de la cuarentena que defienden obstinadamente estrategias que ya se demostraron fracasadas en los países que intentaron privilegiar la economía (que se hundió igualmente) y dando lugar al colapso sanitario, con el aumento geométrico de contagios y fallecimientos consiguiente. Del enemigo visible desencadenante de la crisis, Napoleón Bonaparte al enemigo invisible, la pandemia que asola al mundo. Si allá España resistía de alguna forma a la dominación francesa,

acá también se esgrimió el derecho a gobernarnos por nosotros mismos. Y tomar las decisiones autónomas que fueran necesarias, en materia económica o de salubridad pública, el desafío que compete en el siglo XXI en una experiencia inédita para la humanidad toda.

El Presidente Alberto Fernández, el gobernador Axel Kicillof y el Jefe de Gobierno Horacio Rodríguez Larreta en la conferencia de prensa del 8 de mayo. En aquella Junta revolucionaria, los había morenistas y saavedristas, pero el 25 todos estuvieron unidos ante el enemigo común, el Virrey Cisneros y los realistas. Hoy, el Frente de Todos y Juntos por el Cambio se presentan unidos frente al enemigo invisible. Unidad y también concentración de un país que decidió empezar a ser libre un 25, pero que fue unitario desde siempre. Por el puerto, por las industrias, por el trazado de las vías del ferrocarril, que todo desembocó siempre en Buenos Aires. La producción, la riqueza, la pobreza y la gente. El AMBA como el área más vulnerable al coronavirus nos expone una vez más los riesgos de haber encarnado un país tan unitario, aunque declamemos federalismo a cada rato y en nuestra Carta Magna. Que no pudo Alfonsín trasladar la capital a Viedma. El puerto, el aeropuerto, las puertas de entrada a un país que desarrolló otros lugares, otras importantes provincias, pero sigue siendo esencialmente unitario. Su mayor potencia y su mayor debilidad, su talón de Aquiles vulnerable en la aglomeración tan peligrosa en tiempos de pandemia. Todos unidos, y también (y lamentablemente) amontonados. Dos semanas más de confinamiento. Y el sol del 25 viene asomando.

Revista Marfil, 11/05/2020

## Y que en Argentina baje la inflación

En los '80, durante mi infancia, cuando el cuadro de tus amores perdía tus amigos te cargaban diciendo en forma de cantito que tu equipo iba a salir campeón “el día en que la vaca vuela y que en Argentina baje la inflación”. ¿Quién hubiera dicho que, pasados treinta años, las dos alusiones irónicas de la canción iban a ser verdad? No vuelan los cuadrúpedos pero nadie imaginó jamás una pandemia de tan vastos alcances. Y en Argentina, curiosamente, baja la inflación teniendo en cuenta las estimaciones de los analistas respecto del índice que el Indec dará a conocer hoy y se estima por debajo del 2%. Vuela el mundo por el aire y las ciencias y conocimientos son interpelados: la salud, la educación y la economía, desde luego.

Estanflación, solían decir los economistas para describir el estancamiento económico conviviendo con la suba de precios. No parece adecuada esa terminología para definir este momento. Ojalá estuviera sólo estancada la actividad económica, y en estas condiciones sumamente adversas cualquiera firmaría un empate. ¿Cuál sería el término exacto entonces? ¿Receflación? Recesión más inflación. O, tal vez más específicamente y teniendo en cuenta la anunciada mejora del índice de inflación, ¿receestabilización? De los economistas será el desafío de nominar lo que nos está pasando, habida cuenta de la situación complejísima que le toca vivir al país y al mundo.

Al margen de ciertas polémicas acerca de la forma adecuada de medir la inflación que sería atinado no perder de vista, da la sensación de que los comerciantes que les permiten abrir no tienen demasiado margen para elevar los precios, corriéndose el riesgo de pasar de vender poco a nada. O sea, el índice parece el reflejo de una baja de la demanda de productos (salvo los de primera necesidad). No es ajeno a esto la reducción de los salarios impuesta a algunos rubros, que pasaron a ver reducidos sus haberes nominales en 25%. Una solución conservadora de empleos, al discutible precio de reducir el salario. En el sector comercio, el mismo tipo de razonamiento invita a no remarcar tanto los precios y, si se tienen pocos clientes, más vale conservarlos. Mejor pájaro en mano que cien volando. Y, en una coyuntura extremadamente recesiva, es preferible empatar o perder por poco a sucumbir. Seguir existiendo, aún a costa de ser más pobres.

Otro precepto económico que se ve interpelado por el índice bajo de inflación es el que considera que la emisión monetaria favorece que se dispare el aumento de precios. La situación actual parece demostrar que es una condición necesaria pero no suficiente. La inflación entonces se aparece como de origen multicausal, no siendo ajena a la disputa intersectorial entre actores de la economía. Aquellos años '80 donde fui pibe terminaron con un descontrol económico que derivó en la hiperinflación, una situación de grave deterioro sobre el poder adquisitivo de los trabajadores. Mis viejos me lo graficaron en una descripción viva de los que le tocó vivir. Me dijeron que agarraban una leche o un paquete de fideos en la góndola del supermercado y, en el trayecto que hacían hasta la caja, en esos

pocos segundos había incrementado de forma importante su valor. Una situación que, treinta años después, me sigue pareciendo surrealista.

Hoy, aún con los problemas económicos innegables, con una deuda en tiempo adicionado de renegociación, no es un mal augurio que retroceda el índice de inflación. No es para brindar con champaña ni mucho menos, pero es evidente que no todo tiempo pasado fue mejor y no todo futuro será peor que la actual coyuntura apremiante. Los retos son innumerables. La baja de la inflación y que la recesión económica no desemboque en una hiperdesocupación o en la disminución de los salarios. Y buscar nuevas maneras para llegar a los sectores informales de la economía, los más golpeados en tiempos de pandemia.

El Economista, 14/05/20

## Los que la reman y esperan

*“No tires la toalla, que hasta los más mancos la siguen remando”.*

*Avanti morocha, tema de los Caballeros de la Quema (1998)*

Primero la salud, luego la economía. La educación, ya no sabemos ni en qué orden de prioridades ubicarla. El periodista le pregunta al Presidente, como al pasar, un estimado de para cuándo volverían las clases en tiempos de la pandemia que estamos atravesando. No está en agenda, responde el primer mandatario, que es Alberto Fernández o podría ser casi cualquier otro del mundo. Al margen de que es indudable que las características de este virus extremadamente contagioso inhabilitan la posibilidad de pensar en grandes aglomeraciones de personas, es también atinado apuntar que aún en coyunturas menos apremiantes se relega habitualmente a la educación. En la prehistoria del coronavirus, miramos el dólar, al ministro de economía, a la inflación y poco a la educación tal vez porque constituye un ámbito en que los efectos se observan en el mediano o largo plazo. La educación pareciera que siempre puede esperar. Ni que hablar de la situación postergada de sus brazos ejecutores, los docentes, relegados en el reconocimiento social y en el cobro de salarios demasiado cercanos al nivel de pobreza.

### **ESCUELA, EDUCACIÓN Y SOCIABILIDAD**

En estos días tuvieron lugar teleconferencias del reconocido pedagogo italiano Francesco Tonucci, una ocurrió el 25/4 (organizada por Integratek) y otra el 6/5, ésta última en un intercambio con el Ministro de Educación argentino Nicolás Trotta. Apuntó ideas interesantes. Por un lado, habló de tres espacios de sociabilidad en que los chicos se desenvolvían habitualmente hace un tiempo atrás: la familia, la escuela y la calle. Nuestros mayores de edad refieren habitualmente innumerables anécdotas de aventuras que tenían lugar en la calle y a tempranas edades. Hoy los valores sociales o paradigmas de crianza se modificaron y si observáramos a un niño o adolescente solo por un lapso prolongado de tiempo deambulando por la calle, no tardaríamos en considerar que sus padres son gente irresponsable o abandonica. No sólo es una cuestión de seguridad, con el indudable aumento de los hechos delictivos en el espacio público respecto a aquéllas épocas, sino un cambio en la educación y en la construcción social de las responsabilidades parentales. Y bien, la calle está clausurada prácticamente como espacio de exploración, aprendizaje y juego. Quedan en pie la escuela y la familia. Con las instituciones educativas cerradas, sólo les queda el hogar, la familia, a los chicos en tiempos de pandemia. En un sondeo de opinión que realizara el pedagogo, los chicos manifestaron mayormente extrañar a sus compañeros y amigos, o sea al ámbito escolar como

espacio de sociabilidad, en línea con la idea que sostiene que la escuela no es para los chicos un espacio de aprendizaje estimulante sino un lugar de sufrimiento o disciplinamiento pero en el que también se hacen amigos.

Surgió la pandemia y la escuela se tambalea sintiéndose interpelada en su índole constitutiva. No hay sociedad sin escuela. ¿Y cómo se sustrae la escuela a esa materialidad tan suya, a ese primer saludo a la bandera, a la tiza y el pizarrón? Apuntó con agudeza Tonucci que la escuela italiana, ante la aparición del coronavirus, se esforzó grandemente por parecerse lo más posible a ella misma. Seguimos igual, dijeron allá. O sea, continuar haciendo esencialmente lo mismo, sólo que con otros medios: los soportes digitales de las nuevas tecnologías de la comunicación. No apostando a la innovación pedagógica sino a la conservación a todo trance.

## **LA CRISTALIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD**

¿Es posible en los países más pobres, en nuestras escuelas públicas a la que concurren en general los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, llevar a cabo la educación de modo virtual? Y entonces se nos hace presente la pavorosa desigualdad de acuerdo a las ciudades o barrios de los que se trate, padeciéndola sobre todo los más pobres. El tránsito traumático de la imagen de los guardapolvos blancos, igualdad sacralizada, a los distintos y enormemente desiguales recursos tecnológicos que hay (si hubiera) en cada casa. Y la perspectiva de que los más pobres queden excluidos, con todas las letras, del alcance de cualquier propuesta pedagógica. De la igualdad ficticia a la desigualdad obscena tremenda que se corporiza en esa dificultad de acceso a los medios digitales o a la red de internet. «Repartamos computadoras», dijo el Estado una vez, pero ese acceso material a equipos informáticos de relativa calidad y durabilidad no estuvo necesariamente acompañado ni de capacitación docente ni de un trabajo educativo con las familias y alumnos para desenvolverse con ese recurso. Todos o muchos tuvieron su computadora, no siempre se usaron y se resignificaron las prácticas aúlicas para que una pandemia no nos encuentre prácticamente en cero en este aspecto. Las entregas de computadoras hacían fácil la foto, la captura de la instantánea, pero la profundidad de un cambio educativo no la acompañó.

Siempre hay una compensación, y ésta tiene lugar en la actualidad con la entrega de cuadernillos en los días en que las familias más vulnerables retiran su bolsón de mercaderías. Las propuestas estándar son iguales para todos, se imprimen en masa las actividades cuando conocemos que no todos los niños pueden realizarlas de acuerdo a su grado, y que la mediación del docente para enseñar o el acompañamiento familiar necesario no siempre será posible. Como dijo en su interesante artículo publicado en La Vanguardia Pedro Núñez (Desigualdades educativas en tiempos de coronavirus), la inclusión no significa necesariamente igualdad.

En algunos distritos escolares de población vulnerable de la Ciudad de Buenos Aires, los supervisores escolares aumentaron la matriculación de alumnos nuevos para que todas las familias pudieran acceder al bolsón de mercaderías, medida incuestionable e hija de las necesidades sociales y urgentes de la coyuntura. Existo, luego pienso, la Argentina transita en materia educativa la radical inversión de la sentencia cartesiana. Cuando, la marea baje y se construya la nueva normalidad que no sabemos ni de qué estará hecha, no será difícil imaginar aulas abarrotadas de alumnos y los docentes estarán ahí poniéndole el pecho a la tarea que se presentará titánica no sólo en el aspecto pedagógico, sino complejizando probablemente la práctica de cuidados de higiene o de evitar la aglomeración de alumnos que probablemente se necesiten para volver a las aulas. La educación, en definitiva, siempre puede esperar.

La escuela es la trinchera de la contención social en los barrios más pobres de la ciudad de Buenos Aires, desde que se convirtió también en comedor, entrada la década del '90 del siglo pasado. El hambre viene comiendo, la prioridad de mejorar la educación se deja siempre para más adelante. Y los sectores más vulnerables de la población son los que más necesitan la mediación de un docente, corriéndose el riesgo de que pase con el cuadernillo estandarizado que se entrega, lo que pasó con las computadoras en el pasado reciente.

Francesco Tonucci, en consonancia con esta idea, plantea una postura crítica respecto a los deberes como una tarea mecánica, descontextualizada y que nunca falta en el sentir normativo y rutinario de la escuela. Que se tienen que llenar cuadernos, carpetas. Planteó el pedagogo italiano la posibilidad de poder aprovechar experiencias cotidianas de la casa, convertirla en un laboratorio significativo susceptible de ser abordado desde las distintas áreas del conocimiento. Me hizo recordar a la idea de la sociedad desescolarizada que formulara Iván Illich, que afirmó que “la búsqueda actual de nuevos embudos institucionales debe revertirse hacia la búsqueda de su antípoda institucional: tramas educacionales que aumenten para que cada cual transforme cada momento de su vida en un momento de aprendizaje, de compartir, de interesarse”.

Es necesario no perder de vista que en los sectores más vulnerables de la sociedad argentina, servicios elementales como luz, gas y agua corriente no siempre están garantizados en los hogares, incrementándose las dificultades de aprender en casa también por el habitual hacinamiento.

En un apartado de su teleconferencia, dijo Tonucci que no tenía respuestas para todo cuando le preguntaron por la situación de los alumnos con discapacidad. Planteó que son estos chicos los que más aportan y se llevan de una clase presencial. Se le ocurrió sólo explicitar la necesidad de que la cuarentena durara lo menos posible. Los niños con discapacidad o problemas de aprendizaje precisan tal vez más que ningún otro del acompañamiento, del enriquecimiento con los otros, de la sociabilidad y el lazo afectivo para el aprendizaje. Para que las propuestas lleguen, se vuelven cruciales los recursos digitales con los que cuenten las familias pero también el acompañamiento, sobre todo en situaciones donde no se ha logrado la autonomía individual. Pocos reconocerán la proeza de esos padres que sostuvieron, como pudieron, la trayectoria educativa de sus hijos

con su esfuerzo y conocimientos y con la guía de las actividades propuestas por los docentes.

Que no hay respuestas para todo, en una crisis que sustrajo el cuerpo de cada uno de la sociedad para volverse sobre su casa, sobre sí mismo. Y la institución escuela que quedó como la imagen de un edificio vacío de alumnos.

Pero la escuela no se resigna y lucha por ser igual a sí misma, casi como un transporte que continúa intentando moverse aunque le haya sacado las ruedas la situación de la pandemia. La escuela-comedor, actividades educativas televisivas y cuadernillos para todos. Los docentes pensando actividades, propuestas, y realizando el seguimiento de las familias de forma loable para mantener el distanciamiento físico pero no el social. La comida, el conocimiento y la sociedad. Que no sólo de pan vive el hombre. Pero que nunca falte, y la escuela en los barrios vulnerables y en tiempos de pandemia se encuentra mucho tiempo abocada a esa tarea: a nunca faltar. Lo que queda claro en esta situación límite, es que la escuela no le faltó a la sociedad. Nunca.

Y que el retorno al aula, que se podría insinuar para agosto si fuera exitosa la vuelta paulatina a las clases en Europa (aunque ya nadie sabe), hará sin dudas complejísima la labor de los docentes, que la tendrán sin dudas “[...] difícilísima. Y de todos los colores. Y con mucha coyuntura como para convertirse en prestidigitadores de la improvisación. Pero, igual, ahí están, en sus aulas descascaradas o con goteras, en sus escuelas que no tienen ni bandera, dispuestos a reparar el tejido social como pueden o les sale, sarmientinos al fin, con la vocación intacta. En realidad, no son docentes. Son superhéroes que, en vez de en trajes rutilantes, van enfundados en guardapolvos, sin más armas que sus anacrónicos tizas y borradores”, como señalaba un artículo en Clarín de hace algunos años.

Si la escuela nunca le faltó a la sociedad, aún en pandemia, ojalá un día vengan los tiempos en que la sociedad no le falte a la escuela, por medio del reconocimiento social de la que es huérfana a veces y, sobre todo, priorizando a los alumnos y buscando una mayor equidad social que redunde en que la igualdad de oportunidades no sea sólo declamada sino concreta en la situación de los niños y niñas de la Argentina. Hasta tanto en eso no se avance, los docentes y los alumnos la reman. Y esperan.

La Vanguardia Digital, 18/05/2020

## Los salvajes unitarios

¡Viva la Confederación Argentina! Con esa leyenda se encabezaba la correspondencia y documentos oficiales en las épocas de Juan Manuel de Rosas, especificando también el número de aniversario de la independencia y del nacimiento de la Federación. Al viva le seguía un ¡mueran los salvajes unitarios! ¿Y qué mejor muestra del unitarismo que el AMBA, donde se concentran desde hace años el grueso de la población y las actividades económicas?

El talón de Aquiles ante la pandemia es el amontonamiento en el área metropolitana de Buenos Aires. Este virus que parece que viniera a intentar concretar la máxima extrema de Rosas, de aquellos tiempos en que la política se dirimía con consensos y también violencias, de un lado y del otro. Ser unitario no es gratis, ser porteño tampoco. Los ferrocarriles en el mapa surcando el país hacia el puerto, el embudo donde todos quieren ir, donde se concentra la riqueza y la pobreza. El AMBA concentra casi todo el riesgo, como antes acumulaba las rentas del puerto que se negaba a nacionalizar. Nuestra Carta Magna dice que adoptamos la forma de gobierno representativa, republicana. Y federal. La representación está garantizada por el voto, esa democracia que no es parece tan natural desde que vimos a países vecinos con sus instituciones tambaleantes e incluso un golpe de Estado en Bolivia. La república en tiempos de pandemia son los decretos de necesidad y urgencia, nunca mejor justificados. Y el federalismo es la gran asignatura pendiente desde que no nos ponemos de acuerdo ni en una ley de coparticipación. Y se amontona todo en el área metropolitana. Las posibilidades económicas (bien relativas) y también el riesgo de que mueran los salvajes unitarios.

Otra perspectiva política para abordar estos tiempos de pandemia la constituye la ideología de los mandatarios y su actitud frente al enemigo invisible. Si algunos analistas ponen en cuestión la utilidad de seguir hablando de izquierdas y derechas, sin embargo constituye un elemento interesante para realizar una aproximación. Se podría decir, en términos generales, que los gobiernos que se podría denominar progresistas, entre ellos el de Alberto Fernández en nuestro país, actúan en general con una postura cautelosa frente al virus. En el caso argentino, cuarentena temprana con 50 casos confirmados, recostándose estrictamente en las recomendaciones de los infectólogos y la Organización Mundial de la Salud. Compensaciones económicas que se anuncian y tardan en concretarse, en llegar concretamente a las familias (la renuncia de Vanoli fue el resultado). La salud por sobre la economía, aunque sea una simplificación criticada por el gobierno, un poco molesto cuando lo consultan sobre esos menesteres. Y bien, en el otro extremo ideológico, en Brasil Bolsonaro subestimó completamente a la pandemia llamándola gripecita y enfrentándola de forma frontal, a lo kamikaze. Paseándose por las avenidas transitadas y desestimando cualquier tipo de cuarentena. Incluso se vio la divergencia entre su postura de autoridad nacional y la de los gobernadores de los Estados, algunos más cuidadosos y prevenidos. Renunciaron en este tiempo dos ministros de Salud,

denotando que su gestión no se apoyó demasiado en el consejo de los infectólogos, con las consecuencias de crecimiento exponencial de números de contagios y fallecidos. Donald Trump en Estados Unidos también intentó priorizar la economía y terminó creciendo el número de contagios y fallecidos, además de que más de 30 millones de norteamericanos pidieron el subsidio de desempleo.

El Chile de Piñera adoptó una posición más bien intermedia, entre cuarentenas, aperturas y vuelta sobre sus pasos a cerrar las actividades cuando se produce un incremento en el número de casos, parecido en parte a lo que está aplicando el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, con una apertura de comercios e industrias que puede volverse atrás.

En general, primó una mayor cautela en los gobiernos progresistas y una desfachatez en las expresiones de derecha, frontales frente a la enfermedad desconocida. Incluso, dentro de nuestro país aquellos sectores de la derecha política que se dan el nombre de libertarios son opuestos a la cuarentena y enarbolan el cuidado de la actividad económica. En tiempos normales, ante un corte de calles o manifestación, solían decir: vayan a laburar. Hoy, aún en tiempos de pandemia, parecen pensar esencialmente lo mismo sintiendo al coronavirus como una excusa. Y bien, la pandemia logró el cambio de las posiciones relativas: los que eran más bien iracundos se volvieron mansos (incluso el prolongado silencio de Cristina Kirchner) y los que eran más bien conservadores se volvieron iracundos para volver al trabajo. Los temerosos o precavidos gobernantes y los audaces (en parte con la vida de otros) que no suelen tener responsabilidades de gestión.

Porque la síntesis, la unión parece darse en nuestro país entre las autoridades políticas en rol de gestión. La grieta suele dejarse para funcionarios de menor rango o periodistas. La unión se forja en el centro y arriba del espacio político, donde suelen asegurarse los penales para que sea gol. Alberto Fernández con Rodríguez Larreta y con Gerardo Morales. A fines del siglo XIX, la Casa de Gobierno se pintó de rosado buscando la síntesis entre la divisa punzó del federalismo y el celeste unitario en un acuerdo para la convivencia nacional. Hoy también tienen lugar por arriba gestos de unidad de lo que todavía no se unió por abajo ni probablemente lo haga nunca. Porque unificar todos en un pensamiento igual y monolítico tampoco sería deseable, que la diversidad y discusiones dirimidas en forma democrática enriquecen a la sociedad. Unidad en la gestión, ebullición y discusiones en las bases. Y la política haciendo equilibrio intentando conjugar todo eso y el coronavirus, y el sistema sanitario, y la economía, y la situación de los que se han caído (antes y durante) del sistema. Un malabarismo con veinte clavos en el aire, y algunas se pueden caer. Desafíos titánicos, en un partido que está abierto. Y con resultado incierto.

## Tratemos de vivir con fantasía

-Trinche, vos fuiste mejor que yo- cuentan que le dijo Diego Armando Maradona y le firmó una camiseta cuando visitó Rosario como DT de Gimnasia y Esgrima de la Plata.

La pelota siempre al 10, reza un viejo adagio futbolístico de la época en que existía esa posición, hoy devorada por las estrategias conservadoras que impusieron el doble 5. Que en otras épocas, parece que a los 5 les sobraba para arreglárselas en la mitad de la cancha, que con uno bastaba y a veces sobraba. Era el caso del Trinche Tomás Carlovich, un jugador rosarino que encarnó un mito que casi no dejó registros materiales donde cotejarlo pero presentan una incuestionable empiria en ese lugar nuboso donde la realidad incluso supera a la ficción. Informe Robinson le dedicó un programa especial a la leyenda, dejando testimonio de la calidad de Carlovich distintas personalidades como César Luis Menotti; Aldo Pedro Poy; Jorge Valdano; José Pekerman y Mario Killer. Como es de público conocimiento, falleció el 8 de mayo luego de ser víctima de un asalto donde le robaron su bicicleta.

Al fin de la misma semana, el 15 de mayo, falleció también Sergio Denis, el artista nacido en coronel Suárez, provincia de Buenos Aires, y que supo alcanzar celebridad. En los 80 había conocido su época de éxitos con hits que pasaron a formar parte de la memoria colectiva de la gente del común. Tuvo ascensos y descensos en la carrera como el recorrido de una montaña rusa, llegando incluso a tener problemas económicos y de salud que le habían jugado una mala pasada. El tiempo pasó, y uno cuando lo veía en un escenario de un programa de televisión ya no veía al mismo hombre (como era lógico), pero lo que deseaba no era que cantara algo nuevo sino “las mismas de siempre”, esos temas que nos hacen retornar a la década del 80 en que éramos pibes y mi vieja subía el volumen si pescaba la canción en la radio armatoste que se apoltronaba en la cocina. Las mismas de siempre que animaban los carnavales cariocas de todas las fiestas o la tanda de lentos de cuando empezamos a ir a bailar. Como una defensa contra el tiempo ese querer retornar a aquéllas épocas y vernos pibes y quitarnos años a todos.

Y tal vez eso es lo que junta al Trinche Carlovich y a Sergio Denis, un tiempo pasado que fue idílicamente mejor y al que es lindo volver por unos instantes. Y en el Informe Robinson, verles brillar los ojos a quienes lo vieron jugar en Central Córdoba de Rosario, haciendo un caño a su marcador y volviendo inmediatamente para hacerle el segundo. Que lo importante no era ganar, sino jugar. O la jugada de la pelota junto al banderín del córner y el genio la levanta en un movimiento rápido dejando atrás a tres rivales. El mito del jugador artista de potrero que se corporiza de repente en el documental con la presencia del hombre, que aparece poco locuaz pero emocionado a la hora de hablar y dar su testimonio. Casi como Sergio Denis, un hombre de perfil bajo detrás de la pantalla, casi una persona tímida que curiosamente prestaba la voz a las canciones que repetíamos todos y que

llegaron también a las canchas de fútbol. Y, en un momento, sobre ese fenómeno dijo bromeando, sonriendo: “debería cobrar los derechos”, para agregar después: “que la canción se haga popular, que la canten las personas no se paga con nada”. Que no todo es un negocio y aunque vivamos en el capitalismo hay cosas que no tienen precio.

Como dijo en la red social Twitter Miguel Mastroscello (@mastrocuervo), la vida del Trinche fue un cuento de Fontanarrosa pero el final lo escribió Horacio Quiroga. También es extensible al final trágico del cantante, secuela de un terrible accidente sufrido hace más de un año en Tucumán. Y bien, el final sin embargo no debe hacernos perder de vista el recreo que permitieron a mucha gente de levar anclas y volver por un rato a un pasado añorado, soñado, querido. Dos artistas, a su modo y en su rubro, dos vidas que merecieron sin dudas ser jugadas. Uno que repartió la creatividad de cantar lo que a otros sólo se les ocurrió pensar que, de tan simple que parecía, “podía haberlo hecho yo”. Pero lo hizo Sergio Denis. Y el otro, con la magia de la pelota al pie y encarnando la rebeldía de un jugador de potrero que no quiso adaptarse al sistema y al nuevo fútbol de los preparadores físicos. Cuenta uno de sus compañeros que el profe les había ordenado correr 10 kilómetros, y el Trinche se quedó jugando con la pelota y les dijo “vayan ustedes, yo no necesito”. Cuenta también Menotti que lo convocó a un preseleccionado y el Trinche no asistió porque se había ido a pescar o a una isla, no recuerda bien. Una isla, dos Robinson Crusoe fueron a su modo en algún momento de la vida. La fama, el tiempo que la escurre y la soledad o el acompañamiento solo de los propios, de los que estuvieron siempre. El caer y levantarse permanente de Sergio Denis para intentar seguir en el ruedo y cantando. El último acto de sus vidas, el final inesperado y trágico casi que elucubrado por Horacio Quiroga, los encontró sin embargo arriba de una bicicleta y sobre un escenario, donde les gustaba estar a los dos. Dos vidas que invitan a retornar al pasado pero también mirar nuestra vida presente para tratarla de vivir lo mejor posible y disfrutarla en el aquí y ahora, como diría en su canción el recordado intérprete, y aquí el autor de estas líneas no agrega nada más, porque está todo dicho:

“... tratemos de vivir con fantasía, juguemos sin temor que hoy es el día, nuestro día”.

## Lo que tenga que durar

La cuarentena durará lo que tenga que durar, respondió a la periodista, seriamente, el presidente Alberto Fernández, ladeado por Axel Kicillof y Horacio Rodríguez Larreta. No se deja arredrar el Presidente y cuando una periodista le habla de la cuarentena más larga del mundo y qué nombre distinto le pondría él, responde que son debates estériles. Que una cosa es gobernar personas y otra bien distinta opinar. Con otras palabras, es muy fácil hablar, analizar, discurrir desde la tribuna. Pero en la cancha están ellos tres y sus equipos, los que interactúan con la pandemia desde los ámbitos decisorios en mesas chicas, grandes, teleconferencias, el medio que sea, pero donde se resuelve qué medidas tomar ante este virus que vino a poner todo en cuestión, hasta la consabida grieta. Que ese triunvirato parece actuar con una unidad sorprendente. Se unió por arriba lo que se desune a veces por abajo, con algunos pocos militantes anticuarentena que fueron a la Plaza de Mayo huérfana de choripanes el 25.

Lo que tenga que durar. Hay que pasar antes el otoño que el invierno al que aludía Alsogaray hablando de retracciones y ajustes pasados. Y con la curva luciendo más empinada, con los contagios creciendo en el área metropolitana de Buenos Aires, y en especial en los barrios más humildes. La cuarentena sigue y no es difícil advertir que la economía se seguirá derrumbando, contrayéndose aún más respecto a la recesión que se venía arrastrando. El Gobierno intenta dar ayudas. El IFE a los más vulnerables, el submundo fuera de todo registro; créditos a tasa cero para pagar salarios y pago de la mitad de las remuneraciones en algunas empresas. Pero no es lo mismo, y nada parece alcanzar. La situación de la economía es comparable a la de un deportista en cuarentena. Por más que realice flexiones, corra en la cinta y trote de la cama al living y luego del encierro entrará a una cancha, le faltará ritmo y no llegará a esas pelotas que antes podía alcanzar.

Cuando se reabran totalmente las actividades económicas, la sensación es que a la maquinaria le costará arrancar. Incluso, en las reaperturas parciales los comercios vendieron mucho menos. La gente cuida el mango, cuando lo hay. Se aprovisiona en el supermercado de barrio cada tanto y trata de no volver a salir. Hay tiempo para cocinar y los deliverys de los locales de comida languidecen, uno de los principales rubros perjudicados. La economía se corroe, desde que el consumo no la impulsa. Se cubren las necesidades vitales y lo superfluo se deja de lado, que el capitalismo se hace caminando parece, recorriendo vidrieras que despiertan deseos. Hoy, se cubren sólo las necesidades y urgencias, por decreto.

Vivir resguardándose no será gratis, ya todos lo sabemos. La pobreza aumentará por este contexto excepcionalmente adverso. Para colmo, los ejemplos de los países que adoptaron cuarentenas menos estrictas no son alentadores, desde que crecieron exponencialmente los contagios y se derrumbó igualmente la economía. ¿Y entonces? La angustia, y el Presidente responde: angustia es que el Estado te abandone. Y tiene razón. Pero la angustia también es no saber cuánto tenga que durar la cuarentena. Las recetas se las llevó el viento. Los desafíos son

gigantescos, la política balanceándose como un surfista intentando hacer equilibrio en un mar borrascoso entre la salud, la economía y el tiempo. Que dentro de poco termina el otoño, pero llega el invierno.

El Economista, 27/05/20

## Tal vez una nueva era

Parecemos transitando una historia ni siquiera imaginada por Isaac Asimov, Ray Bradbury o Julio Verne. No hizo falta llegar a Marte para sorprendernos con lo desconocido. Y es todo lo contrario a ensayar una vuelta al mundo en 80 días. ¿Cuarentena de cuántos días? ¿Quién sabe ya de cuánto tiempo? Durará lo que tenga que durar, dijo el Presidente Alberto Fernández.

Los relatos de ciencia ficción necesitaban el afuera, lo desconocido, la imaginación buscando trascender la realidad de lo material, de lo táctil, lo cognoscible que teníamos a mano. Pero casi nadie habrá escrito la historia de quedarse en casa.

¿Qué estás haciendo, mirando el techo?, suele ser el comentario despectivo cotidiano hacia las personas poco propensas a deambular, transitar, emprender. Que el capitalismo se hizo recorriendo el mundo, conquistando América, sojuzgando a los “buenos salvajes” que había imaginado Rousseau. Quedarse en casa emula casi a un volver a la Edad Media, donde todo quedaba más cerca. El campo, el señor, los siervos de la gleba, el ganado, la artesanía. Los negocios de proximidad, diríamos ahora. Del pueblo a casa y de casa al pueblo. Quedate en casa, o por lo menos en el barrio como se dice en la provincia de Buenos Aires, donde la cuarentena se pone más peliaguda para los que menos tienen. Mercado local, el artesano, los nobles, el rey, el señor. Y la Iglesia. A la globalización y el capitalismo desencarnado se le cayó el maquillaje dijo el Papa Francisco un mes atrás en una Roma desierta, conmovida, devastada por la enfermedad.

Lo que no pudo la Inquisición con sus feroces métodos ¿lo puede hoy un bichito? ¿Hacer retroceder a la Humanidad casi 500 años? Un microorganismo que ni con microscopio casi podés ver, un ser irracional que vino a poner en jaque a la Razón, con mayúsculas. A la globalización, a la ciencia, que casi que termina apelando a las cuarentenas del Medioevo. A la Ilustración, a los derechos sociales que vino a entronizar la revolución francesa: la libertad, la igualdad, la fraternidad. Libertad de quedarte en casa a resguardarte o a morir si ya no hay donde internarse. La igualdad, que la peste toma a pobres, a ricos, pero se ensaña con los viejos y los más vulnerables por el hacinamiento que cristaliza la deuda social a la que nadie había prestado demasiada atención. La fraternidad del miedo común a perder la vida y buscar el resguardo en el Estado Moderno, que se impone a la Globalización. Casi que volver a la Edad Media, a la antiglobalización para retornar a lo local, al Estado, lo que nos queda cerca. Y la economía que tambalea. La amenaza se cierne casi como una sentencia que se insinúa: los que sobrevivan, serán más pobres.

La burguesía, esa clase emprendedora que dominó el mundo, se aburguesa, se apolilla en cuarentena. Una maquinaria que producía riqueza e injusticia

social en el mismo movimiento, se queda de repente quieta, funcionando a media potencia. Y ¿qué seguridad dejó? ¿De dónde agarrarse ahora? ¿Y qué hacer, si todo funciona en ese engranaje sistémico, donde todo se relaciona con todo: las compras, las ventas, la producción, la ganancia, la plusvalía, el salario? ¿Cómo independizar al trabajador del capital, si fue primeramente desposeído de todo? ¿Cuál es el valor de una fuerza de trabajo encerrada en la casa y el de un comercio con las puertas cerradas?

Se quedó sin energía eléctrica la maquinaria capitalista, que funciona a duras penas con el grupo electrógeno de la virtualidad del home-office. Se recuperó la capa de ozono, y se demoró por un tiempo el progresivo calentamiento global. Se enfrió, tal vez demasiado, el mundo. El futuro sólo depara interrogantes. Porque la sensación (que en el transcurso del tiempo se impone como una certeza) es que el día después de la pandemia no será igual al momento cero en que el coronavirus se inició en Wuhan. Olvídense de la normalidad, dijo Axel Kicillof a las cámaras y causó revuelo. Subleva, indigna no poder volver a cierta estabilidad, previsión, seguridad. Las certezas naufragaron y para colmo pareciera que empezamos a transitar la espiral ascendente de la multiplicación de contagios en Argentina. La sensación es que el coronavirus no abrió un paréntesis que se cerrará el día en que se dome la bendita curva, o el mundo entero vuelva a quitarse el barbijo para salir de la casa. No parece un paréntesis, sino un punto y aparte. Un cambio de hoja, un nuevo capítulo. Tal vez una nueva era, que no sabemos ni siquiera de qué estará hecha.

Revista Marfil, 27/05/20

## La medicina y la política social yendo de la mano. En recuerdo del doctor Ramón Carrillo.

El día 29 de mayo tuvo lugar un seminario sobre Ramón Carrillo, a cargo del profesor Facundo Álvarez (@facu\_alvarez73) y organizado por la Juventud Universitaria Peronista a través de una teleconferencia virtual. Una de las cosas que me gustó fue que prácticamente no se mencionó el tema de la acusación descalificatoria e injustificada del que fuera objeto su figura por supuestas simpatías con el nazismo. Fue una exposición de su obra, casi que adhiriendo a aquella sentencia bíblica, “por su fruto lo conoceréis”. Algunas cosas que se expusieron sirven de insumo a este artículo.

No había Ministerio de Salud antes de la asunción del peronismo, y cualquier similitud con la actualidad reciente no es pura coincidencia. A cargo de Ramón Carrillo, la cartera tuvo ese rango jerarquizado en el Estado.

Una obra monstruosa, impresionante la del ministro de Salud de aquel primer gobierno de Perón. Inauguró numerosos establecimientos sanitarios (más de doscientos treinta, toda enumeración es insuficiente) y durante su gestión se erradicó el paludismo, la sífilis y otras enfermedades venéreas. Descendieron también significativamente las personas afectadas por la tuberculosis y los índices de mortalidad. Como nunca, la política social y de salud fueron de la mano, un enfoque de una medicina social que no podía estar desvinculada del objetivo de mejorar el bienestar de la mayoría de la población. Decía el ministro que “los problemas de la Medicina como rama del Estado, no pueden resolverse si la política sanitaria no está respaldada por una política social”.

Elucubró el plan de un Hospital Nacional de Pediatría en el barrio de la Paternal de la Ciudad de Buenos Aires. La obra, una vez derrocado el peronismo, quedó abandonada deviniendo en el llamado Albergue Warnes. Personas pobres, familias enteras fueron tomando el establecimiento buscando un techo que la política social impotente y la injusticia social les negaba. La salud era abandonada y la fragante injusticia de la política económica provocaba un vertical aumento de la pobreza. El albergue fue demolido el 16 de marzo de 1991. Dentro de él, vivían en un estado de extrema pobreza casi 2500 personas. Las personas que ahí se hospedaban fueron reubicadas en el barrio bautizado Ramón Carrillo, casi como una paradoja del destino. El Hospital Nacional de Pediatría proyectado devino en abandono. La obra paralizada, en edificio tomado. Los desalojados fueron a habitar un barrio que se inicia en la intersección de avenida Castañares y Mariano Acosta, donde campea la pobreza y son deficientes los elementales servicios de salubridad. Una ironía tremenda del destino, de un hospital a un barrio para pobres. La salud pública descuidada, al igual de los derechos sociales de las personas empujadas a la miseria. La política social y la salud fueron de la mano, pero en el sentido inverso, hacia la desprotección de vastos sectores de la población.

La memoria traducida en nombres de calles y barrios de la ciudad de Buenos Aires es capciosa. Ramón Carrillo es el nombre de un barrio y de una calle cercana a la estación Constitución, que corre a la vera de hospitales. Además de médico neurólogo y sanitarista, se permitió escribir un libro curiosamente útil en los tiempos actuales aunque no pueda hacerse historia contrafáctica. En este trabajo habló de la guerra psicológica, y algunas citas casi que pintan la actualidad de extremos cuidados contra el enemigo invisible del coronavirus. Dijo en aquel libro que “al iniciarse la guerra, simultáneamente se produce un verdadero desequilibrio psicológico en el hombre y por ende, en la colectividad... la guerra cambia toda la organización social”. El cimbronazo que causó el actual coronavirus es apuntado por numerosos analistas, constituyendo una interpelación brutal a las instituciones estatales y a la sociedad toda. Y la cuarentena que se extiende largamente, ocasionando múltiples impactos económicos, subjetivos y políticos. Y Carrillo hablaba también de una etapa inicial y de una fase crónica apuntando: “¿Qué efectos se producen en ese nuevo estado? El primero es la fatiga. La población cae en la indiferencia y en la falta de entusiasmo. La gente ya no siente preocupaciones. El “qué me importa”, el “qué-me-importismo” aparece nítidamente...”

No son pocas personas las que plantean el malestar, la angustia que causa la cuarentena, desatendiendo en ocasiones las prescripciones sanitarias y algunos llamando incluso a su incumplimiento con irresponsabilidad, habida cuenta del crecimiento exponencial de la enfermedad en otros países que no la respetaron. El cansancio, la fatiga circula, el aplauso de las 21 hs de reconocimiento al personal de salud en la primera línea de fuego se escamotea o pierde su intensidad. Surge cierto individualismo celoso de los derechos interrumpidos por las indicaciones de los infectólogos y el respaldo político.

La cuarentena cansa, el cuerpo y la subjetividad se resienten, y más si sumamos al encierro problemas económicos evidentes. La desmoralización, el tedio y la falta de horizonte distinto de corto o mediano plazo es reforzada por la sensación (o la certeza) de que aún no habría pasado lo peor. Que la curva ascendente sigue insinuándose, y todavía no pasamos el otoño y llega el invierno.

“Pero, no obstante, la población en tal estado puede ser recuperada”, planteaba en su libro Ramón Carrillo. Y ojalá pueda recuperarse la intención de perseguir un objetivo común de pasar la peste lo mejor que se pueda.

Tal vez una de las mayores enseñanzas de Carrillo es que la medicina debe ser una aliada de la política social. Cuidar la salud y la economía y las condiciones de vida de los más vulnerables también, sobre todo en el contexto de una pandemia que descubrió obscenamente la desigualdad cristalizada en la situación de las villas de emergencia privadas de los servicios básicos.

Ramón Carrillo se exilió en Estados Unidos para atender sus problemas de salud, y luego viajó a Brasil, donde murió en diciembre de 1956 en la absoluta pobreza. Cuentan que Manuel Belgrano le pagó con su reloj la última consulta al médico. Este hombre probablemente no, porque médico era él.

Dejó como legado la medicina social, que nadie se preocupa de estudiar ni una carilla en las principales universidades argentinas. Mejores condiciones sociales, habitacionales y sanitarias de la población hubieran posibilitado una más óptima respuesta ante este presente preocupante.

En el barrio que lleva su nombre, sobre la calle Mariano Acosta, entre Castaños y el pasaje A, sobre una vereda a la vera de las vías del Premetro, se erige una placa con una frase de Ramón Carrillo, que reza y galvaniza lo lejos que estamos de que se cumpla y lo inermes que están los sectores vulnerables de la sociedad frente a la pandemia: ‘Frente a las enfermedades que genera la miseria, frente a la tristeza, la angustia y el infortunio social de los pueblos, los microbios, como causas de enfermedad, son unas pobres causas.’

Revistas Marfil y El Sur, 2/6/20

## Algunos apuntes para un nuevo contrato social

La pandemia vino a poner en cuestión todas las certezas, encarnando una situación límite que ha despertado pronósticos de todo tipo de analistas sobre el devenir del mundo cuando se bosqueje una nueva normalidad sobre los despojos de las seguridades anteriores.

Un aspecto importante donde se pone de manifiesto el tremendo impacto de la pandemia es en la cuestión social. Un efecto devastador que se observa en el incremento de la cantidad de personas que requieren ayuda en los comedores. Si en los años 90, los nuevos pobres eran sectores medios que caían luego de la ola de privatizaciones y la desocupación de dos dígitos, el actual parate económico, hijo de recesiones arrastradas y cuarentenas, reproduce más y más pobres. Una sociedad desigual que se expone ahora sin velos. El Ministro de Desarrollo Social Daniel Arroyo afirmó que la cantidad de personas que requieren ayuda alimentaria “se incrementó de 8 a 11 millones de personas”. La ayuda social encarada por el Estado se vio lamentablemente salpicada por el escándalo de sobreprecios en la compra de alimentos esenciales que se hacían llegar a los sectores vulnerables, que provocó la renuncia de varios funcionarios en el Ministerio de Desarrollo Social.

Estefanía Pozzo se preguntó en su artículo (El virus demostró la crueldad estructural contra las poblaciones vulneradas, en *Le Monde Diplomatique*): “¿Es posible la vida en sociedad si el sistema económico se basa en las desigualdades sociales? Si bien la circulación del virus dejó en evidencia que nadie está a salvo (por más dinero y patrimonio que tenga), también demostró la crueldad estructural y organizada contra las poblaciones vulneradas. El hacinamiento, los ingresos por debajo de la subsistencia, las condiciones laborales paupérrimas y las barreras de acceso a los servicios básicos toman ahora un carácter más extremo”.

### **LA RENTA BÁSICA UNIVESAL “A LA ARGENTINA”.**

El Estado intenta responder compensando la situación. Por un lado, ayudas a las empresas con créditos a tasa cero para cubrir la planta salarial e incluso haciéndose cargo en ocasiones de parte de las remuneraciones para que no cunda la desocupación generalizada. A los informales, los sectores más vulnerables, se aplicó una política novedosa que fue el IFE (ingreso familiar de emergencia). Una medida hija de las necesidades sociales urgentes de todas esas personas que se encontraban en la bruma de la economía no registrada. Una asignación que puede de alguna forma parangonarse con una renta básica universal, que se brinda a los ciudadanos vulnerables sin esperar el Estado contraprestación.

Bajo el disparador “¿Hacia una renta universal?”, Natalia Zuazo habló de este experimento “a la argentina”. En el mencionado artículo publicado en *Le Monde*

Diplomatique, la autora afirma que la aplicación de la renta básica universal, citando al historiador holandés Rutger Bregman, tiene impactos positivos porque “reduce la delincuencia, la mortalidad infantil, la desnutrición, el embarazo adolescente, el ausentismo escolar, y favorece el rendimiento académico, el crecimiento económico y la igualdad entre los sexos”.

Es preciso apuntar que, ante el panorama preocupante que se avecina en el durante y después de la pandemia en Argentina, los resultados pueden relativizarse mucho, desde que los indicadores sociales empeorarán. O sea, en condiciones de cuarentena estricta, con el indudable impacto económico que genera, los resultados de la renta básica universal (o IFE en el caso argentino), no van a poder apreciarse de la misma forma que en condiciones normales o de cierta estabilidad económica. Pero lo que aparece como indudable, es que sin el ingreso familiar de emergencia hubiéramos estado peor. Y también es evidente, que en tiempos normales o de estabilidad no hubiera tenido lugar el ingreso familiar de emergencia, que no estaba en la agenda del gobierno.

La discusión por la renta básica universal se abre como un ámbito interesante a ser explorado desde variantes progresistas. La derecha política tradicionalmente y, ante cualquier manifestación social de protesta, esgrime el “vayan a laburar”, consigna eminentemente positivista que arraiga la génesis del problema y de la desigualdad social en los individuos o grupos sociales vulnerables. La otra cara de la misma moneda la constituye el individualismo del “yo me esforcé y a mí nadie me regaló nada”. El éxito como consecuencia natural del propio esfuerzo meritocrático. Que nos trae casi la foto del empleado del mes en McDonalds.

La renta básica universal, en cambio, pone el foco en lo social, en dar respuestas a una desigualdad urticante que genera un acrecentamiento de la vulnerabilidad que se puso de manifiesto aún más en estos tiempos de crisis. ¿Qué tiene la sociedad para ofrecer a los vulnerados, a los del final de la fila, a los reprobados en la escala de valores meritocráticos del darwinismo social?

Mientras no se produzca la revolución y dictadura del proletariado o la caída del capitalismo que algunos ilusos imaginan, ¿qué hacemos para volver la sociedad más vivible y menos injusta? En los tiempos posteriores a la revolución rusa, se dio un debate en la izquierda argentina entre quienes proponían posturas más belicosas y revolucionarias y otra visión que hablaba de la lucha por reivindicaciones inmediatas. O sea, de no cumplirse el programa de máxima, ir avanzando en conquistas de mínima. La imagen de Alfredo Palacios casi solo en el Congreso llevando la voz de los explotados en los talleres, de las mujeres y los niños obligados a trabajar en jornadas de sol a sol, las reivindicaciones que pasaban por alto los miembros de los cuerpos colegiados pretendidamente democráticos de la oligarquía argentina. No les prometía la redención a los más vulnerables de la sociedad porque estaba solo como turco en la neblina, pero proponía la mejora de su condición con innumerables proyectos, algunos de los cuales tiempo después concretaría el peronismo. Que ese hombre que parecía gritar solo, sin embargo dejó una memoria de lucha y obstinación que luego fue recuperado (en parte) por otro movimiento político progresivo, aún cuando el propio autor de las iniciativas no comulgara con él.

Y bien, también la CTA propuso desde el año 2001 el Frenapo (Frente Nacional contra la Pobreza) y la asignación universal a la niñez, que recién fue aprobada por el kirchnerismo en el año 2009. Las ideas pierden, dejan memoria y pueden triunfar en el momento menos pensado, porque dejaron de alguna forma una marca, una huella. Que algunas propuestas, cuando se basan en la progresividad histórica, con el transcurrir del tiempo son aprobadas, tomadas por los movimientos mayoritarios de la sociedad. Pasa también con los pañuelos verdes, que estoy convencido de que ganaron la batalla cultural aunque reste saber cuándo se aprobará la ley.

## UN CONSEJO NACIONAL DE POST-PANDEMIA

Y bien, esa especie de renta universal que constituye el IFE es digna de analizarla y de sostenerla como propuesta en el tiempo. Un ingreso mínimo familiar garantizado por el solo hecho de ser ciudadanos. Vivimos en el año 2002 cómo a los beneficiarios del plan Jefes y Jefas de Hogar se les exigía una contraprestación en servicios e instituciones públicas. El monto de la asignación fue quedando retraído, desplomándose su poder adquisitivo pero en la memoria social quedó el “no hacen nada”, sin advertir que el deterioro del monto ya inhibía de exigir una actividad laboral sin considerarla una burda explotación.

El IFE puede ser otra cosa, encarna la ayuda a los informales, a los que llevan adelante las changas interrumpidas, una compensación, una mano extendida pero también la posibilidad de considerarlo una política social a futuro. Para avanzar en una sociedad más justa y menos desigual. Y más solidaria y menos violenta. Menos temerosa y más segura. Tomo acá algunas palabras de Mariano Schuster, que en su artículo *Izquierdas y derechas en tiempo de coronavirus* publicado en Revista Nueva Sociedad, planteó que “el modo de enfrentar el temor es la seguridad en un sentido extenso (seguridad social, cuidado público, lazos sociales comunitarios, Estado presente, ciudadanía garantizada)”.

En su libro *Peronismo y cristianismo*, el Padre villero Carlos Mugica consignó que “la inseguridad no es un problema virginal: ‘a mí no me gusta la inseguridad’”. Hace acordar a recientes cacerolazos y ruidazos contra ese flagelo, medidas que exponen el problema y no avanzan hacia una seguridad para todos.

Ya consignó en su momento Thomas Hobbes que, el hombre abandonado a sus instintos es el lobo del otro hombre. Que resigna esa libertad destructiva, autocontiene sus impulsos egoístas para generar un el contrato social constituyente del Estado. El desafío del hoy es reformatearlo en un acuerdo con renta básica universal garantizada, con condiciones dignas de existencia para todos. Si la pandemia vino a mostrar con obscenidad las desigualdades, políticas sociales que la ataquen no pueden postergarse, sobre todo en un país que verá incrementados sus niveles de pobreza.

En el año 1944, en las postrimerías de la segunda guerra mundial, el gobierno argentino de entonces organizó un Consejo Nacional de Posguerra, al que se lo

consideró un laboratorio de políticas públicas. El conflicto armado en Europa insinuaba su fin a corto plazo y el país se anticipaba al escenario posterior ensayando propuestas de Estado intervencionistas en la economía y la sociedad procurando brindar un mayor bienestar a los sectores postergados de la sociedad. En el contexto actual, tal vez pueda encarnar una función similar el anunciado y siempre postergado Consejo Económico y Social. Lo que es claro es que se debe pensar en el Consejo Nacional de Posguerra contra el enemigo invisible o como se lo quiera llamar. Atender lo urgente del día a día y también lo importante, el mediano plazo del día después. Para atender las secuelas que dejará la pandemia y el deterioro social de la cuarentena prolongada en Argentina será necesario, como planteó Mariano Schuster, el insumo de “una nueva imaginación colectiva, que reponga el valor de la comunidad y de una sociedad organizada y con reglas claras, y derechos para los más vulnerables”.

Renta básica universal, complementadas con salud y educación públicas de calidad. Un desafío enorme, gigantesco para que reine en el pueblo el amor y la igualdad. Con el peronismo, con el socialismo, la versión plebeya e irreverente del radicalismo y todos los movimientos progresistas que son parte del ideario de la justicia social históricamente en la Argentina.

La Vanguardia Digital, 4/6/20

## Cuando llega el miedo se terminan las palabras

Infectadura, declama el documento en forma de solicitada publicado hace poco por distintas personalidades intelectuales. Es el gueto de Varsovia, dijo Juan José Sebreli sobre Villa Azul. La política argentina abunda en ejemplos rimbombantes, exagerados. Herminio Iglesias quemó el cajón y le dio el triunfo a Raúl Alfonsín. El caudillo pejetista no era la dictadura pero lo pareció, cuando la sociedad quería otra cosa, arrastrando al PJ a la primera derrota sin estar proscrito. Fue un recurso estilístico, se apresuraron a aclarar los firmantes del documento crítico con la forma de la cuarentena en los tiempos actuales.

“Se va a acabar, la dictadura de los K”, grita una plaza. “Macri basura, vos sos la dictadura”, gritaba la otra. La dictadura funciona como el lugar donde poner al otro indeseable, la papelera de reciclaje de lo que no puede tramitar la democracia con el diálogo. Dictadura son represión, violaciones, 30.000 desaparecidos, respondió el infectólogo Pedro Cahn. Las recomendaciones de los facultativos, apoyadas en su indiscutible experticia, te obligan a cuidarte. Estamos acostumbrados a que el doctor nos diga: no comas grasas que sube el colesterol, ¿pero si un amigo te invita a un asado no le vas a decir que no? La práctica institucional del consejo médico y el paciente que acata o desobedece según le parece. Pero esto es otra cosa, claro.

Un virus que se esparce como la pólvora, con relativa letalidad pero una contagiosidad de mil demonios. Se multiplica el peligro de contraerlo y de colapsar el sistema de salud si la bendita curva de contagios sube en línea vertical, sin insinuar mesetas. Prácticas de cuidado difundidas y el aislamiento social preventivo y obligatorio. En el panóptico del que hablaba Michel Foucault, no está sólo un guardia de seguridad sino los infectólogos. “Vigilar y castigar”, se llama el libro del filósofo francés. Hoy, parece encarnarse la práctica paradójica del Vigilar y cuidar. Te vigilo para que no te pongas en peligro o pongas en riesgo a los demás. Porque, como dijo Cahn, y cita a menudo el Presidente Alberto Fernández, el virus no viene a buscarnos si no que nosotros vamos a buscar al virus. Quedáte en casa, no se sabe hasta cuándo. El acuerdo social de limitar la libertad para resguardar la salud se erosiona y se desgasta por la extraordinaria longitud del tiempo.

Como planteara el escritor Martín Rodríguez, el Gobierno plantea un totalitarismo paradójico: te obliga a no morir. Cuento aquí una anécdota de una telellamada que tuvimos en el equipo educativo en que me desempeño. En las escuelas que intentan sostenerse en la virtualidad sigue habiendo reuniones de equipo, informes de los alumnos e intervenciones remotas. O sea, la escuela quiere seguir siendo ella misma, con todos los agregados burocráticos de la presencialidad cumplidos a la distancia. Se cristaliza el deseo de intentar continuar como si nada hubiera pasado, como en parte ocurre en el país y en los sectores que critican la cuarentena y reclaman la vuelta imperiosa a la normalidad. En la reunión del equipo educativo participó excepcionalmente una profesora que nos iba a capacitar en recursos tecnológicos. De repente, su

exposición se interrumpió y dijo: “Disculpen, a mi padre le dio Covid positivo”. El silencio ocupó la videollamada sin haber ningún problema de conectividad.

El miedo se corporizaba ahí, sin faltar más aditamentos. La ilusión virtual de la escuela se derrumbó como un castillo de naipes encarnando un espontáneo: primero la salud, después la educación. El virus crece y se vuelve cada vez más cercano, con los consiguientes riesgos en el AMBA por la concentración de la población.

Los debates pro y anticuarentena, las disquisiciones sobre repúblicas y dictaduras las suelen dar los filósofos de la cotidianeidad que están mayormente sanos. Pero el número que todo el tiempo nos actualiza la televisión se corporiza en personas, algunas de ellas cercanas. Habrá que acostumbrarse a convivir con el virus, escuché decir a especialistas. Sin hablar de democracias, de dictaduras, sino de algo mucho más complejo: cómo transitar lo mejor posible este combate contra un enemigo completamente desconocido e invisible que hasta desbordó a sociedades pretendidamente desarrolladas. Escuchando al otro, dialogando sin subestimar el peligro, intercambiando pareceres también pero reconociéndonos todos atravesando una situación excepcional. Porque la excepción es la regla. Y, cuando el miedo, la amenaza se corporiza, muchas veces se terminan las palabras.

El Economista, 4/6/20

# Y un día el globo estalló. Interpelación al Estado, a las instituciones y al trabajo social durante la pandemia y después

## Introducción

*"La única certeza es la incertidumbre" Zygmunt Bauman*

El mundo amenazando con reformatearse, con volar por el aire y poner en duda todas las pretendidas certezas, llevando más que nunca a la incertidumbre como un estado normal. No fue ninguna revolución social la que logró que la humanidad se mirara tanto a sí misma, en una pregunta e introspección por el sentido profundo de lo que se está viviendo. La angustia y la ausencia de seguridades llevan a la interpelación de todos los ámbitos de la vida donde se mueve una sociedad. En los distintos apartados que siguen se intentará analizar desde distintas facetas el impacto que está teniendo la pandemia del COVID 19 en el mundo en general, y en particular en la Argentina.

## Y un día el globo estalló

Multinacionales matan Estado Nacional, nos explicaron desde hace muchos años numerosos estudiosos de eso que se dio en llamar la postmodernidad y el Estado neoliberal. A la globalización y su indisputable hegemonía sólo se resistían sectores marginales: ciertos tipos de tradicionalismos afincados en algunas culturas y los fundamentalismos de Medio Oriente. En su libro *Los hijos de los días*, Eduardo Galeano describió lo ocurrido en Bolivia con una casa de comidas rápidas mundializada en un texto titulado *Una derrota de la civilización*: “en el año 2002, cerraron los ocho restaurantes de Mac Donald's en Bolivia. Apenas cinco años había durado esa misión civilizatoria. Nadie la prohibió. Simplemente ocurrió que los bolivianos le dieron la espalda, o mejor dicho se negaron a darle la boca”.

Traigo la cita en tiempos en que el país hermano se encuentra atravesando una lamentable dictadura. El título que eligió el genial escritor uruguayo apunta al ansia de capitalismo de presentarse e imponerse no sólo con la violencia sino formando parte de un proceso civilizatorio. Divide, civiliza y reinarás.

Se cayó el muro de Berlín y la línea imaginaria de las fronteras se disolvió con la capacidad instantánea de superar las distancias, con el brazo imprescindible de la red de redes, Internet. De la expropiación del capital intentada sin éxito por los

socialismos reales que sucumbieron, se pasó a la expropiación del Estado, siguiendo la idea que planteara *Zygmunt Bauman*. Esto es, la limitación progresiva de la capacidad de los Estados para hacer frente a las responsabilidades inherentes a la ciudadanía moderna y también su creciente imposibilidad de gobernanza de la economía, manejada por capitales financieros volátiles que ocasionan crisis periódicas padecidas por las personas de carne y hueso, que no cuentan con el mismo poder de movilidad. El capital se va, se escurren las ganancias, la miseria queda. Pero el mundo era un globo interconectado, reproduciendo ganancias y creando también desigualdades evidentes pero con un poder de persuasión civilizatorio innegable. El poder que le hizo decir a Fukuyama que era el fin de la historia. Podríamos decir que lo que no pudo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o la China de Mao Tse Tung, o sea interpelar grandemente el poder civilizatorio del capitalismo, lo logró, tristemente y con graves consecuencias en vidas humanas y económicas, un virus, una pandemia. Y un día el globo estalló.

Por un virus con un poder exacerbado de transmisión. Se cerraron las fronteras, que de líneas imaginarias pasaron a ser muros de hierro. Los países, las comunidades se replegaron sobre sí mismas. Y todos se volvieron hacia el Estado que cobra un poder inusitado, que lo lleva incluso a limitar las libertades individuales de los ciudadanos con la disposición de cuarentenas obligatorias para resguardar la salud de la población. La vuelta de la autoridad del Estado, esperemos que no del totalitarismo o del control social: Google pasó información acerca del cumplimiento de la cuarentena al gobierno, en una especie de corporización del Gran Hermano que no hubiera sospechado *George Orwell*. Y el Gobierno de la Ciudad dispuso que los adultos mayores deben pedir permiso para salir a la calle a la línea 147.

El Estado mutilado por gobiernos de tinte neoliberal ha perdido capacidades que tardan en volverse a reconstituir, ahora que se las necesita por la crisis desatada por la pandemia.

Podamos tanto el árbol estatal hasta convertirlo casi en un bonsai y después nos dimos cuenta de que precisábamos su sombra, bajo un sol abrazador. La pandemia nos agarra con el Estado que tenemos, pero por lo menos Salud es Ministerio y no Secretaría. Por algo se empieza.

### **La enfermedad como problema social**

Si algo aprendimos en nuestra formación de trabajadores sociales es a dilucidar, pensar la problemática de los individuos y los grupos como de índole

social. El positivismo explicaba por causas individuales la existencia de problemas, enfocándose en la falta de adaptación del individuo a la sociedad. Si sos pobre, si te enfermás, será por tu responsabilidad, por no alimentarte bien o por no querer trabajar. El "vayan a laburar" que, en ocasiones, enarbolan sectores medios ante cortes de calle o medidas de fuerza de los sectores vulnerables o excluidos, es una sentencia positivista, recalcando la responsabilidad en el que reclama y defendiendo el derecho propio al libre tránsito. La pobreza, problema individual. El libre tránsito, derecho individual. Y el éxito, escenificado en el emprendedurismo, personificado en la gestión anterior en la figura del CEO de Mercado Libre.

Ahora bien, cuando hablamos de la enfermedad que se origina en Wuhan, también podemos explicar su desenvolvimiento en cada ser humano con una óptica individual, diciendo que son más vulnerables las personas de mayor edad o que tienen alguna afección preexistente. La enfermedad y la persona. Pero, cuando se desborda el sistema de salud, con todo lo que ello implica, se pone de manifiesto en su versión más cruda el problema social. Que el neoliberalismo actuó en Latinoamérica pero también en Europa parece, con sus implicancias en la carencia de sistemas de salud robustos para atender los desafíos complejíssimos de la enfermedad. El contagio provoca el desborde de los menguados sistemas de salud públicos y privados. Situaciones de colapso en Italia, España, Inglaterra, Estados Unidos. Más cerca, Ecuador, y el vecino Brasil con un impacto creciente de la enfermedad, todas situaciones muy delicadas. Pero también la enfermedad es social porque, como dijo alguna vez el sanitarista argentino Ramón Carrillo, figura de significación muy poco valorada: "frente a las enfermedades que genera la miseria, frente a la tristeza, la angustia y el infortunio social de los pueblos, los microbios, como causas de enfermedad, son unas pobres causas".

La enfermedad y el problema social, en temible maridaje. La enfermedad y la pobreza. El coronavirus y la desnutrición. La enfermedad y la violencia de género. La cuarentena y el hacinamiento de las familias en los barrios humildes. La pandemia nos agarra con las botas puestas o descalzos. Con lo que tenemos. Con la sociedad y el Estado que nos supimos dar. También con las muestras de solidaridad y el respeto a las instituciones democráticas que nos supimos dar hace casi cuatro décadas.

### **El impacto institucional**

La división del trabajo y el ejercicio de las profesiones quedaron pataleando en el aire. ¿Cómo trabajar en ausencia del cuerpo del otro, del ser social constitutivo

del ser humano? Esas preguntas que se hacen todas las profesiones que no se adaptan tan fácilmente al home office, el trabajo social entre ellas.

Que precisamos el encuentro con la persona, con la familia para modelar una intervención que permita resguardar derechos o acceder a los recursos diagramados por el Estado a través de sus políticas sociales no siempre lo amplias, lo abarcativas y lo universalmente accesibles que quisiéramos.

Un problema institucional también desató la pandemia. *Michel Foucault* habló de las instituciones donde se desarrolla el disciplinamiento: la escuela, la fábrica, la cárcel y el hospital. Las instituciones de la modernidad, que más que nunca se volvió líquida, como planteara *Zygmunt Bauman*. A excepción del hospital, claro, que es lo único sólido aunque con peligro de desvanecerse en el aire, la idea que acuñara *Marshall Berman*. Que se vuelve muy difícil transitar un momento límite, de reformulación, de puesta en cuestión de valores que creíamos establecidos, sin acudir a la filosofía y a los pensadores de estirpe.

Muy bien, había apuntado que el hospital sí conserva su materialidad, y ahí tenemos a los médicos, enfermeros, personal de limpieza, todos lo que ejercen su labor en esos tiempos donde el sistema de salud se ve forzado a responder, estando probablemente a medias preparado para atender la crisis. O sea, con una indiscutible capacidad profesional pero con carencia de insumos de protección, que cada facultativo se debe proveer (si encuentra) a como dé lugar. Los equipos de salud mental de los hospitales de agudos de guardia, compuestos por un psiquiatra, un psicólogo y un trabajador social. Que la pandemia tiene a muchos profesionales indudablemente expuestos en el ejercicio de su labor y con una guía de procedimientos y recursos que se reformatearon, desaparecieron o se pusieron en suspenso para acatar la disposición de aislamiento social preventivo y obligatorio. El hospital está en la primera línea de fuego, en esa metáfora trillada en los medios de comunicación de la guerra contra el enemigo invisible, haciendo lo que puede con lo que tiene.

La escuela, una institución que forma alumnos, transmitiendo conocimientos como valores sociales, se tuvo que reconvertir a la clase virtual, al acceso a un blog y a repartir las denominadas canastas nutritivas enviadas por el Estado, no siempre abundantes y no siempre lo suficientemente nutritivas. La escuela ve exacerbada su función como institución de contención social, su labor pedagógica se reciente aún más con los alumnos y docentes resguardados en cuarentena, y más en las situaciones de los grupos sociales de mayor vulnerabilidad, que no siempre cuentan con red wifi ni medios o conocimientos tecnológicos para utilizar a la web como vehículo de comunicación.

La cárcel, la institución donde el filósofo francés describió el panóptico, se ve también interpelada y expuesto su rol castigador, volviéndose patente, sin velos la situación de inhumano hacinamiento y el poco resguardo de los derechos de las personas privadas de su libertad. La Justicia se encuentra considerando pedidos de prisión domiciliaria de imputados por delitos menores. Resguardar la salud, la meta de estos recursos, en peligro en un ámbito proclive al hacinamiento y malas condiciones de higiene, con el riesgo consecuente de generalización de la infección de producirse.

Las fábricas, el motor del capitalismo desde las máquinas de vapor. Traigo aquí la imagen del cuadro de Ernesto de la Cárcova, “Sin pan y sin trabajo”, del hombre con el puño apretado sobre la mesa, en su casa, desocupado, triste junto a su mujer que se ocupa de bordar, observando por la ventana a la fábrica que lo había escupido a esa desolación. No muy distinta es la situación de cuarentena obligada para los numerosos obreros de fábricas y múltiples oficios, imposibilitados de trabajar.

La cuarentena es más dura para los informales, para los trabajadores que no están protegidos bajo ninguna legislación, como planteó en su lucido y célebre trabajo *Los hilos del poder* Juan Villarreal. Los cuentapropistas crecieron en el modelo aperturista de la economía, el que vino a instalar la última dictadura militar, se consolidó en el menemismo y tuvo sus últimos cuatro años en el gobierno de Cambiemos. El empleo registrado la pasa mal en cuarentena, el trabajador sin registrar aún peor.

El gobierno quiere llegar y lanza el ingreso familiar de emergencia, para monotributistas de baja facturación y compatible con la AUH. Si se percibe una jubilación así sea mínima o una pensión no contributiva, no se puede acceder a un beneficio importante para paliar la situación. Se atiende a los que más lo necesitan pero la sensación a veces es que la línea de corte de eventuales destinatarios de la política de alivio podría ser más universal o contemplativa para los que ganan un poco más pero siendo igualmente pobres.

### **Necesidad y urgencia**

Los tiempos son frenéticos y las decisiones ejecutivas deben tomarse con rapidez ante una situación que puede variar de una hora a otra, de un día a otro ni a hablar. Decretos acá y allá con una justificada necesidad y urgencia.

La situación creada por la pandemia y los efectos económicos dañinos, cuando no devastadores de la cuarentena obligada interpelan a todas las profesiones y a

la sociedad en su conjunto. Habitualmente, ante la aparición de un problema muchas personas piden más Estado. Pero las medidas sanitarias necesarias para controlar que no se dispare y se mantenga la curva de crecimiento aplanada de la evolución de casos, demanda mucho de la sociedad civil. Se precisa del Estado y también de la responsabilidad individual para que tenga resultado la estrategia de preservar la salud del colectivo social.

Pero las medidas sanitarias extremas de prohibición de la circulación de personas tienen su innegable correlato en la profundización de la recesión económica que venía registrando el país. Si en la década del 90, muchos estudios hablaron de los "nuevos pobres", caracterizándolos como personas de clase media que habían sido despedidas en los procesos de retracción económica y de privatización del Estado, hoy se puede hablar de "los nuevos pobres" que está generando la cuarentena. El propio Presidente Alberto Fernández lo admitió cuando afirmó que prefería que aumentara en diez puntos la pobreza a que hubieran cien mil muertos. Es tiempo de ganar menos, toreó a los empresarios.

Se empleó el ingreso familiar de emergencia y ayudas a las empresas para intentar sostener el empleo, pagando el Estado también una parte de las remuneraciones. Pero sabemos que es muy difícil llegar a todos, y en particular a los *desafiliados*, en términos de *Robert Castel*, todos los sectores que quedaron por fuera de la sociedad salarial. Se los escucha, se los ve pero su actividad de cuenta propia, rebusque, changa, oficio informal no figura en ningún lado.

La necesidad de contener a estos nuevos pobres y hacerles llegar la ayuda del Estado se plantea como un desafío siempre digno de retomarse y perfeccionarse. Necesidades y urgencia, como los decretos que van de acá para allá. Necesidad y urgencia. La premura para abastecer a los comedores, que se ven desbordados ante la concurrencia de personas que antes no iban, que conseguían un pequeño rebusque para comer en la casa. Necesidad y urgencia. Las personas en situación de calle que pueden quedarse durante todo el día en los paradores del Gobierno de la Ciudad. Pero los paradores siguen siendo los paradores, lugares de concentración de los abandonados de la sociedad, con valía profesional brindando asistencia y recursos inciertos o menguantes. La enfermedad y la pobreza. Hacer la cuarentena no es igual en Caballito o en la villa de emergencia. Ambientes estrechos, superpoblación, hacinamientos. Necesidad y urgencia de salir a la calle. Está bien, acepta el Estado, pero quedate en tu barrio. Pobreza y pandemia. Cuarentena y miseria. Una actualidad, una coyuntura apremiante que viene a interpelar a la sociedad toda y al trabajo social por supuesto que también.

## **Pensando desde el trabajo social**

La primera sensación que uno puede tener desde el trabajo social es que nos sacaron el territorio, el espacio de praxis de nuestra intervención. Si realizamos habitualmente visitas sociales o a instituciones con el objeto de que la ayuda del Estado se concrete en las familias que atendemos, comprobamos que nos hemos quedado pataleando en el aire.

Casi que podríamos tomar los interrogantes iniciales que planteara *Margarita Rozas Pagazza* respecto al proceso de inserción profesional: "¿Cómo me inserto? ¿Qué hago? o el "no sé por dónde empezar".

En principio, se me ocurre que hay que transitar la arena movediza de los recursos sociales que teníamos en nuestra agenda y formularse una pregunta encadenada a la otra: ¿Qué sigue funcionando? ¿Y cómo, de qué manera? Llegan innumerables cadenas de whatshapp sobre recursos, comedores y la mar en coche, información no siempre de fiar. Un desafío importante es intentar saber qué funciona y cómo.

La nuestra, que es una disciplina eminentemente social, se puede ver fuertemente afectada en su intervención. Lo que se intente hacer será de destacar, en particular la situación de los profesionales que se encuentran en la primera línea de fuego por desempeñarse en la guardia de Hospitales de Agudos y en el servicio social de las instituciones sanitarias. Aquí se plantea la vulnerabilidad del trabajador social, del profesional ser humano que debe resguardar también su salud. Se tendrán entrevistas e intervenciones manteniendo la distancia social y el barbijo de por medio, con su inevitable impacto en el vínculo con el asistido.

Primero, la supervivencia, que parece que, pese a todo, en la Argentina la vida sigue teniendo valor y busca resguardarse. Que todos coman, con el refuerzo a los comedores comunitarios, con el envío de las canastas alimentarias a las escuelas. Con *Norberto Alayón* aprendimos la diferencia entre asistencia y asistencialismo. Que el último se entiende como una dádiva o una especie de favor denigrante para quien lo recibe, apuntando a sostener el sistema, la injusticia social más que a superarla. La asistencia, en cambio apunta a la reparación y el reconocimiento de los derechos de la persona vulnerable, no considerándose como un favor sino como un camino hacia una mayor justicia social, en un esfuerzo promocional y de autonomía de la persona. Hoy que estamos pasando una situación de extrema necesidad en los más vulnerables, se precisa de la asistencia y ni siquiera puede desperdiciarse el asistencialismo. Asistencia, asistencialismo y lo que se pueda brindar. No todo es lo mismo, pero mejor recibir algo que la nada misma. *Peor es nada*, casi que citando el programa

humorístico (dicho sea de paso, cuánto hace falta hoy reírse) que encabezaran en la década del 90 los inolvidables Jorge Guinzburg y el Negro Fontova, que lamentablemente se nos fue hace poco. Toda ayuda es poca para los más vulnerables, y como profesionales nunca debemos perder de vista la empatía con los más vulnerables.

Los medios de comunicación suelen quedarse con las figuras de los jefes políticos, los héroes y villanos de turno, juicio sumario que varía de acuerdo al resultado de sus políticas en el combate de la pandemia. Pero, tomando la idea de *Alfredo Juan Manuel Carballeda* en su reciente ponencia, no debemos esperar la salvación de un héroe individual, a cualquier lado de la grieta que estemos. Apuntó a la necesidad de construir el héroe colectivo, con el compromiso de todos para enfrentar esta instancia complejísima que puso en juego muchas de nuestras certezas. El héroe colectivo necesario, en una coyuntura apremiante donde nadie se salvará solo.

Si algo nos enseña la pandemia y la situación de parcial indefensión en que nos hallamos hoy es que podría el pueblo superarla de mejor forma en un país menos desigual y más justo. Que una mayor integración y protección social hubieran permitido pasar el temporal de una mejor forma, cualquiera sea el balance final de los resultados de las políticas implementadas. Cuando las aguas se aquieten, que ya no sabemos bien ni cuándo será y ni siquiera si el mundo va a ser el mismo, cuando se pueda caminar sin barbijo debemos transitar esa nueva normalidad prestándole atención más que nunca a los más vulnerables, y creando mejores estrategias de contención social. La enfermedad lo es en la sociedad. Un mundo enfermo, una sociedad enferma, personas enfermas. Un mundo un poco más justo, una sociedad más inclusiva para atender los derechos de todos y cuidar a nuestros enfermos sin que ninguna calamidad o pandemia desborde el lazo de la solidaridad social construida.

En el párrafo previo a terminar su libro *El horror económico*, *Viviane Forrester* planteó: "más que esperar en condiciones desastrosas los resultados de promesas que no se concretarán, más que aguardar en vano, sumido en la miseria, el retorno del trabajo, el crecimiento de los empleos, ¿sería insensato volver decentes y viables por otros medios, hoy mismo, las vidas de quienes por falta de un trabajo o un empleo son considerados desposeídos, marginales, superfluos? Ya es tiempo de darles a esas vidas, nuestras vidas, su verdadero sentido: sencillamente el de la vida, la dignidad y los derechos".

Se habló en este tiempo aciago de la antinomia: las vidas o la economía. Las autoridades políticas argentinas eligieron la primera opción, aunque aclarando que no descuidaron la última. Cuando baje el agua, cuando pase el temblor, sería espléndido que sigamos priorizando siempre las vidas sobre la ganancia; las

vidas sobre la fuga de divisas; las vidas sobre la explotación más despiadada de los más débiles. Que ya es tiempo, en esta actualidad apremiante de la Argentina.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

-Alayón, Norberto. *Asistencia y asistencialismo. ¿Pobres controlados o erradicación de la pobreza?* Ed. Lumen, Buenos Aires, 2008.

-Bauman, Zygmunt. *La globalización. Consecuencias humanas.* Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

-Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire.* Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1998.

-Carballeda, Juan Manuel. *Trabajo Social en tiempos de pandemia.* Charla. Se puede recuperar en <https://www.margen.org/>

-Castel, Robert. *La metamorfosis de la cuestión social.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1997.

-Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión.* Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2003.

-Galeano Eduardo. *Los hijos de los días.* Siglo Veintiuno editores. Buenos Aires, 2013.

-Rozas Pagaza, Margarita. *Una perspectiva teórica metodológica de la intervención en Trabajo Social,* Ed. Espacio, Buenos Aires, 1998.

-Villarreal, Juan. *Los hilos sociales del poder.* En Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social (1976-1983), Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1985.

*Publicado en dossier de revista Margen, de Trabajo Social y Ciencias Sociales. Abril 2020*

## Un horizonte estrecho

El aislamiento social preventivo y obligatorio fue una medida que se anticipó a indudables desbordes que hubiera sufrido el sistema de salud argentino por el crecimiento exponencial en el número de los contagios y fallecidos. Es indiscutible. Los cuadros estadísticos lo demuestran, el ejemplo de países vecinos y de latitudes más lejanas lo refuerza. La conclusión tajante, y que se repitió acertadamente el jueves en la conferencia: es indudable que se salvaron muchas, muchísimas vidas con el esfuerzo de todos.

El problema es la longitud del tiempo, lo que lleva a la fatiga. La sensación es que uno escuchaba diez, quince minutos de la conferencia de prensa del 4 de junio y ya lo sabíamos todo. Como esas argumentaciones en que escuchás o lees dos párrafos y ya sabés hacia dónde se dirige el autor. Si aprendimos en la escuela primaria que la narración y el cuento tradicional se divide en momentos de introducción, nudo y desenlace, la conferencia de prensa del jueves no tuvo nudos, pareció una introducción demasiado prolongada o esas descripciones largas y monumentales que escribía el genio de Gabriel García Márquez sin mover al personaje de la habitación. Ésta fue con otro color, claro, sin los recursos estilísticos de la literatura del maestro del realismo mágico latinoamericano. Una hora y media dura un partido de fútbol, cuesta no aburrirse en el mismo lapso escuchando un texto instructivo que no eran las “Instrucciones para subir una escalera” de Julio Cortázar. Hay una fatiga indudable en la escucha de las argumentaciones que traducen el consejo de los epidemiólogos y el peligro de la contagiosidad del virus, ejemplificado en un baby shower en la ciudad balnearia de Necochea.

También, se apuntó en el desarrollo de la conferencia de prensa a mostrar una imagen de cierta normalidad en las actividades económicas traducida en una cifra: 85% y 15%. La abrumadora mayoría del país pasando a la etapa del distanciamiento social y el AMBA y algunas otras ciudades populosas del interior varadas en la fase 3, quedándose a mitad de camino aunque autorizando la reapertura de algunas actividades. Si fuéramos un país federal, el 85-15 se traduciría en que hubieran hablado uno o dos gobernadores, no un Presidente. Pero la cuestión es que el 15% del país en cuarentena reúne a la mayoría de la población.

Se extendió el tiempo en tres semanas, una novedad respecto a los momentos anteriores, que avanzaban de dos en dos. Ahora, de tres en tres. Se traduce de esto la certeza de que el confinamiento va para largo y aquí nadie discute la necesidad de que así sea. Pero es indudable que la extensión del aislamiento social preventivo y obligatorio no congela la situación como era antes del 18 de marzo. No estamos en una hibernación, el hombre sigue con sus necesidades vitales que vienen exigiendo nuevas respuestas. La situación de la pandemia no es de congelamiento, sino que empuja a la pobreza a vastos sectores de la población. O sea, si la cuarentena apuesta al inmovilismo, al quedate en casa, las necesidades sociales adquieren una dimensión dinámica que ayer parece no

haberse contemplado tal vez lo suficiente. El IFE está bien, y en más, tendría que la población vulnerable poder continuar inscribiéndose para percibirlo. Las ayudas a las empresas (los ATP) son una política acorde. La ayuda alimentaria es indiscutible, y debe ampliarse para que nadie absolutamente pase hambre.

Parecemos haber gastado todos los cartuchos de las políticas sociales, cuando la situación demanda más ayuda y soluciones, porque nada es suficiente. Pero, para que alcance un poco más, tenemos que tener de dónde sacarlo, el gran drama de la cuestión. Dos variantes: una mayor presión impositiva (porque, para que existan ayudas de la Anses, tiene que haber una Afip) y el Gobierno había atendido este aspecto en el paquete de solidaridad social que aprobó el Congreso en aquél diciembre de la prehistoria del coronavirus. Se insinúa también como eventual respuesta la enredadera del impuesto a las grandes fortunas. La otra variante para incrementar las políticas sociales y económicas es la emisión monetaria, que no se tradujo en un desborde de la inflación probablemente porque la demanda está planchada. Todo remedio, en pacientes frágiles (la economía argentina) tiene sus contraindicaciones. Lo que te sirve para atender una cosa te desordena la otra. Hacer equilibrio, la cuestión.

Los tres líderes políticos juntos en el mismo barco. Las ideologías se disuelven en el aire cuando los tiempos se avecinan difíciles. Pero el discurso de todos no pasó más allá del 28 de junio, la nueva fecha de extensión. Faltó tal vez en sus palabras ese ir un poco más allá, aunque sea bosquejando un imaginario a veces tramposo, exagerado. La despedida fue la cita del consejo de Pedro Cahn de prevenirse y no buscar el virus, figura que aunque no estuvo en el escenario pareció casi omnipresente. La sensación es que a la exposición le faltó algo de picante, esa capacidad de la política de inventar, de cambiar un escenario. Ese imaginarse, proyectar un horizonte aunque sea para caminar, como diría en su idea de utopía Eduardo Galeano. Las palabras pintaron un horizonte demasiado estrecho, de ahí a tres semanas. Vamos a poner a Argentina de pie, dijo en su campaña electoral Alberto Fernández. De pie para, dando algunos pasos pequeños, empezar a andar. Pero mejor no les recuerdo al caudillo riojano que un día dijo: Argentina, levántate y anda. Porque esa es historia pasada, y necesitamos buscar palabras para el horizonte futuro.

El Economista, 6/06/20

## ¿Hubiera Marx votado a Espert?

El interrogante es provocador, claro. Y tiene sus riesgos para este escritor que no es un especialista o un investigador avezado de las ciencias sociales. La idea no es faltarle al respeto a un hombre científico y brillante que marcó con sus investigaciones más de dos siglos de la humanidad y que en el título de este trabajo aparece junto a otro de nuestro tiempo que es fácil prever que no alcanzará ni por asomo una celebridad parecida.

Puede decirse que existen varios Karl Marx, porque el genio escribió muchos trabajos. El Marx de los *Manuscritos* de 1844, que muestra sus pensamientos filosóficos muy interesantes desde una faz humanista, que apuntaba tal vez a la comprensión de la integridad del hombre en la sociedad capitalista. Hay un Marx científico también, el de *El Capital*, su obra cumbre donde analiza la lógica económica del sistema capitalista y acuñando el concepto medular de la plusvalía. La acumulación capitalista nace de la apropiación por parte del dueño de los medios de producción del trabajo excedente del obrero. Y está el Marx del *Manifiesto Comunista*, en coautoría con Engels, su escrito de barricada, elaborado en un contexto que buscaba fomentar la confrontación, las contradicciones porque la lucha de clases es la partera de la historia.

Puede haber muchos otros Marx, e incluso el marxismo-leninismo, esa especie de unión extemporánea entre el teórico que anunció la revolución y su realizador, inmerso en el mar de contradicciones que fueron los socialismos reales. Y bien, el Marx humanista, el Marx científico y el de barricada, conviviendo en su pluma increíble y dialéctica, que la historia avanza por contradicciones. Todo muy lindo, diría el lector. ¿Y a Espert dónde lo metemos?

Cursé la secundaria en un colegio salesiano de mi barrio, Almagro. Recuerdo que, en esa época, vivíamos prácticamente en el colegio, que funcionaba también como una especie de club social organizando convivencias, actividades de apoyo escolar para el barrio y hasta un campeonato de fútbol para los alumnos. En la adolescencia, a mí me pasó el sentirme atraído por las ideas radicales y del *Manifiesto Comunista* me había hablado mi viejo, y había permitido que lo compre en una colección que se vendió en los puestos de diarios. Recuerdo que, en el colegio, un día junto con unos compañeros tuvimos una charla con un preceptor llamado Amadeo. Recuerdo que afirmó: «*Cuando yo era como ustedes, también era marxista. Pero, cuando pasaron los años, me hice peronista – dijo y se sonreía como sintiendo conmiseración por esos ilusos que le hablaban de la revolución del proletariado sin haber pisado nunca una fábrica*».

En mi casa, recuerdo a mis viejos votando por fuera de la polarización, de la grieta de esos momentos, y eligiendo la boleta del MAS (Movimiento al Socialismo) de Zamora y Vicente que había llenado la cancha de Huracán u optando por el Partido Intransigente. Amadeo, el preceptor nos miraba con comprensión, las hormonas nuestras revoloteaban tal vez impulsando el deseo de querer cambiar el mundo. En su lugar de hombre maduro, dictaba su experiencia. Nosotros le discutíamos que eso (el menemismo de entonces) no era siquiera el

peronismo, que se había aburguesado demasiado, con su conductor arriba de una Ferrari y las privatizaciones. Pero más picante se puso la cosa cuando él nos dijo: «*En realidad, si ustedes fueran marxistas deberían votar a Menem*».

Apuntaba a la concepción de Marx de que la exacerbación del capitalismo lo conducía a su fin, por agudizar las contradicciones. Y, en algún punto, tenía su lógica el pensamiento que traducía en esa sentencia Amadeo. Y esto tiene relación con una discusión que se dio en la izquierda argentina en su historia, entre los que apuntaban al enfrentamiento frontal y alimentando las contradicciones y los sectores que luchaban por las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores. Los revolucionarios y los que pensaban en el pan de cada día. Los primeros se subordinaban tal vez demasiado a las directivas de Moscú. Transcurridos los años, se hizo evidente la dificultad del régimen soviético de exportar la revolución concentrándose en sus propias fronteras y Estado. Terminó primando entonces la lucha por las reivindicaciones inmediatas, situación comparable a la de hoy, con la sustancial diferencia de que ya no existe la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Se derribó el muro de Berlín consagrando en apariencia el triunfo del capitalismo.

Si el marxismo se tradujera como una filosofía que apuntara a agudizar las contradicciones, en las últimas elecciones Marx hubiera votado a Espert, la hipótesis que pone entre signos de interrogación este trabajo. El candidato ultraliberal que proponía el Estado mínimo, al punto de aclarar que hubiera despedido a millares de empleados públicos borrando administraciones enteras, incluido el sueño de achicar el número de estados provinciales. Lo que implica de forma subyacente esta tendencia de la exacerbación de las contradicciones es la concepción de que el aumento de la miseria es la semilla de la liberación futura. La pobreza o la miseria empujaría a la lucha, una máxima que en la historia argentina se ha vuelto demasiado relativa o lejana a la certeza. En algún sentido, se discriminarían en este razonamiento dos momentos bien definidos: primero, la elección del candidato más capitalista o conservador para agudizar las contradicciones y un segundo momento de lucha y conquista del poder por parte del proletariado. Un presente negro y un futuro rosa, por medio de la lucha. En algún punto, la idea ultraizquierdista de la contradicción hasta se podría considerar afín transitoriamente a la posición del neoliberalismo de un presente de pesadumbre para un futuro (muy lejano) mejor: el sufrimiento necesario en la coyuntura de privaciones para un crecimiento económico que derramaría en el futuro la riqueza con el arbitrio autónomo del mercado. Entonces ¿sería una locura que Marx votara a Espert como aliado indeseable pero conducente a la revolución? La historia contrafáctica es un juego que deja cosas afuera, pero constituye un ejercicio tal vez interesante para pensar.

La corriente de izquierda que postula las reivindicaciones inmediatas puede inscribirse en la escuela de Alfredo Palacios, el legendario legislador socialista que llevó la voz de los trabajadores por primera vez al Parlamento. Podría considerarse su continuidad (aún con diferencias notorias) en las líneas del actual Frente de Izquierda a nivel nacional o del Socialismo de la provincia de Santa Fe, con experiencia de gestión. Si bien se intenta combatir o proponer una alternativa

al capitalismo en general, se presta mucha atención a la coyuntura de los trabajadores que son despedidos, suspendidos solidarizándose, teniendo en agenda y poniendo el cuerpo a muchas situaciones de forma loable. Volviendo al juego ¿los hubiera Marx votado o habría considerado que sus luchas ralentizaban la aparición de la crisis capitalista? Ni que hablar con respecto al peronismo y a toda propuesta de contrato social, dejando en un lado naturalmente subordinado (pero con derechos) a la clase obrera. Ya no sabemos siquiera si sigue siendo válido el postulado de la lucha de clases, desde que el concepto de clase obrera fuera interesantemente discutido en el libro de Ana Natalucci, Fernando Rosso y Paula Abal Medina (¿Existe la clase obrera?), tomando en cuenta las complejas modificaciones en el ámbito del trabajo que les llevó a preguntarse por su misma existencia.

¿Y entonces? El electorado en Argentina pareciera polarizarse entre dos opciones , ahora y más o menos siempre: una variante que ocupa el centro-izquierda y otra de centro-derecha. Un centro-izquierda más inclinado a la sensibilidad social con ciertas políticas de redistribución del ingreso pero sin expropiar a nadie y una centro-derecha también capitalista más conservadora y concentradora con mantenimiento (tal vez de mala gana) de políticas de contención social para los más desfavorecidos. Como sostuviera el escritor y psicoanalista Alfredo Grande, unos dejan caer algunas migajas del banquete y los otros prácticamente ninguna, pero con el banquete del capitalismo nadie se mete. La grieta así vista se exagera en los modos, en las peroratas, pero incuba hasta un cierto acuerdo social que no alimenta ninguna contradicción. Y así, al autor genial del *Manifiesto Comunista*, al que dijo que la lucha de clases es el motor de la historia, le quedarían pocas opciones en el menú electoral por fuera de la polarización: José Luis Espert; Gómez Centurión y el Frente de Izquierda. A Gómez Centurión lo descarto por la idea de nacionalismo recalcitrante, que no fue tan propia de Marx, que apostó más a una visión internacionalista podría decirse. Y bien: nos quedarían la Izquierda de las reivindicaciones inmediatas y José Luis Espert, para salir de la comodidad alienante que no propone la agudización de ninguna contradicción salvo en la grieta dibujada y casi caricaturesca entre algunos sectores medios de la sociedad.

Y entonces ¿Qué hubiera elegido? No podemos saberlo, pero espero haya valido la pena el juego. Es que hubo varios Marx. Si pensamos en el de los *Manuscritos*, tal vez elegía al Frente de Izquierda. Si consideramos el científico, tal vez optaba por una de las dos versiones de la grieta. Y, si pensamos en el autor del *Manifiesto Comunista*, ¿quién les dice que no votaba a José Luis Espert? O tal vez, tomaba el sobre, ingresaba al cuarto oscuro e introducía en él una foto del autor del *Manifiesto Comunista*. O hubiera tirado a la mierda las opciones que se amontonaban arriba del pupitre desgastado de la escuela pública. Pero, cualquiera fuera su accionar, no hubiera agudizado ninguna contradicción. Tal vez porque dentro de un sistema democrático representativo, republicano y federal se vuelve difícil. Pero no hay que olvidar, como dijera una vez Churchill, que la democracia es el peor de los sistemas de gobierno, con excepción de todos los restantes. Hemos aprendido al menos en Argentina que dentro de la

democracia, todo. Fuera de la democracia, nada. Y las contradicciones se deben tramitar dentro de ella, con más y mejor democracia.

La Vanguardia Digital, 10/06/20

## El día en que la política rompió la cuarentena

De las conferencias que se volvieron repetitivas con la extensión de la pandemia y la cuarentena al anuncio de la expropiación y nacionalización de Vicentin. Entre una cosa y otra, ¿qué pasó en el medio? ¿Un fin de semana? De la “revolución sanitaria” de la extensión de las medidas preventivas y provisión de camas y respiradores a una decisión de alto impacto económico y político. Esta medida no la pensó ningún infectólogo, y el gobierno se puso a hacer política, nada menos. El peronismo tiene esa capacidad de inventarte un Estado empresario en las cornisas del default, que de tanto extenderse el tiempo de la negociación ya se volvió casi rutinaria. En esa estrecha senda lindante con el precipicio, el Gobierno se anima a dar un salto. Subyacente, detrás de la postura tal vez está la estrategia de sumar dólares para hacer frente a la deuda. Y bien, se largó la política y por quince minutos, media hora o un buen tiempo más nadie pensó en la cuarentena.

“Una decisión trágica”, dijo Federico Pinedo, una declaración de impacto por el empleo de la palabra que remite a hechos sin dudas de más triste calibre, y con la implicancia de pérdidas devastadoras de vidas humanas. Un pensamiento en línea con sus antepasados, el también Federico Pinedo economista liberal de la década del ‘30 del siglo pasado. Pasan los años, algunos apellidos se mantienen. La primera reacción de la oposición es abroquelarse en la crítica de todo estatismo, que eso es Venezuela. “Había otras empresas interesadas en adquirirla, estando en concurso preventivo de acreedores”, braman algunos. El Estado será malo pero era también uno de los principales acreedores de la empresa que recibió créditos de la banca pública sin haberse preocupado demasiado (o no ha podido, siendo benevolentes) devolverlos.

Y no es tan exagerado hablar de la década del ‘30 del Siglo XX, porque el Gobierno se ocupó enseguida de aclarar que “esto no es la Junta Nacional de Granos”, ese organismo estatal creado luego de la crisis devastadora del ‘29 para regular el mercado de los cereales, brindando precios sostén a los productores. El pasado no revive nunca literalmente, a veces cambia sus formas. Lo claro parece ser el deseo del Estado de intervenir, de jugar un mayor rol de preponderancia en la regulación del mercado. El peronismo te inventa un Estado interventor sin divisas en el bolsillo, con pocas reservas en el BCRA: se pone a construir una casa de la nada, ladrillo sobre ladrillo cuando no tenía ni plata para pagar el alquiler. Patea al tablero de repente, de la nada, y sorprende, lo que muestra su gran capacidad para crear agenda. Todos los noticieros repicando la noticia desde todas las variantes ideológicas avivando la grieta pero volviendo a poner a la política en el centro de la cuestión, la que había perdido su potencia, su impulso, detrás de las máximas conservadoras de los infectólogos.

De repente, un cambio de frente. Como pasó hace un poco más de un año, cuando la movida en el anuncio de la fórmula electoral también sorprendió a todos. Mientras muchos hablaban de la crisis económica y el oficialismo de entonces no definía su fórmula ni acertaba el camino, el peronismo se unió de

modo sorpresivo y compacto para ganar. Los noticieros repicaban y se detenían en las declaraciones terminantes anteriores de Alberto Fernández respecto al kirchnerismo. Lo criticaban, lo elogiaban, pero en definitiva todos, absolutamente todos hablaban de eso. En otra dimensión, con la decisión respecto a Vicentin pasa lo mismo. En una medida que no puede ser definida a priori de forma tan terminante y negativa ni tampoco creer que asegura la soberanía alimentaria de un pueblo. Un equilibrio del análisis para sopesar el pasado que vuelve a encarnarse de otra forma en un presente de una política que parecía en cuarentena. Y, de repente, salió de la jaula, del conservatismo del devenir del tiempo que se escurría en la forma de un día que sucede indistintamente a otro. La política se despabiló, sacudió la modorra del encierro y se puso a andar. Casi que recreando la historia del caballero andante y un poco loco de remate que narrara Miguel de Cervantes. Una decisión quijotesca, el día en que la política rompió la cuarentena. Que despertó críticas, elogios y posiciones cautas. Todas reacciones que inspiraron a aquél célebre caballero la famosa frase: “Ladran Sancho, señal que cabalgamos”.

El Economista, 10/06/20

## Vicentin, o patear el hormiguero

El anuncio de la expropiación de Vicentin sorprendió a todos. El gobierno parecía hacer la plancha o estar subsumido detrás de los lineamientos conservadores de los infectólogos. Y, de repente, un cambio de frente, hacia el lateral izquierdo. La política se despertó del encierro de la cuarentena demasiado prolongada. Y se revolvió todo, muchos se pusieron a criticar la medida, otros a elogiarla, y algunos yendo por la avenida del medio. El gobierno se resolvió a patear el hormiguero, y claro, te van a picar las hormigas (las negras, y las coloradas también).

Banderazo en la empresa y cacerolazo en varias ciudades del país, la medida no fue bien recibida por un sector significativo de la población acompañada por algunos medios de comunicación. La crítica rancia de los sectores de la derecha política apuntó una palabra fuerte: tragedia. Les parece un motivo para ponerse de luto que el Estado expropie una empresa, que el ente público se ponga a jugar en el mercado como un actor más, si no el preponderante. Los pretendidos herederos de Adam Smith y economistas de variado pelaje pero indudable formación, apuntan a que nos convertiremos en Venezuela y que el intervencionismo lleva a la pobreza, a la falta de confianza de los presuntos inversores que nunca pero nunca llegan, ni cuando tuvieron un gobierno presumiblemente más afín en el interregno 2015-2019. La lluvia de inversiones nunca llegó en esos tiempos, teniendo lugar en realidad una precipitación al revés, desde el país hacia paraísos fiscales destino de la fuga de divisas. Otros aliados de este sector son los leguleyos y los defensores del republicanismo, que hablaron de la Constitución Nacional y sus artículos 17 y 14 (del 14 bis nunca se acuerdan). Y el gobierno que, curiosamente, se ampara en una ley de Videla, madre de Dios. Es que todo se conjuga para volver la expropiación una ensalada, una arena movediza que hace difícil avanzar. Complicado casi como cuando se ensayaron las retenciones móviles tibiamente progresistas en el 2008 y el proyecto perdió en tiempo suplementario y por penales con el voto sorpresivo de Julio Cobos. Hay que reconocer que en la Argentina es muy difícil ser progresista, intentar tocar algún interés sin que se arme kilombo.

Y bien, también hay críticas desde sectores progresistas o de izquierda, que tienen que ver con el hecho de que el Estado se haría cargo de la deuda de la empresa y “todos contentos”, en particular algunos acreedores y bancos. La observación es atinente, pero es preciso apuntar que la banca pública era una acreedora de importancia en el concurso, al igual que las cooperativas de productores que entregaron el producto de su trabajo recibiendo papелitos de colores. Sería una nueva estatización de la deuda, pero con la sustancial diferencia de que el Estado gestionaría la empresa. Si atendiéramos a que sólo es un problema de no acumular deudas o pasivos, tendríamos que concluir que las privatizaciones de los años 90 estuvieron bien hechas porque las empresas públicas eran deficitarias. Pero es necesario apuntar que es

deseable que el Estado tenga una intervención y ser un jugador importante en el mercado, más allá de los costos económicos que pudiera implicar. Cuando a Perón lo criticaban con argumentos similares cuando nacionalizó los ferrocarriles, Scialabrini Ortiz lo defendió diciendo: con los ferrocarriles, comprás soberanía. O sea, hay que tener en cuenta (pero en un nivel secundario) las ganancias o las pérdidas inmediatas, pero mucho más importante es que el Estado sea un actor de peso, en el caso de esta empresa, en la exportación de cereales. Poner el pie en el fango de un sector que a veces retiene las exportaciones a la espera de devaluaciones, acumulando los cereales en los silos y timbeando con el valor de la moneda en los mercados de divisas.

Un bien estratégico, y en este sentido cobra sentido que el Estado lo gestione. Otros impugnadores de la medida dicen: no pagan 500 millones de dólares a los bonistas y se ponen a gastar más de 1000 millones en Vicentin. Es que de eso se trata. De que el Estado tenga autonomía para hacer con los recursos públicos lo que más convenga a un proyecto estratégico. Postergar (parcialmente, sin hacer locuras) a los buitres y tenedores de papeles de deuda y ponerse a inventar un Estado empresario de la nada, en la cornisa del default. Sin ser revolucionario ni mucho menos, el gobierno gestiona, en este caso, de una forma independiente a lo que la ortodoxia piensa, volviéndola loca y sacándola de las casillas. Una semana en que la política se despertó, emergió por detrás de los infectólogos para tomar el centro del escenario. Con todos sus bemoles, marchas, contramarchas y contradicciones, bienvenida sea. Estas arenas movedizas son mucho más estimulantes que la pasividad o el ocuparse sólo de la urgencia que se arrastraba, inercia de la necesidad de la cuarentena.

Revista Marfil, 14/6/20

## ¿Quién vive? La Patria. En recuerdo de Martín Miguel de Güemes.

*A Daniel Mamani, mi cuñado salteño.*

Hace poco, su patria le hizo justicia declarando el feriado. La hazaña de Martín Miguel de Güemes no tiene tal vez la brillantez del cruce de los Andes de San Martín, mucho más celebrado en nuestra historia. Pero pocos reparan en que la campaña libertadora no hubiera sido posible sin el caudillo salteño. San Martín se decidió a cruzar la cordillera cuando comprobó que el norte del país estaba a su resguardo.

Cuando era joven, Güemes encabezó un hecho insólito durante las invasiones inglesas a Buenos Aires en 1806. Comandó una fuerza de caballería que abordó al barco inglés *Justine*. La nave había quedado varada por la bajante súbita del río y este hombre fue “a la carga barracas”, como diríamos ahora, con el agua hasta el cuello y sable en mano. Los caballos nadaban con Martín Miguel de Güemes.

Pasó la Revolución de Mayo de 1810, el Preámbulo de la independencia definitiva. Pero la guerra para librarnos de la dominación española no era sencilla, sobre todo en el Norte. La alternativa que más se intentó fue invadir el Alto Perú, hoy Bolivia. Pero perdimos siempre al intentarlo. Fue derrotado Juan José Castelli, que pronunció solemnemente los derechos del hombre en Tiahuanaco a las poblaciones indígenas que no lo interpretaron ni se identificaron con él. Perdió Belgrano, fue derrotado más tarde Rondeau.

-Hacete cargo vos – le dijeron a San Martín en Buenos Aires para que asumiera la jefatura del Ejército del Norte. De paso, se quitaban los porteños de encima su indudable influencia política. San Martín se encontró con Belgrano en la posta de Yatasto, donde tomó el mando en el verano de 1814 y bajo un calor de mil demonios. No ignoraba que iba a perder como sus predecesores, y que por eso lo habían mandado ahí. El hombre tropieza dos, tres, cuatro veces con la misma piedra. Se da la cabeza contra la pared, pero éste no. Prefirió estrellarse, de última, contra la pared de hielo de la Cordillera. Pero alguien tenía que aguantar los trapos en el norte, y San Martín miró a Martín Miguel de Güemes y tal vez le dijo palmeándole el hombro:

-Me voy a Mendoza, pero aguantame la retaguardia.

Imagino al caudillo asintiendo silenciosamente. Y preguntándose, sin confesarlo nunca: Aguantar pero ¿con qué?

Disponía de un grupo de gauchos pobres contra un ejército europeo bien armado, que había vencido a Napoleón. Tan pobres eran en recursos y armamento que no podían librar una batalla frontal como un ejército de esa época, sino que hacían pequeños golpes y se escabullían en los montes. Golpear y desaparecer. Y volver a golpear. Hostigar permanentemente, impidiendo que el enemigo pueda proveerse de víveres. Que nos perdone el recuerdo de Ernesto Guevara de la Serna pero la guerra de guerrillas en nuestro país la inventó el

caudillo salteño, aunque no escribiera ningún manual. San Martín le escribió a Pueyrredón: “Los gauchos de Salta solos están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprenderse de una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado”.

El poeta Almafuerde supo dejar esa sentencia que Güemes encarnó como ningún otro de nuestros próceres. No te des por vencido ni aún vencido. Y es que Güemes y sus gauchos no podían ganar esa guerra. Era resistir hasta el final. Ganar y perder, y volver a ganar su querida Salta. Fue ídolo de los pobres y odiado por los ricos porque exigió que repartieran algo de sus tierras entre los gauchos y les impuso contribuciones. El impuesto a las grandes fortunas que, en la actualidad, hace meses se nombra sin terminar de aprobarse (ni siquiera de proponerse) lo ejecutó hace un poco más de dos siglos Güemes en su provincia. Vencidos una y mil veces, el caudillo y su ejército menesteroso pero digno se volvía a levantar por la patria. Para volver a recuperar Salta una vez más. Para contener a los españoles mientras San Martín avanzaba por Mendoza y liberaba Chile. Ganar, perder, y volver a ganar.

El 7 de junio de 1821, Salta fue ocupada por los españoles y Güemes fue herido de muerte. Se retiró a su campamento de Chamental y no aceptó la ayuda que le ofrecieron incluso sus enemigos, a cambio de rendirse. No se dio por vencido, ni aún vencido Martín Miguel de Güemes. Antes de morir, el 17 de junio, dio las últimas indicaciones a sus oficiales para recuperar Salta. La Gaceta de Buenos Aires se congratuló de su muerte titulando: “tenemos un cacique menos”. No le perdonaban las políticas de justicia social que había intentado encarar en el norte del país. El 22 de julio de 1821, los gauchos de Güemes triunfaron y expulsaron definitivamente a los españoles.

Cuentan que, en la noche en que fue herido, Martín Miguel de Güemes fue alcanzado estando solo por una partida realista en la ciudad de Salta, en esos pagos que conocía como la palma de su mano. La partida enemiga lo quiso identificar preguntando: ¿Quién vive? En medio de la penumbra, tal vez pudo haber dado el nombre de algún connotado vecino afín a los ocupantes.

Tal vez fue un gesto de soberbia el de mirar de frente al enemigo, pero ¿qué otra actitud le había permitido luchar todos esos años? ¿Cómo aguantar, sin nada y si no era con una actitud altiva, la embestida de ejércitos bien equipados y poderosos? Amigo de los pobres y soberbio frente a los enemigos de la Patria. Y bien, este hombre miró a los ojos a su destino y no dudó cuando respondió:

-¿Quién vive? ¡La Patria!

Cayó por el fuego enemigo, pero dos siglos después su ejemplo continúa conmoviendo.

*Se publicó en Instituto Juan Manuel de Rosas, Juana Azurduy y revista  
Movimiento Junio 2020*

## Lo que no se puede trocar

En estos tiempos excepcionales y adversos para la economía, nos venimos a enterar que había algo peor que los mercados de trueque que tuvieron lugar en nuestro país en el lejano 2002. En aquél entonces, no había un cobre en la calle, el Gobierno de la Alianza se había derrumbado al intentar sostener la convertibilidad a todo trance, secando la plaza de dinero. Desaparecieron los pesos para que siguieran siendo igual a un dólar en las disminuidas arcas del BCRA. La ortodoxia a la máxima expresión lo había llevado a restringir de forma colosal los pesos circulantes, tanto pero tanto que quedó poco o nada. Un corset demasiado costoso el de la Convertibilidad. Ni quiero imaginar lo que hubiera sido una pandemia en ese contexto, sin poder darle a la maquineta.

Cuando explotó todo por el aire, en algunos lugares los sectores más vulnerables se lanzaron a intercambiar bienes de consumo en ferias organizadas a tal efecto, cuando no se tenían ni patacones en el bolsillo.

2002, 2020, llamativa la presencia de los mismos números en distinta posición, pero no vamos a citar a Nostradamus, quédense tranquilos. Aquélla y ésta, dos situaciones diferentes aunque parecidas en un aspecto: la gente no tiene un mango en el bolsillo.

Y, los que lo tienen, lo cuidan y no lo gastan porque no se sabe cuánto va a durar esto. El trueque, aquél tipo de intercambio previo a la economía capitalista, de pronto resucitaba ni bien iniciado el Siglo XXI en Argentina como una pieza de museo que cobraba notoriedad por la pobreza extendida. Un tipo de relación económica en la que existía mucha interacción entre los vecinos, que buscaba satisfacer en forma ideal las necesidades de cada uno: vos necesitás un par de medias, yo un kilo de azúcar. Vos un par de zapatos y yo una silla. Lo que fuera. Exigía la interacción cara a cara e incluso una somera revisión del estado del bien que se intercambiaba. En 2020, las prescripciones sanitarias impiden la existencia de ferias por la cuarentena.

Existen razones de sobra para suponer que, en la actual situación económica, podría volver a florecer el trueque. La cuarentena obliga a quedarse en casa sin haber un mango en el bolsillo de los sectores más vulnerables de la población y los nuevos pobres que genera la coyuntura. Se extiende el tiempo, hay redes de solidaridad que se articulan pero todo parece poco, tal vez porque la cuarentena impone al capitalismo global y también al de barrio, a la macro y a la micro economía, un desafío mayúsculo. ¿Se puede vivir sin el comercio? ¿Se puede sostener una economía sin consumo? ¿Se puede seguir adelante si no se vende nada, o mucho menos?

El sector comercial es probablemente el más golpeado, los rubros que venden productos o servicios. 2020 es el año en que la peluquería se convirtió en un oficio clandestino, apuntó en un lúcido tweet Facundo Alvarez (@facu\_alvarez73).

Los bares y restaurantes cerrados con las sillas arriba de las mesas y subsistiendo con el grupo electrógeno del delivery, que no les significaba más que 10% de la facturación en la mayoría de los casos. Los negocios de ropa, miles de ejemplos que todos vienen al caso. ¿Cómo se subsiste sin plata en la calle, o con los pesos encerrados en la casa? Compras virtuales, el delivery con Glovo o Rappi. El consumo intenta sostenerse con el ingenio criollo, pero no alcanza. El Gobierno intenta ayudar pero nada es suficiente y la industria también se retrae porque si no se puede vender para qué fabricar.

Un problema del mundo entero y también de Argentina. La cuarentena se extiende en el tiempo y el camino cuesta arriba hacia el pico no habilita ilusiones de mayores flexibilizaciones.

En su canción de las bienaventuranzas irónicas y geniales, Joan Manuel Serrat dijo: “bienaventurados los que alcanzan la cima, porque será cuesta abajo el resto del camino”. Luego de que se alcance el pico de contagios, andar hacia abajo sería más fácil. Pero ya no sabemos si vendrá o no, o si evolucionará la curva como un serrucho de sube y baja, o si se termina amesetando, ojalá. Dios quiera que nunca la ola del crecimiento de casos cubra la capacidad instalada en los efectores de salud, lo que sería un fruto incuestionable de la cuarentena. Un logro que a veces cae en saco roto, porque casi que se sobrevive a condición de ser más pobres. Es que parece que no se pueden lograr “la chancha, los veinte y los chorizos” del dicho popular. La experiencia de otras latitudes es que no se lograron ninguna de las tres y acá se está intentando preservar la vida (la chancha, pónganle), la salud a toda costa.

El Gobierno intenta ayudar pero qué difícil llegar a todos. No se puede vivir del amor, dijo en su memorable canción Andrés Calamaro. Necesitaríamos los valores de los ascetas para eso. Pero uno mira lejos y cerca, ¿y qué otra queda? Aunque sea difícilísimo. El trueque en el 2002 servía para suplantar la moneda. Hoy, la crisis sanitaria devastadora en los países europeos e incluso vecinos nos enseña, aún ochenta días después y con todo el dolor, que hay una cosa que no se puede trocar: la vida por el comercio.

El Economista, 18/6/20

## Vicentin: las formas y el fondo

La puja de poderes cobra cuerpo en Vicentin y la ensaladera ya se parece demasiado a una bolsa de gatos. El Ejecutivo planteando la intención inicial de expropiar y decretando la intervención. Una manera poco republicana, las formas a veces son importantes para llegar a buen puerto. Reacción de los intereses afectados, se abroquela la oposición en contra del proyecto, el juez degrada al interventor estatal designándolo veedor. Casi un concurrente sin voz ni voto, un observador sin funciones ejecutivas. Partido, puja en desarrollo. Cacerolazos, banderazos, editoriales periodísticos opositores esgrimiendo la discutida constitucionalidad de la medida. Todos los caminos parecen conducir a suavizar la intervención estatal, aflojarle el filo a la cuchilla de la decisión del Ejecutivo para que no pudiera ir a fondo. Pero en pocos debates se planteó la cuestión estratégica, lindante con la soberanía. ¿Qué intervención debe tener el Estado en la exportación de cereales? Sector con un indudable poder de generación de divisas y de influencia en el mercado de cambios y la valoración (o desvalorización) de la moneda. El debate se detuvo en la debilidad de las formas escogidas (poco republicanismo e incluso el amparo en una ley de Videla) tapando completamente la cuestión de fondo de si Vicentin debe ser o no estatal, o cuál es el papel que debería cumplir el Estado en la regulación del sector.

Habló Perotti de una alternativa a la expropiación, palabra esta última que se cuida de volver a pronunciar como intuyendo el peligro de que lo excomulguen de su tierra. Habló a favor de la expropiación en un principio, y retrocedió inmediatamente cuando se armó el tole tole. En Santa Fé gobierna un peronismo de buenos modales, y el Frente de Todos incluye ideologías progresistas pero también de centro. A los centristas se los necesitó para ganar, y el desafío de la gestión se constituye un galimatías gigantesco en que una decisión tomada por el Ejecutivo no puede tropezar con las formas ni aparecer como invasiva de otro poder del Estado o incluso una gobernación.

A esta altura con los medios de desinformación a pleno ya no se ve con claridad qué puede pasar, pero el golpe a la estrategia expropiadora inicial fue importante. La intervención estatal probablemente perderá intensidad (de interventor a veedor) y todo pareciera seguir su curso hacia un desenlace más afín a los sectores del poder. Hecho que confirma la dificultad creciente de impulsar medidas que afecten a intereses concentrados fallando en las formas y no habiendo anticipado un acuerdo interno que permita sostener la decisión luego de los cacerolazos, banderazos y el bombardeo de medios de comunicación influyentes. Como decía el gran Arturo Jauretche, si algo le gustaba o le disgustaba a La Nación, antes de ver de qué se trataba por las dudas se paraba en la vereda de enfrente.

La Argentina parece dividirse en tres tercios. Un tercio kirchnerista duro, un tercio macrista y otro tercio de centro que se balancea hacia un lado o hacia el otro de acuerdo a la situación. En las elecciones, el Frente de Todos

supo atraer una parte significativa de ese centro con la entronización de Alberto Fernández en el primer término de la fórmula presidencial y la incorporación de Sergio Massa. El macrismo se mantuvo en su tercio, no pudiendo ampliar demasiado el atractivo de su propuesta a otros sectores sociales. Y bien, a la hora de gobernar, tenés en tu equipo a los apurados y a los retardatarios, como decía Perón. Los que quieren cambiar cosas rápido y los conservadores de las formas y los procesos institucionales. Una delicada alquimia que requerirá no fallar en las formas para conseguir los objetivos de fondo. Una sintonía fina muy delicada, que requerirá para conjugarse que los apurados se hagan más observadores de las formas republicanas y los conservadores un poco más sensibles a una agenda progresista.

Hace poco, se conmemoró el aniversario de la Revolución de Mayo, un hecho exitoso y que tuvo entre sus participantes al jacobino Moreno y el conservador Saavedra. La unión para ganar, integrando las diferencias. El final, en este 2020 entre tanto lío e informaciones cruzadas, está abierto, porque interactúan actores dinámicos, con poderes distintos, pesos y contrapesos. Negro o rojo, la pelotita rebotando en la ruleta. También, puede ser vista como la puja entre las formas conservadoras y el fondo de una medida que quiere ser progresista. Y cualquier cosa puede pasar. Difícil que triunfe alguna de las tendencias y actores en puja en estado puro: el Estado, la empresa, la sociedad dividida. Porque la pelotita en la ruleta indescifrable puede caer en rojo o negro. Pero también en verde, el cero.

Revista Marfil, 22/6/20

## La Nación, la bandera y las personas

Tremenda fué la semana que tuvimos que pasar. El proceso preventivo de crisis de Latam que deja a muchas familias en suspenso. La inseguridad se ensañó en el municipio de Merlo, con tres muertes violentas que derramaron muchísima tristeza en pocos días: las víctimas, laburantes, gente de a pie como cualquiera que iban o volvían de trabajar. Se anunció el pago segmentado del sueldo anual complementario a los estatales, una muestra más de la crisis económica tremenda. El sacrilegio de un Gobierno peronista que difiere el aguinaldo. Y el virus se propaga de forma geométrica, comenzando a tocar a las figuras políticas. María Eugenia Vidal, Martín Insaurralde y otros legisladores también. El ministro Daniel Arroyo tuvo un hisopado negativo y otro resultado hubiera determinado probablemente hisopar al Presidente. Agarrate Catalina. Esto se viene con todo es la sensación.

-“Tírame una buena”, podría decir uno luego del repaso poco feliz de la semana.

Y la buena la pateo para adelante, porque el sábado es el Día de la Bandera. Quedate en casa, le dijo el médico presidencial a Alberto Fernández. Quedate en el jardín de la quinta de Olivos mirando el cielo como Belgrano hace más de dos siglos, el cuento afable que nos contaron las maestras. ¿Y por qué no la pintó de gris y blanco entonces? Porque era un optimista, te podrían responder. O porque era de ese color la tela que había en la casa de alguna patriota que sabía tejer. Los rosarinos se atajaron y le dijeron al Presidente: no venga, como gritaron al saber de su intención de visita los invictos catamarqueños, que ojalá sigan así. Como se quejaron los de Villa La Angostura en la visita reciente de Fernández.

Si antes la visita del máximo jefe estatal ameritaba fotos, selfies y la consabida frase “por fin se acuerdan de nosotros”, en este caso no es así y recibe las mismas prevenciones que cualquier otra persona que venga del AMBA, la zona de fuego del Covid- 19. “Estamos bien, olvidense de nosotros”, parecen decir. Bien podría el Presidente quedarse encerrado en un despacho de Olivos por la prescripción médica y decir: no me quieren recibir en ningún lado, que los ayude Mandraque. Gobernar un país en pandemia es saber entender también los rechazos. O el “visítanos por Zoom, Meet, mandanos un correo electrónico Alberto pero quedate en tu casa, hermano”. Que evoques a Belgrano en el lugar de los hechos no es una actividad esencial, podrían decir los rosarinos. La memoria es importante, claro, pero podemos hablar por videoconferencia. Quedate en casa, le dice el médico y es el responsable de una Nación con 24 provincias y de gran extensión territorial, madre de Dios.

¿Y cómo funciona esto entonces? El mundo, el país, va a seguir andando más allá de todos, una verdad irrefutable. Si la pandemia debe servir de algo podría ser para descentralizar de verdad la administración pública. O sea, brindar poder de decisión y recursos a las instancias locales, a los que están más cerca de los vecinos. Los gobernadores, los intendentes, cada oficina de la AFIP, de la Anses. Desunitarizar un poco, por lo menos, política que sería interesante llevar a cabo

así sea por una problemática evidente: cualquiera puede enfermarse. Y, en este sentido, cualquiera debe poder ser reemplazado sin que genere un vacío ni cimbronazo institucional. El personalismo es el talón de Aquiles de una democracia atravesando la pandemia.

Una semana difícil, con muestras de la economía deshaciéndose y la violencia en hechos cotidianos que entristecen y preocupan, porque pueden ser el síntoma de sucesos que se repitan si no se actúa de alguna forma a tiempo. Con el virus esparciéndose entre todos, se vuelve urgente encontrar mecanismos con poder decisorio que trasciendan a las personas. Lo tuvo en claro Belgrano en 1812 cuando creó la bandera para identificar al equipo (sin eufemismos) de los patriotas. Un hombre sencillo y que no murió como un prócer sino huérfano de todo reconocimiento en su momento. Una cuestión que no lo tenía para nada angustiado, y probablemente hasta se reiría de la celebridad que alcanzara su nombre tiempo después. Enemigo del personalismo, apostó a inventar la divisa para un país, una Nación nada menos. Mirando el cielo, el horizonte, lo que fuera, pero siempre más allá de sus narices. La Nación, la bandera, las personas. Para que suba por primera vez la bandera del amor, esa canción que entonara como nadie la negra Sosa. Y sentirnos todos, en esta coyuntura difícilísima, cada vez más argentinos.

El Economista, 19/6/20

## Plegando la bandera roja y levantando la argentina

Hay hombres que trascienden las divisiones y las banderas. Cuya figura se hace querer incluso por los que no necesariamente comparten sus idearios políticos. Hermes Binner fue miembro del Partido Socialista pero fue también mucho más que eso. Intendente de Rosario, gobernador de Santa Fé, candidato presidencial por el Frente Amplio Progresista en 2011. Un socialismo que se vestía de saco y corbata, es verdad, su atuendo atildado no se negociaba como tampoco los valores democráticos. El socialismo posible no se traducía en la revolución del proletariado sino en el intento de reformas en una democracia para vivir mejor.

En la línea de Alfredo Palacios, el precursor del socialismo en el país y América Latina, pero limando su acendrado y hasta violento antiperonismo hacia una convivencia democrática. En el camino de Alfredo Bravo, Norberto La Porta, Héctor Polino, un socialismo que dejó y sigue construyendo una labor legislativa de importancia, que supo aliarse también al peronismo para formar El Frente Grande de los 90 y luego el Frepaso. Y después la Alianza, ya sabemos. Que en estos devenires humanos no se cuenta sólo el oro, el bronce, también el barro de la derrota y el fracaso.

Legado al que Hermes Binner le sumó la ejecutividad de gobernar una provincia. De intendente de Rosario, se postuló a gobernador en 2003 y fue derrotado por Obeid por la cuestionada ley de lemas. Obtuvo más votos pero cayó ante la vigencia de la normativa que permitía agrupar a varios candidatos del mismo partido, sumando el vencedor los votos totales del lema. Dicho hecho causó malestar en la sociedad santafesina en general, lo que produjo que la normativa fuera derogada poco después.

Triunfó en el año 2007 en las elecciones a gobernador. Tomó el desafío de embarrarse en la gestión de la cosa pública, el lugar donde muchas veces mueren las utopías y se dejan en la puerta. Donde los sellos matan las ilusiones. Donde el corset del capitalismo vuelve difícil cada reforma. Gobernar Santa Fé para crear un foco irradiante, en coincidencia con la teoría del Che Guevara en los 60 pero sin violencia. En su gestión, descentralizó el sistema público de salud fortaleciendo los centros comunitarios y creando tres hospitales de alta complejidad e importancia. Siendo dirigente pero también médico, puso en valor la salud pública, tema tan sensible en la actualidad de pandemia que nos encontramos atravesando. En educación, titularizó a los docentes que venían arrastrando, además de lo tradicionalmente exiguo de sus haberes, la inseguridad en cuanto a la continuidad en los cargos que desempeñaban. El maestro, más seguro, enseña mejor.

El deseo de irradiarse al país tuvo lugar en la campaña del 2011, con el Frente Amplio Progresista. La fórmula que encabezaba fue segunda, ubicándose detrás de la victoria contundente de Cristina Fernández de Kirchner. Qué épocas esas

elecciones, donde el FAP quería apurar “por izquierda” al gobierno. En la actualidad acuciante, la gestión gobernante recibe las mayores interpelaciones “por derecha”, en un momento en que gana los enfrentamientos electorales los que disputan el centro del electorado, el elector independiente que no se embandera ni en el kirchnerismo ni en el macrismo y que tiende a ser más o menos conservador. El Frente Amplio Progresista se disolvió a nivel nacional poco después, los subcampeonatos no se valoran en el fútbol y en política tampoco. Uno de los motivos desencadenantes fue la posición frente al Socialismo del Siglo XXI en la República Bolivariana de Venezuela. Hermes Binner criticó el modelo venezolano, para él ningún título con que se identificara aquél gobierno justificaba las prácticas autoritarias o poco democráticas de Hugo Chávez. Lo criticaba pero tampoco era un abanderado del boicot económico, la intervención en el país ni nada parecido. Marcaba sus puntos de divergencia sin importarle cómo pudieran ser interpretados por otros sectores progresistas.

Los valores democráticos no se negociaban para Hermes Binner. Podía perder por la ley de lemas, que se desarme su espacio por una opinión o por el oportunismo de una UCR que, finalmente, se alió al macrismo. Él no participó de la alianza Cambiemos, y se fue, casi como J.J. Urquiza, derrotado a nivel nacional, a recluirse a sus pagos y a brindar apoyo a Lifschitz, que triunfó en las elecciones a gobernador de 2015. Desapareció prácticamente de la escena pública, por un lado porque se deterioró su salud y también porque el centro-izquierda que hubiera podido comandar fue absorbido por la polarización y la grieta. No era un hombre de azuzar los enfrentamientos ni de grandes arengas ni amigo de lenguajes agresivos, aunque pudiera enojarse.

Hay hombres que trascienden las banderas, que despiertan simpatías por fuera de los partidos. El que esto escribe se ve más atraído por la verba e impronta peronista, por los caudillos carismáticos pero no deja de reconocer que tuvo curiosidad y alegría cuando ese socialista ganó Santa Fé. Un sapo de otro pozo, una manchita colorada en el mapa aburrido del bipartidismo. Un poco de magia, algo distinto, aún con los límites del gobierno local y los intereses creados. La posibilidad de otra sensibilidad, y en efecto creo que Hemes Binner la tuvo. Ese hacerse querer o al menos respetar por todos. Un poco como el trinche Carlovich, el jugador bohemio al que iban a ver los sábados los hinchas de Rosario Central y Newells abrazados. Pero con una corrección y seriedad en el aspecto que no negociaba. Contrario a la expresividad, su gesto era casi siempre adusto, su sensibilidad se cristalizaba cuando visitaba escuelas, hospitales y en el trato cordial y ameno en el mano a mano. Que todos los argentinos nos podemos sentar a tomar un café y tratar de pensar en un país más justo, más humano.

En un tweet, Mariano Schuster contó una anécdota: “Una vez, un amigo que, tras la dictadura, se sumó al Partido Socialista Popular (al que pertenecía Hermes Binner) me dijo: “no entendía, casi no había banderas rojas, sólo argentinas”.

Intentando trascender las diferencias, su espíritu era casi el de Agustín Tosco, aquél sindicalista combativo vestido de overol que juntaba a peronistas, socialistas, radicales y personas sin banderías políticas en sus manifestaciones. Armando frentes con todos los hombres que persiguieran la justicia social y la

rebelión contra la injusticia. Hermes Binner, con otros modales, intentando reformar más que combatir y vestido de traje y corbata. Plegando la bandera roja y levantando la bandera argentina.

La Vanguardia Digital, 27/6/20

## Expropiación, esa palabra

A Arturo Jauretche le encantaba aludir a imágenes gráficas y al alcance del hombre del común para afianzar y transmitir sus conceptos o pareceres. Una muy común fue el de que muchos gobernantes subían al caballo, o sea al poder por izquierda, y bajaban por la derecha. Los ejemplos son habituales en la historia argentina. Arturo Frondizi escribió el libro *Petróleo y política desde el llano* en 1954, un manifiesto nacionalista sobre los hidrocarburos y, cuando asumió el gobierno, firmó convenios con empresas petroleras que hasta fueron derogados por otro radical tiempo después, Arturo Illia. Carlos Saúl Menem parecía Facundo Quiroga en la campaña del 89 y luego llevó a los hombres de Bunge y Born a dirigir la economía. “Usted me votó, jódase”, titulaba provocativamente y graficando sobre estos vaivenes la célebre revista *Humor*. Como dijo en un aforismo implicado el escritor Alfredo Grande, “tu teorema es al revés Baglini, cuanto más cerca del Poder, menos radicalizado sos”.

Pero ¿qué pasa si un gobierno encara una política, en términos generales, por izquierda? Y vamos a ponerle nombre a la cosa en la actualidad crispada de la Argentina: Vicentín. Alberto Fernández miró a las cámaras y aludió a un término casi que en completo desuso desde hace tiempo en el país. Expropiación. Abriendo una caja de pandora y desatando reacciones en todos los sectores sociales, la mayoría adversas. Por supuesto que la medida del gobierno probablemente estaba reñida con los principios republicanos (con un concurso de acreedores en ejecución), estableciendo por decreto la intervención estatal y enviando al mismo tiempo la ley al parlamento. El trámite probablemente desprolijo y que hasta se amparaba en una ley de Videla, brindó varios flancos a quienes criticaron la medida aludiendo a su inconstitucionalidad.

Si vamos al diccionario de la Real Academia Española, encontraremos que expropiar es “privar a una persona de la titularidad de un bien o de un derecho, dándole a cambio una indemnización. Se efectúa por motivos de utilidad pública o interés social previstos en las leyes”. La definición nos ayuda a no perder de vista lo importante, lo que apareció sepultado por las dificultades en el acatamiento de los formatos legales o republicanos: ¿es Vicentín de utilidad pública? Y, complementada a esa interrogación ¿qué rol debe cumplir el Estado en la regulación del comercio de cereales? Podría decirse que el gobierno “le regaló la idea de república a la derecha”, fallando probablemente en las formas y provocando que quede sin tratar el fondo de la cuestión: la utilidad pública y el rol de Estado en la agroexportación, sector importante en la consecución de divisas y que sabe influir con movimientos especulativos en temas tan sensibles como la valorización (o desvalorización) de la moneda argentina. Las formas hacen perder (o retroceder) en la lucha por el fondo de la cuestión.

En una de las marchas de los sectores que se opusieron a la medida, una pancarta rezaba “en democracia, la palabra expropiación no está permitida”. Vinculando expropiación a autoritarismo, a medida coercitiva y echando un velo sobre la utilidad pública o el interés social. Entonces, siguiendo esta máxima

deberíamos acostumbrarnos a que las privatizaciones encaradas en los años 90 fueron para siempre, y si vender las empresas fue un hecho democrático, recuperarlas se ligaría al autoritarismo. Una avalancha contundente en cuanto al rechazo de la medida acaparó la mayoría de los medios de comunicación, y la oposición se abroqueló monolíticamente en las Cámaras, clausurando el debate y cerrando prácticamente toda posibilidad de diálogo.

Tuvo lugar la negociación entre Estado, empresa y los gobiernos locales de la provincia de Santa Fé, (tanto intendencias como gobernación), luego de verbalizar un apoyo inicial viraron hacia la consideración de una “propuesta superadora” a la expropiación. Ya no sabemos en qué terminará el litigio, que incluye también un fallo judicial que denigró al rol de veedor al interventor del Estado.

Pero quiero apuntar aquí algunas cosas respecto a las reacciones que produjo la pronunciación casi que diabólica de la palabra expropiación. Y, en particular, en sectores progresistas. Circularon razonamientos que apuntaban a criticar la nacionalización por tratarse de una forma de “estatizar la deuda” de la empresa. Ante esta impugnación, uno debería colegir que las privatizaciones de los años 90 fueron adecuadas porque las empresas eran deficitarias, y el Estado se sacó de encima esa presunta sangría de los ingresos públicos. En el mismo sentido, cuando el primer peronismo nacionalizó los ferrocarriles, muchos impugnadores le cuestionaron que estaba “comprando hierro viejo”. Pero Scalabrini Ortiz los rebatió diciendo: “con los ferrocarriles, comprás soberanía”. El monto empleado en la indemnización es un tema de expertos, pero es indudable que el Estado pudo definir los precios de los fletes, estimulando la actividad económica y la integración de las localidades del país con la propiedad de los ferrocarriles.

En el caso de Vicentín, también algunos apuntaron a la presunta insignificancia de la empresa en el comercio de granos. Pero, lo que sin dudas no fue insignificante, fue lo que generó el anuncio de la medida, que dio lugar banderazos, cacerolazos, abroquelamiento de la oposición rancia de derecha y el desmarque de las administraciones locales de la osadía. La sola mención de la palabra espanta. ¿Y entonces? Uno podría hacerse la pregunta de cómo avanzaría este país hacia la justicia social, a una equidad distributiva, si tocar un interés es tan costoso e incluso rechazado por sectores significativos de la sociedad que no son propietarios de otra tierra que la de sus macetas.

¿Existe la posibilidad de un progresismo indoloro? O sea, que las medidas de mayor redistribución nazcan espontáneamente, sin cambiar absolutamente nada ni tocar los intereses creados por la extranjerización del comercio exterior. ¿No es incluso este sueño del progresismo de buenos modales afín a la teoría del derrame de matriz neoliberal? La distribución y la equidad nacerían así del propio desenvolvimiento del capitalismo derramando los frutos de su crecimiento, un vaso desbordante del que los de afuera rescatarán algunas gotitas. ¿Se puede encarar una medida progresista sin afectar a nadie? En épocas expansivas de la economía, probablemente, aunque aún así significaría dar a unos lo que se podían haber apropiado los sectores concentrados. En épocas de pandemia y retracción económica será todavía más difícil apostar a medidas

progresistas sin tocar absolutamente nada. ¿Por qué la palabra expropiación generó tantas reacciones y, en su momento, la palabra privatización, que podría ser considerada su reverso, no provocó absolutamente nada?

El neoliberalismo, el capitalismo más rancio se busca convertir entonces en custodio de la república y la democracia, y toda medida distributiva será tildada de autoritarismo. Mientras que la rueda capitalista y perversa acumula las riquezas y las desigualdades en el mismo movimiento, toda intención mínimamente igualitaria será vista como una obstrucción a su desenvolvimiento. Como una anomalía que será abominada en una sola voz tanto por los conservadores recalcitrantes como por los progresistas de pacotilla. Porque ¿qué se pone en juego? El orden. Un orden que ya no es sinónimo de progreso, como soñó en su momento el positivismo. Un orden que lleva de la mano a la pobreza y vulnerabilidad de vastos sectores de la población. Orden y pobreza. Bienvenidas estas semanas en que esa palabra vindicadora y rebelde volvió a sonar: expropiación. Que, al menos, revolvió al avispero y puso en arenas movedizas las certezas de unos cuantos. Y el final permanece abierto, en la puja de actores con intereses dinámicos y donde se entrecruzan muchas cosas en una ensaladera casi enloquecedora. Con cuestiones de forma y también una de fondo que se pone en juego: la posibilidad concreta de soñar con un país un poco más justo para todos. Una democracia con utopías posibles, donde vuelvan de alguna forma a ponderarse la utilidad pública y el interés social.

Revista Zoom y El Sur, 6/7/20

## Un movimiento que no para de nacer

Empezaba el mes de julio y se terminaba la vida de Juan Domingo Perón en 1974. No hubo tal vez mejor síntesis que la tapa del diario Noticias, mostrando cruzado en tinta negra el titular Dolor y las palabras obligadamente breves e inigualables de Rodolfo Walsh. Que hablaron de una ausencia que tardaría en volverse tolerable para muchos argentinos, la de un líder excepcional que había marcado la política argentina. Había y sigue marcando, desde que se referencian en su figura y su movimiento muchas agrupaciones políticas de la actualidad.

Un Perón que había nacido en 1895 y hasta se disputa el lugar donde ocurrió, que Roque Pérez, que Lobos, como pasara también con la figura de Gardel, que como todos sabemos cada día canta mejor. El segundo nacimiento del caudillo fue el 17 de octubre de 1945, el día en que las masas descamisadas lo liberaron y se pusieron a escribir la historia de un movimiento que las incorporó a la política para siempre. El subsuelo de la patria sublevado, dijo Scalabrini Ortiz. De permanecer en el subsuelo con su fuerza latente, a emerger de repente como un torbellino a regir los destinos de un país, de un Estado que se ocuparía como nunca de los más humildes, de los trabajadores. De escribir una carta a Evita invitándola a irse a cualquier lugar con él, mientras estaba detenido en la isla Martín García, a decir en el balcón de la Plaza de Mayo a la multitud innumera: ¡Trabajadores!. ¿Dónde estuvo?, le preguntó la gente enfervorizada. ¿Qué importaba eso, pareció decir Perón? Esas menudencias eran parte del pasado, y esa multitud el presente y el futuro.

Diez años dorados, la década ganada justicialista fue del 45 al 55. La desmesura y cantidad de obras vuelven insuficiente cualquier enumeración. Derechos del trabajador, nacionalización de vastos sectores de la vida económica del país, obras en salud y educación. Las banderas de una Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana. Diez años inolvidables en la memoria del pueblo, que dejaron en la memoria el dicho de que hoy es un día peronista cuando el sol se apodera del cielo. Los adulones que nunca faltan se pasaron de rosca, como supo decir Jauretche y a Chaco la rebautizaron provincia Presidente Perón y a La Plata Ciudad Eva Perón. También se persiguió a opositores encarcelándolos y el gobierno monopolizaba los medios de comunicación. Se leyó Evita me ama en los libros de primer grado, para que no hubiera ladrillo en el país que no fuera peronista, como dijo la abanderada de los humildes. Que el movimiento tantos años sumergido aparecía incontrolable en el deseo de avanzar, de reivindicarse tras años de olvido y desolación. El retoño de las montoneras federales vencidas en la segunda mitad del siglo XIX, los humildes volviéndose a levantar como un río que desborda la represa y el agua se desbanda. E inunda. Y moja. Y deja una huella perenne, que posibilita por ejemplo que cuarenta y seis años luego de su muerte muchos políticos sigan

referenciándose en él. Muchas veces, apuntando a los méritos de la persona, del carisma e ignorando, como decía Perón, que el problema no era él, sino la clase trabajadora, los humildes que venían detrás suyo. Su majestuosa oratoria hubiera caído en el vacío si mucho pueblo argentino no lo hubiera acompañado. Quedarse sólo con su figura sin el pueblo que lo acompañó, ayer y hoy, es una lectura poco comprometida de su legado. Es adorar el fetiche de su recuerdo vaciado de contenido social en la actualidad urticante de la Argentina.

Una década ganada y casi dos décadas de proscripción tuvo el peronismo, que sufrió las peores violencias. Bombardeos, censuras, fusilamientos, innumerables torturas. Más derrotas que victorias, podría concluir uno. Pero una persistencia en el resistir que conmovió los cimientos del régimen que lo pudo proscribir pero no silenciar. Que quisieron tapar el sol con una mano, encorsetar una libertad imaginaria con el peronismo afuera. Que fracasaron al final, por el empuje de la juventud a la que Perón llamó maravillosa y la acción sindical menos frontal pero también importante.

Las segundas partes nunca fueron buenas, reza una máxima respecto a series de películas. Y, en este caso, tuvo algo de ese sabor el definitivo retorno al país y su victoria aplastante en elecciones incuestionables. Los diez años de oro no se pudieron repetir en el 73, y la Juventud Peronista se desilusionó prontamente por el sesgo que consideraba demasiado conservador del líder. Que volvió en un modo conciliador ese león herbívoro, intentando un modelo de capitalismo nacional que hoy estaría a la izquierda de cualquier propuesta, pero en ese momento se le apareció tibio a la juventud que soñaba bajo la impronta del Cordobazo y la Revolución Cubana. Un desencuentro y un enfrentamiento violento entre tendencias dentro del movimiento que tendría un desenlace demasiado triste y doloroso para una generación de argentinos.

Hubo muchos Perón, el de la década dorada que rompió con la inercia de un régimen que no dejaba lugar a las mayorías populares. El del exilio, que prefirió vivir en la España de Franco y no en la Cuba de Castro como hubiera soñado Cooke. Un hombre que, cualquier rótulo que quiera adjudicársele, no lo abarca del todo. Para casi todo, hay una frase de Perón. Una permeabilidad popular de la que también goza la famosa marchita partidaria, cantada desde hace años en las canchas de fútbol. Se resiste a ser clasificado, es probablemente la heterodoxia en su máxima expresión. Tal vez un poco camaleónico, pero el peronismo tuvo la habilidad de crear acontecimientos, marcar agendas y que prácticamente todo girara en torno de sus debates y propuestas. El movimiento original en el gobierno fue revolucionario pero dentro del capitalismo en los 50, conciliador en los 70, y sus discutibles herederos neoliberales en los 90 y progresistas en el siglo XXI. Lo que es incuestionable es que no existe en la Argentina el radicalismo y el antiradicalismo; el socialismo y el antisocialismo, sino el peronismo y el antiperonismo. Una forma binaria y tal vez simple de ver la realidad que tiene su actualización en aquella palabra gastada de hoy, la consabida grieta. Pero

el peronismo trasciende, se ríe hasta de esas divisiones maníqueas y demasiado simplistas de la realidad. Si llego con los buenos, llego con muy pocos, dijo su fundador. Dejando en claro que, con un puritanismo estricto, se abarca poco. La verbalización clara de su intención de trascender, de mezclarse y fundirse con todo lo que fuera argentino. Un peronismo que se reinventa constantemente y tiene la capacidad de marcar agenda y generar acontecimientos. El 1 de julio murió el creador de un movimiento político que, muchos años después, no para de nacer.

Revista Marfil, 1/7/20

## Sobreviviendo

Me preguntaron cómo vivía, me preguntaron. Sobreviviendo dije, sobreviviendo dice la canción de Víctor Heredia, artista popular argentino.

Tomaremos dos acepciones de la palabra *sobrevivir* del diccionario de la Real Academia Española. La primera dice que es vivir después de la muerte de otra persona o después de un determinado suceso. La muerte de los otros, de tantos tristemente en el mundo por la tragedia desatada por el suceso de la pandemia. La otra acepción del vocablo, también pertinente para describir los tiempos actuales, señala que sobrevivir es vivir con escasos medios o en condiciones adversas. La cuarentena determinada como medio de enfrentar la enfermedad generó la reproducción de la pobreza en vastos sectores del planeta y también en Argentina. La crisis sanitaria viene acompañada por una crisis económica y las dos van de la mano, en una actualidad que reproduce muerte y sobrevivientes que serán, por lo menos la mayoría, más pobres.

### **Sobrevivir quedándose en casa**

Hay canciones que son verdaderos himnos y que representan una época pero no sólo eso, se quedan ahí flotando en el aire de la memoria colectiva y cualquier momento te puede hacer acudir a ella para intentar ver por medio del prisma de esas palabras lo que nos está pasando ahora. La canción *Sobreviviendo* de Víctor Heredia, fue parte del disco *Solo quiero la vida*, de 1984. La primavera alfonsinista en el nombre del disco, en la voz de un hombre que había sobrevivido, por suerte, pero no por ello se olvidaba de cantar con memoria para tener presentes a las víctimas de los horribles crímenes de la última dictadura militar. 1984. Pasan los años, y las canciones pueden adquirir diferentes significados de acuerdo al momento histórico. Incluso, distintos usos de su melodía como en una cancha de fútbol. Que los cuervos la adoptamos entonando: “Ohhhh San Lorenzo, Oh San Lorenzo / dicen que estamos todos de la cabeza / pero a San Lorenzo no le interesa”.

Y resulta que el mundo entero está de la cabeza, casi que literalmente. Por un virus que se esparce como la pólvora, con un poder de letalidad relativo (que aumenta con la edad y antecedentes de los enfermos) pero con un poder de reproducirse tremendo. Del mundo global al mundo encerrado en su casa, la cuarentena para resguardarse de la peste.

Y uno sigue buscándole la vuelta a pensar esta situación conmoviente, insólita, casi de una película de ciencia ficción que nos toca vivir. Para todo hay una profecía de Nostradamus, pero el autor de la letra del tema *Sobreviviendo* esta actualidad no la podía prever, ni él ni nadie. Es intentar releer la poesía y la musicalidad de la canción y recorrer algunas partes que parecen fotografiar algunas sensaciones de lo que nos está pasando.

Originalmente la letra de la canción podía funcionar como un alegato contra la violencia, encarnado en el “*mientras alguien proponga muerte, sobre esta tierra, y se fabriquen armas para la guerra, yo pisaré estos campos sobreviviendo*”.

Un mensaje contra el armamentismo y toda forma de violencia. Hoy, atravesamos una especie de conflagración contra un enemigo invisible contagioso y de probada letalidad. Ya no se pueden pisar los campos que nominó la canción y mucho menos considerar que somos “tristes y errantes hombres sobreviviendo”. Sobre todo lo de errantes, que nos tenemos que quedar en casa o al menos restringir nuestros movimientos en una especie de altiplano insinuado por una estabilidad elevada en la reproducción de los casos.

### **Un mundo libre del hombre**

En su segunda parte, la canción *Sobreviviendo* trae una imagen fuerte que también sirve para pensar el hoy del país y el mundo: “no quiero ver un día manifestando / por la paz en el mundo a los animales”.

Con el confinamiento provocado por la pandemia, se han visto imágenes de animales tomando los espacios públicos de las ciudades abandonadas: cabras en el Reino Unido; ciervos en Japón; jabalíes en Israel y hasta un puma se paseó a sus anchas por las calles de Santiago de Chile. La canción plantea esa ironía diciendo “*cómo me reiría ese loco día, ellos manifestándose por la vida / y nosotros apenas sobreviviendo*”. El loco día casi que parece haber llegado, y hasta la capa de ozono insinuó su reconstrucción con las industrias funcionando a media máquina. Y el contraste entre la situación vital de los animales y los hombres salta a la vista. Vivir y sobrevivir.

El filósofo Martín Heidegger, en su obra emblema *Ser y tiempo*, planteó la idea de que el hombre es el único ente que se pregunta por el Ser. Y esta situación de pandemia reveló muchas cosas que la civilización humana es en relación al mundo y también en el ámbito interno de los valores. El ser humano se preocupa por sobrevivir pero excede su ámbito reflexivo al instinto de supervivencia de los animales. Vivimos y también nos preguntamos por qué vivimos y por qué el mundo es lo que es en estas situaciones límite.

Heidegger aplicó el concepto de Dasein en tanto el hombre es un ser arrojado al mundo. En la cuarentena, casi que nos quedamos sin eso. De arrojado al mundo para desenvolver sus posibilidades, el hombre pasa a encerrarse en la casa para resguardarse por las prescripciones médicas.

### **La desigualdad mata**

Hay visiones de que la crisis constituirá una oportunidad y otros pensadores no avizoran mayores cambios, o que las modificaciones no serán necesariamente las mejores. Por lo pronto, muchos serán más pobres y la desigualdad campeante en

el mundo se hace hoy en este contexto más visible. Expone la extrema vulnerabilidad de los más desfavorecidos y observando esa realidad “*ya no tenemos la risa como un jilguero*”, como dijera en *Sobreviviendo* Víctor Heredia. Queda expuesto el hecho de que el hacinamiento y la pobreza impiden llevar a cabo las recomendaciones sanitarias en las villas de emergencia, hoy en más emergencia que nunca. Situación que el fallecimiento de la militante y periodista de la Garganta Poderosa Ramona Medina el 17 de mayo no hizo más que cristalizar. Su muerte hiere, sensibiliza y humaniza terriblemente el problema de la desigualdad. Lideró las protestas por la falta de agua en la villa 31 y, ante las recomendaciones de los infectólogos preguntaba: ¿Cómo hacemos, si no tenemos agua?

Duelen todas las muertes, pero algunas ponen en evidencia, desnudan en toda su faceta la injusticia social. Unos tienen menos posibilidades de sobrevivir que otros, por estar sumergidos en la pobreza y haber sufrido sus cuerpos los resultados de años de exclusión social y por no contar con la infraestructura y servicios básicos como para poder seguir los consejos sanitarios.

Una muestra de que el darwinismo social degenera en las mayores posibilidades de supervivencia de los más aptos, o mejor dicho de los que mejores y desiguales oportunidades tienen.

Doblemente excluidos, esas personas sufren el doble acoso de dos enemigos invisibles: el virus y el ocultamiento de las condiciones inhumanas en las que viven, que se extiende hasta en la designación de la villa como barrio 31. Las palabras en función de camuflar y esconder situaciones que la sociedad no quiere enfrentar. Palabras vacías, formales, doblemente excluyentes y que ponen un velo inmoral sobre la desigualdad que mata. Mata sin metáforas, descripciones ni furcios. Y literalmente.

## **Dos caras del mismo ser humano**

La bipolaridad es un recurso habitual para construir pensamientos, ideologías y grietas en nuestro país. Peronismo y antiperonismo. Capitalismo y socialismo, en una época a nivel mundial. Se cayó el Muro de Berlín y Fukuyama vaticinó el fin de las ideologías. No ocurrió, pese a lo cual el capitalismo se enseñoreó indudablemente del mundo.

Y ¿qué provocará finalmente la pandemia? Hay posturas más bien descreídas que plantean que el hombre seguirá siendo igual o peor que antes, como afirmó *Fernando Savater* en una entrevista al diario Clarín. Hay otras visiones que plantean que se revalorizará el rol del Estado, que el capitalismo estaría herido de muerte y que tendrán lugar reformas tendientes a la colectivización. Lo que no pudo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la China de Mao Tse Tung, lo podría desencadenar un virus.

Hay otras posturas más bien intermedias y tomo aquí la que planteara en un artículo en Nueva Sociedad *Mariano Schuster*, apuntando la idea de que pueda

surgir “una izquierda comunitarista y que piense la necesidad de un potente sistema de salud público, una sociedad civil robusta, un Estado presente como garante de acuerdos sociales y unas fuerzas de seguridad estructuradas bajo principios democráticos”.

La pelotita está ahí, rebotando en la ruleta. Negro, rojo o verde el cero. Vaya uno a saber dónde concluirá su devenir, o dónde la harán caer los actores sociales pujando por el concierto de lo que quede o se rearme del poder mundial, y hacia el interior de cada país.

Dos caras de la misma moneda, o del mismo ser humano. El bien, el mal y los infinitos grises. Una de cal, una de arena. Tristeza, alegría y el gusto agrio de la cuarentena infinita, remedio aciago en contraindicaciones. Tragedia y resurrección. Muerte, enfermedad, sobrevivir y vivir. Porque la canción *Sobreviviendo*, además de un alegato contra la violencia, puede ser interpretada también como un llamado a la esperanza cuando su autor dice: “*tengo la carne joven, roja la sangre, la dentadura buena y un sueño urgente: quiero la vida de mi simiente*”. Y que la esperanza vuelve a nacer. Entre todas las malas, recibiendo el cimbronazo de un tiempo increíble. Siguiendo adelante como deseo y hasta por instinto de conservación. Sobreviviendo.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA Y OTRAS FUENTES:

- Diccionario de la Real Academia Española.
- Heidegger, Martín. Ser y tiempo. Trad de José Gaos, Buenos Aires, FCE, (1980).
- Savater, Fernando. Entrevista en diario Clarín 25/4/2020
- Schuster, Mariano. Izquierdas y derechas en tiempos de coronavirus. Revista Nueva Sociedad. Marzo 2020.

Tema musical:

- Heredia, Víctor. Tema: Sobreviviendo del disco Solo quiero la vida (1984)

Revista Oleada, septiembre de 2020

## Una historia colectiva que se sigue escribiendo

Parecemos estar corriendo en una cinta, desgastándonos, cansándonos para quedar en el mismo lugar. O peor, la cinta con su resistencia vence y hace retroceder al corredor. Un juego de la oca en que el jugador saca siempre un uno en el dado y entonces cae, luego de atravesar otros tormentos, en la casilla que lo hace retroceder al punto de partida.

Una cuarentena estricta, propuso a las cámaras el Ministro de Seguridad bonaerense, Sergio Berni, como si se tratara de una oleada de inseguridad y asaltos en el conurbano. Y es más o menos así, con el crecimiento de los contagios espiralizándose y alcanzando a cerca de los 2.000 por día. Hoy se reúne el triunvirato de Horacio Rodríguez Larreta, Axel Kicillof y Alberto Fernández. El que tiene la llave de las decisiones que cuentan. Los deseos u opiniones de los subordinados son puro cartón pintado. Tal vez, Berni pone palabras a una estrategia política para que los oyentes de la conferencia de prensa acudan sin esperanzas, rendidos a la continuidad incuestionable de la cuarentena. Llegando al pico del Aconcagua, con menos aire y con un frío que la estación invernal no hace más que incrementar. La cuesta abajo sería más fácil, pero ningún andinista se la lleva de arriba en esos menesteres, y en estos tampoco.

Se conoció la cifra de la caída de la actividad económica de 5,4% en el primer trimestre y con la desocupación superando en poco los diez puntos porcentuales. Trescientos mil desocupados más, a esa fecha. Hay que tener en cuenta que tomó sólo medio mes de la cuarentena, decretada a mediados de marzo. Demasiado pronto, dicen algunos periodistas con el diario del lunes bajo el brazo. Siempre actuábamos a destiempo los argentinos, y una vez que nos anticipamos también se critica. Cuando nos adelantamos pecaríamos de apurados y cuando vamos detrás de los acontecimientos, por poco precavidos. Si llegamos temprano, porque llegamos demasiado antes, y si llegamos tarde porque llegamos demasiado después. La unanimidad es imposible, ya lo sabemos. Lo que es evidente es que pensar en los números económicos del segundo trimestre que estamos concluyendo da escalofríos. Casi que recordando los versos, curiosamente de ritmo festivo, de aquella canción de La Mosca: “Hoy estoy peor que ayer, pero mejor que mañana / vamos a gritar señor, hasta que nos queden ganas”.

El Gobierno anterior sabía patear las soluciones o la percepción de los resultados de sus discutidas praxis económicas para adelante, hablando del segundo semestre y los brotes verdes. Ahora, se volvió imposible. El segundo semestre será todavía peor que el primero y no brotará prácticamente nada, a duras penas se sostiene un riego artificial para que las empresas no cierren, con las ayudas que se escurren, que caen en el saco roto de un capitalismo que detuvo su maquinaria dinámica. Si algo no anda, en casa le tiramos el VW40, o lo atamos con alambre, como decía en su canción Ignacio Copani. ¿Pero qué pasa cuando el problema es mundial, sistémico? Se reabrieron comercios pero la gente consume menos. ¿Y entonces?

Hay que pasar el invierno, que será peor que los que anunciaba Álvaro Alsogaray. Aquéllos eran por generación artificial y éste producido por un hecho de origen natural o biológico que detuvo o ralentizó el capitalismo mundial. Un invierno demasiado largo y frío, sin abrazos y respetando la distancia social. Y, a mitad de camino, la posibilidad de una marcha atrás, un retroceso que se insinúa y sobre el que martilla el periodismo. El cuadro en la filmina de la exposición, y ésta vez no avanzamos, sino que retrocederíamos en el AMBA. ¡Caramba! Como decían mis abuelas cuando un suceso les producía inconformismo, mezcla de resignación y disgusto. Enarcaban las cejas con una mueca de frustración y luego agregaban: y bueno, hay que seguir para adelante. Y de eso se trata, de pedirle peras al olmo, de sacar agua de las piedras. De acudir a esas sentencias de muchas generaciones que dicen que no hay mal que dure cien años. Pero tres meses fueron suficientes para cerrar muchas empresas y comercios. Otro latiguillo tradicional dice que no hay mal que por bien no venga. Que se unió un poco más la política por lo menos, que los líderes con mayores responsabilidades coordinaron su accionar ante el avance de la pandemia. Traduciendo tal vez el sentir general de la necesidad de una mayor confluencia, porque estamos todos en la misma. No nos une el amor sino el espanto, dijo una vez Jorge Luis Borges. Una unidad casi que forjada en el mutuo desamparo, el desconocimiento y la necesidad del otro.

Casi que, parafraseando el título del libro de Gabriel García Márquez, hoy esperamos la crónica de la extensión de una cuarentena anunciada. Si el fenomenal escritor colombiano anunciaba en su obra la muerte del protagonista desde la primera oración, esta historia que vivimos hoy se viste de la incertidumbre de no saber lo que puede pasar. Rumbo al pico de contagios, sufriendo cimbronazos de la epidemia que se propaga todos los días como la pobreza y la retracción económica. Pero nadie conoce el final de esta historia, verdadero drama por entregas que empezó el 18 de marzo. Una historia que pone a prueba a los dirigentes y a toda la comunidad argentina. Sociedad y Estado. Una historia colectiva con final incierto en medio de la adversidad. Y que se sigue escribiendo.

El Economista, 25/6/20

